LOS MOALLAKAS

Ofrece al Sor Don M. Osorio y Bernar este sencillo testimonio de su consideración su atta.

El Autor

LOS

MOALLAKAS

POR

D. VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ

ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

Escuela de Traductores de Toledo
BIBLIOTECA
Sign.: XIX Tin Moa
C/B: 4048249
Rº: 3826

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
calle de la Libertad, núm. 16
1883

MOALLAKAS

INTRODUCCIÓN

En mis estudios de árabe (1) descubrí bellezas de primer orden en la filología; por la filología hallé significación grandiosa en poesía, historia y razón social de ese memorable pueblo, llamado á ser, por mucho tiempo, testigo perenne en la humanidad; qué mucho, si ante las lecturas de un idioma que me representaba la vívida expresión de los primitivos poemas de los árabes, *La Pureza de la cultura de los Digraves arábigos, Los Collares del oro más puro en las alabanzas de lo Mejor, La Luz de la Sabiduría y la Clave de la Felicidad*, pensara conocer algunas de sus expresiones más notables, por diversos conceptos, y formulara mi idea sobre esos poemas primitivos de los árabes, tan poco estudiados entre nosotros: varias razones me impulsaban á estudiarlos; varias fueron también las causas que, en mis estudios, mi vida especial, impidiéronme dar la última lectura á unas líneas que tantas veladas llevaron tras sí, y que tanto gusto supieron excitar en mi pensamiento, y

(1) En la facultad de Teología, en el Seminario Conciliar de Toledo

brota hoy, libre de todo otro embarazo que el producido por la incesante avidez de saber sobre un mismo punto.

De todo elemento semítico es el árabe uno de los más armoniosos y más ricos lenguajes hablados por los hombres; en cuya flexión de verbos recorre el pensamiento un vuelo inacabable en toda la naturaleza, y cuyo atrevido acento imita el grito de los animales, el murmullo de las olas y el soplo de los vientos; que nos ofrece doscientos vocablos para decirnos la serpiente, ochenta para designar la miel, quinientos para nombrar el león, mil para indicar una espada y el camello, y hasta cuatro mil para dar idea del mal; con una abundancia por demás y fluidez, que envidia toda otra rima y que tanto superabunda aun en la prosa; idioma antiquísimo para todos, con inscripciones hoy apenas descubiertas, estudiadas con entusiasmo por sabios y profundos filológos (1), se nos presenta al examinar algunos de sus mejores monumentos bajo doble aspecto, y en dos dialectos principales, el de los imiaristas, que luego recibió entre los occidentales varios nombres omeríticos, immirenos y omirenos, y el de los koreiscistas, que usado por el Profeta prevaleció y persiste como lengua viviente en su espíritu sagrado y social; al hablar de ese pueblo impetuoso como un corcel y sobrio cual un camello; lleno de fe religiosa hasta la superstición, valiente, sanguinario y también generoso; ávido de historias y de aventuras, como nos los describen las crónicas, pasando noches enteras encantados en los mil reflejos de un cuento de hadas, y pendiente el alma y el corazón de los labios que les narran *Las mil y una noches*, las leyendas del Paraíso, el lindo premio ofrecido por el Korán; exhibe disposición asombrosa para continuar sus recuerdos, y modulando la tradición, que oye y transmite con una graciosa cantinela, repite el relato sin omitir circunstancia alguna, y en su eco esculpe la genealogía y la historia, buriladas con el más poé-

(1) Niebuhr había oído hablar de inscripciones antiguas estudiadas por Cruttender, y Welsted Fresnel sostienen que el idioma antiguo subsiste en el Adramunt. Los viajeros modernos que han visitado Arabia Meridional han descubierto allí restos de ciudades é hipogeos.

tico diálogo y el heroico cincel de la imaginación oriental.

Nada tan asombroso cual el magnífico cuadro así expresado por el lenguaje árabe, y cuando la narración toma sus debidas proporciones y roba su intrepidez á las fieras, su constancia á la fe, su ambrosía á las flores y al oasis su deliciosa frescura, los oyentes del mágico relato participan de los sentimientos y vicisitudes del héroe, compadécenle en las desventuras, manifiéstanle con exclamaciones su admiración, y con acento ardoroso ruegan á Dios por el perseguido, en los instantes más dificultosos de la leyenda. ¡Qué extraña disposición! ¡Qué aptitud de imaginación, pensamiento y lenguaje en un solo pueblo! ¿Cómo no había de crecer allí el espíritu en la elevadísima región de la poesía? ¿Cómo pasarían en vano los siglos y las generaciones para un pueblo que sabe sentir? La historia les da un trono entre las naciones cultas (1), y de ellos puede creerse, aunque había muchas tribus extrañas al uso de las letras, que los árabes conocían, desde los tiempos más remotos, la escritura (2); según muchos filólogos, era de tipo cuneiforme, poco antes de Mahoma servíanse de la escritura imiárica, tomando este nombre de la dinastía que reinaba en el Yemen; y bien sea en este dialecto, según parece más acertado, puesto que el cúfico empezó en el siglo III de la Egira, y que la usada hoy, nesky, no admite esa probabilidad, es lo cierto que, mucho antes que los demás pueblos apenas si tenían idioma fijo, tuvieron también notables producciones literarias, poemas dignos de grande aplauso.

¿Y cómo no, si á la viveza de su expresión, su lenguaje

(1) Herder les dedica varios capítulos en su *Philosophie de l'histoire de l'Humanité*, tome III; distinguiendo su influencia en la civilización de los pueblos. Drapper los celebra como nación esclarecida en *Histoire du developpement intellectuel de Europe*, tom. II, cap. XI, y sin término en las historias.

(2) El mismo Job manifestó su deseo de que sus palabras se consignasen en el pedernal ó en el plomo con buril de hierro. Sobre la escritura primitiva de los árabes puede consultarse además á Mr Sacy en su *Disertación histórico-crítica acerca de los omirenos y sus formas de escritura, halladas en los códices del Vaticano*, Roma, 1820.—Sutzen, en las *Memoires d'Oriente*, tomo II, folio 283.—Castiglioni, *Monedas cúficas del Museo de Milán*.

unía á su rasgo pintoresco una imaginación ardorosa y fecunda, y el entusiasmo de las pasiones los arrastraba cada vez más á la poesía? Consistente esta hermosa cualidad de un pueblo tan lleno de ilusiones, en una mezcla de verso y de armónica prosa, á la cual su idioma rico y flexible ofrece rimas en abundancia; si á veces, y no muy austeras, la prosa es allí más poética que los versos; si tanto una como otra forma de expresión del pensamiento humano seguían fácilmente el curso de los días por un rastro que en vano trataría de soportar el corazón, si á ello no le llevaran todas las fuerzas de la inteligencia y de la imaginación; si el descubrimiento de un poeta era causa de festividades en la tribu, y banquetes abundosos celebraban la ventura de aquel nuevo astro que aparecía en las soledades del desierto, y se proclamaba como una gloria más en la patria, al sonido de las trompetas; si cuando era llegado el tiempo, reuníanse en especial deleitosa asamblea á lucir todas las galas del lenguaje, de la idea y del sentimiento, remembrando mil encendidos ecos de amor, de fe, de espíritu patrio, y se ostentaba con universal aplauso el triunfo merecido, entre otras tantas iracundas y á veces orgullosas entonaciones de la imaginación de los árabes, en el gran conjunto de la poesía árabe: como no podía por menos de suceder, sobresalieron composiciones poéticas de primer orden, y viéronse elevados en este género á suprema altura: los Moallakas surgieron así desde un principio, y se les distingue sin confusión alguna en la literatura universal de todos los pueblos.

Figuran en ellos acontecimientos de varios territorios, que procediendo de la raza que dió sus Reyes á los pastores reinantes en el Nilo, sus gentes á Sesostris, su valor contra las huestes de Alejandro, su astucia contra el Egipto, Persia y Asiria; una aridez inhospitalaria á los invasores, una campaña inacabable al pueblo conquistador, para los que ni bastaba lanza, ni tenían falanges suficientes á satisfacer el orgullo nacional, como Horacio cantó:

Non ante devictis sabeae regibus
Intactis Arabun thesauris.

Y Propercio decía:

India quin, Auguste, tuo dat colla triumpho
Et domus intactæ tetremit Arabiæ.

caracteres que vienen á determinar en su conjunto el aspecto de los árabes, como pueblo, que tanto se nos manifiesta al través de los siglos, y que como nación no era fácil encerrar en unidad histórica con los demás; ese mismo pueblo celebra entre sus Reyes á Katan, establecido en el Yemen, coronado con una guirnalda de frondosos mimbres; engendró á Yarab, apellidado padre del Yemen, y Járab, que fundó el Reino de *Hedjaz*; Yarab, impulsando sus fuerzas en las conquistas, empleó los prisioneros en la construcción de la ciudad de su nombre y de los baluartes de la provincia de Mareb: obtuvo los honores divinos, é introdujo el culto de los astros; mas habiendo formado, para fecundizar á Mareb, donde se había erigido Saba, un lago artificial al que afluía el gran curso de las aguas de los manantiales y torrentes vecinos, cedió uno de los diques, y las tribus que pudieron salvarse dispersáronse, en número de ocho, de las que parte se situaron en Mesopotamia con el nombre de los jefes, que todavía conservan las provincias de Diar-Bekr, Diar-Medar y Diar-Rabia, y otros fundaron los dos Reinos de Gassan y de Hira: el primero en la Siria Damascena, que duró seis siglos bajo la dominación de diferentes Príncipes, y el segundo en el Yrak, que duró otro tanto tiempo, y cuyos Reyes prestaron vasallaje al Shah de Persia; Estados que forman el limbo de los acontecimientos descritos en los poemas que nos proponemos estudiar.

LIDES DE LA GLORIA.

I.

OCASIÓN Y ORIGEN DE LAS FIESTAS DE OCAZH.

Al propio tiempo que se encendía entre los Coraychitas las célebres guerras de *Fidjar*, á la muerte de Abdelmottabit, y las graves disensiones suscitadas entre los descendientes

de Modhar, por Kinana de una parte, y los Benou-Hawazin de la otra, concitaban en su furor cuantos intereses sagrados podían oponerse, recibiendo por lo mismo el nombre de guerras sacrílegas, porque los combates, las violencias, todos los acontecimientos de la misma, se realizaron en el curso de Dhoulcada y otros meses sagrados, cuya santidad fué atrozmente profanada; sucedíanse otros actos que dieron al pueblo árabe mayor nombradía que las citadas guerras, y aunque no movían tantos propósitos y proyectos sociales, no dejaron de llamar á sus autores la mayor importancia respecto á la generalidad del pueblo.

Así vióse marcado el tiempo en que una de esa especie de fiesta tuvo lugar: durante los veinte primeros días de la luna de Dhoulcada reuníase un grande mercado en Ocâzh, sitio plantado de palmeras y situado entre el Tait Nakhla, á tres pequeñas jornadas de la Mekka; como una de nuestras Exposiciones comerciales, era un centro á donde concurrían habitantes de todas partes de Arabia. De otras dos ferias hablan los historiadores de los árabes, no muy distantes de Mekka, antes de la peregrinación, una en *Madjua*, cerca de *Marr-ezzhohrân*, y la otra en *Dhoul-Mèdjâz*, situada en la parte posterior del monte Ararat; pero sobresalía á todas la de Ocâzh, más considerable y más frecuentada que todas las otras, pues más bien que un mercado nacional abierto anualmente á todas las tribus de Arabia, era como una especie de congreso general, en el cual se establecían concursos del talento y de la gloria. Vióse ciertamente en la antigüedad celebrarse con universal aplauso estas grandezas del pensamiento y de la palabra, ornar sus actos poéticos por excelencia con las solemnidades sagradas entre los hebreos, con la pompa misteriosa del oráculo entre los egipcios, los griegos divinizar á Homero, aclamar con grande veneración los romanos á Virgilio; ángeles llevaron á Dante esparciendo por la imaginación de los pueblos la más dulce esperanza, presintiendo las delicias de una vida de eternal ventura; los romanos resucitaron por Petrarca la antigua costumbre del *Triunfo*, coronándole públicamente en el Capitolio; y un lauro real para Quintana; pero es de notar en todos ellos que los

autores pertenecían á su arte, con exclusión de toda otra cualidad, mientras que los poetas árabes, cuya inmensa mayoría eran á la vez excelentes guerreros, recitaban ante la multitud, ávida de esplendorosas tradiciones, sus versos, en los que alentaban en esforzada rivalidad su nobleza, sus altos hechos, la ilustración de su tribu, el progreso social de aquellos pueblos, excitando así recíproco engrandecimiento, y las ideas de sociología, religión, el sentimiento humano, la pasión, la mujer, cuanto puede llamar la atención del hombre se hallaba en su fase más levantada y entusiasta expresado en ese notable certamen. Frecuentemente los *cacidas*, que habían reanimado en estas reuniones la admiración de todo el auditorio, obtuvieron de un frenético aplauso honores concedidos á la palabra divina y la honra de ser escritos con letras indelebles; pero esto no llegó á generalizarse hasta pasado algún tiempo, que empezaron á celebrarse las ferias de Ocâzh y sus fiestas con el orden de una institución regular.

Señalan los autores en las guerras de Fidjar, como la ocasión principal de los Moallakas, celebrados en la gran feria de Ocâzh, hacia el año 580 de Jesucristo, y es bien notable la coincidencia; realmente el espíritu que ese numeroso pueblo presentaba, ofrece muchos contrastes en tal concepto; reuníanse á fines comerciales y allí se concitaban todos los intereses también de la inteligencia y del genio de sus poetas, llevando tras de sí, un solo verso á veces la suerte de sus tribus; no de otro modo en la feria celebrada ese año, cuando Mahomet contaba acaso unos diez años, puede señalarse en la misma feria las enemistades entre los Benou-Hawâzin y de los Caraychitas y Kinanios; el motivo era ya bien conocido en los principios belicosos de ese pueblo, y fué que un Badr, hijo de Machar, de la tribu de Ghifar, rama de los Kinana, guerrero indomable y de una arrogancia sin igual, hecho dueño de gran parte del mercado, declamaba:

«Somos los hijos de Moudrica, hijos de Khindif; aquellos contra cuyos ojos dirigimos nuestras lanzas no sufrirán ya oftalmía.»

«Nuestros aliados por lazos de sangre tienen derecho de

enorgullecerse. Nosotros somos un mar de generosidad y de bravura.»

Movido de su hálito, continuó:

«Soy el más poderoso de los árabes; hé aquí mi pierna; si alguno pretende ser más poderoso que yo, que intente herirla con su gumía.»

Indignado de tan insolente desafío un beduíno de la tribu de Nars, rama de Hawâzin, nombrado El-Ahamar, hijo de Mazin, se lanzó hacia Badr con espada en mano, descargándole un golpe sobre la rodilla, que le cortó la pierna. «Toma—le dijo,—mira por tí, orgulloso hijo de Khindif.»—Esta acción excitó un grande tumulto; pero las tribus de Ghifar y de Vars no asistieron al combate, y el disturbio se apaciguó: multitud de análogas causas se proporcionaban poco después á suscitar continua guerra, y una mujer nacida de Hawâzin por Amir, hijos de Sarsaá, que estaba sentada en el mercado de Ocâzh, conversando con otras jóvenes de su tribu, por su recato completamente rodeada y cubierta de un velo, pero esbelto y de suma elegancia su talle, atrajo las miradas de varios jóvenes coraychitas y kinanios, que excitados se le acercaron al derredor, pidiéndola levantara su velo para ver su cara: no accedió así la pudorosa mujer, mas para vengarse de este desaire uno de los coraychitas colocados detrás, sin que de ello se diera cuenta la mora, unió estrechamente el paño del manto al dorso del vestido con una espina, y apenas pasado poco momento fué á levantarse, quedó la joven en un estado que excitó en los demás coraychitas y kinianos ruidosos golpes de risa. «Tú nos has ocultado tu rostro—le dijeron,—pero nos has hecho ver otra cosa.»—«A mí, los hijos de Amir»—gritó la mujer ofendida. Los Benou-Amir corrieron en seguida por las armas; los kinanios y coraychitas se armaron también; batiéronse y la sangre corrió muchas horas; hasta que un magnate, muy considerado entre los coraychitas, llamado Harb, hijo de Omeyya, se acercó á separar á los combatientes; pagó el precio de la sangre vertida; dió satisfacción por el ultraje cometido en la mujer amirita, y restableció momentáneamente la paz. Este rasgo determina bien claramente la facilidad de los

árabes para entrar en lid costosa, y su carácter tampoco se hace de escasos pretextos para la guerra.

No ya, como en el caso anterior, podía suscitar motivo suficiente el honor ofendido de la mujer; otro pretexto más ligero traería nueva guerra, un tercer conflicto, en sus principios bien sencillo. Un hombre de la familia de Djocham, descendiente de Hawazin, era acreedor de un descendiente de Kinana; cansado de las muchas dilaciones que le oponía su deudor, queriendo al menos humillarle si no podía hacer que le pagase, el djochamita se presentó en el mercado de Ocâzh con un pequeño mono y voceando: «¿Quién me quiere dar otro animalito como éste por mi crédito sobre Tal, hijo de Tal, de la familia de los Kinana? Sí, yo libro por un miserable mono un crédito contra Tal, hijo de Tal, de la familia de Kinana.» Palabras que, repetidas una y otra vez con voz atronadora, llegaron á herir los oídos de los kinanios, hasta que impacientado uno de ellos, sacó su gumía y de un golpe cortó la cabeza al mono. Siguióse un altercado, y «¡A mí, Hawazin»—gritaba el djochamita.—«¡A mí, Kinana»—respondió su adversario.—Y reunidos ambos partidos se acercan y atacan, hasta que heroicamente algunos ancianos y sabios respetados de la generalidad, antes que ningún homicidio envenenase la querella, dijéronles: «Atended aquí; ¿por qué razón os vais á matar, por un mono?»—Obedecida la voz de la razón, calmáronse los espíritus, y Abdallah, hijo de Djocham, coraychita de la rama de Taym, que gozaba de una gran fortuna, carácter noble y elevado, terminó la diferencia satisfaciendo con su dinero el crédito del djochamita. Rasgos bien característicos en este punto del pueblo árabe, y en cuyas tres jornadas de las guerras sacrílegas, que constituyen la primera guerra de Fidjar, habían mostrado cuántos inconvenientes tenía el llevar las armas en la numerosa reunión de Ocâzh, entre tantos hombres enérgicos, ardorosos, divididos frecuentemente por odios particulares y rivalidades de las tribus. Después de la solución dada por Abdallah se convino, para evitar ocasiones de sangrientas querellas, que en lo sucesivo todos los árabes llegados á la feria de Ocâzh depositaran sus armas en manos de Abda-

llah, que gozaba de general aprecio, las que recobrarían terminada la gran feria, en el momento de volver á su País, y de la peregrinación, formuláronse ordenanzas á este fin, y este reglamento se ejecutó, y mantuvo la paz durante algunos años, sustituyendo por sus sabios preceptos con diversiones y grandes fiestas el bélico concurso de los ánimos.

II.

VIRTUDES QUE PRINCIPALMENTE DESARROLLARON LOS ÁRABES: SU GUSTO POR LA POESÍA.

Llamaron la atención y consagraron á estas fiestas todos sus gustos y constumbres sociales, y formó especial objeto de las mismas su afición más exquisita y escogida, aquella en la que los árabes gustaban la suprema alabanza descendida del Paraíso á la tierra; tal era su afición por la poesía. Las virtudes que los árabes apreciaban más, eran el valor belicoso y guerrero, la liberalidad, el ejercicio de la hospitalidad; los únicos conocimientos que procuraban adquirir, eran los de sus genealogías, á los cuales referían también algunos recuerdos históricos: el de las estrellas, que les servían de guía durante su marcha nocturna al traves de los desiertos, y á alguno de los que atribuyeron una influencia bienhechora para atraer la lluvia á la tierra, y sobre todo el conocimiento de las leyes y de las riquezas de su lenguaje. Así compréndese elevaran á un alto grado el valor de su elocuencia y el gusto de su poesía; el talento de versificar era entre los árabes muy común, y cuando un poeta se distinguía por alguna composición que era de mérito, animando un valor eminente en el autor, la tribu celebraba su gloria por fiestas, se felicitaba á la familia, dice Soyonti, como se felicitaría á un hombre á quien su mujer había dado un hijo varón; modo extraño de comparar el regocijo á la nueva de un poeta naciente, á cuya mera esperanza atribuíanse mil

consuelos; no es de extrañar verlos en pos de tan noble afición discurrir por todo ambiente, y en uno de los cinco panoramas que nos ofrece Arabia, el mejor y más concurrido era la feria de Ocâzh, en donde las tribus se reunían para celebrar y conquistarse cual en un certamen de genios el honor de ser aplaudido por todas las familias á la vez de un extenso pueblo.

III.

LIDES DE LA GLORIA.

Como sobresalieron en todos los pueblos con varia solemnidad las fiestas religiosas, civiles y políticas, vemos entre los árabes acentuar el entusiasmo de sus solemnidades también en la famosa feria de Ocâzh, aunándose á la vez todos los estros é intereses que el comercio, religión, el predominio de una á otra tribu, la política, en fin, toda la sociología que vemos fecundaban las fiestas de los demás países y naciones; pero con una diferencia, y es que mientras en los griegos recordamos sus Bacanales ó Dionisiacas en honor á Baco, las Eulisianas ó fiestas de Ceres, las Panateneas instituídas por Teneo en honor á Minerva, protectora de Atenas, y para estrechar el lazo político entre las tribus del Ática, los juegos olímpicos, solemnidad nacional que representaba toda la raza helénica y otras en las que se concedieron honores divinos á varios hombres célebres no medio fabulosos, sino á poetas como Homero, á quien se le erigieron templos y en cuyo lauro se nombraron sacerdotes, como también á Esculapio, y en cuyas olimpiadas discerníanse premios como los obtenidos por Herodoto; del propio modo que en las épocas posteriores se recuerdan todos los juegos florales, tenían los árabes sus bardos también como los hombres del Norte, y sus fiestas, sus combates de poesía, como en los antiguos certámenes que nos recuerda Dafne y Cloe; mas los poetas árabes, que como ellos cantaban el sentimiento dulce ó terrible del alma humana, nunca se detenían en el

mitológico embolismo de la poesía antigua; por esa razón mostróse en evidencia con mayor fuego, y la hospitalidad, la venganza, el honor ó bien los graciosos y solemnes espectáculos de la naturaleza, el inmenso desierto, el fresco oasis, la gacela ligera y el fuego del combate, la autoridad, las tradiciones sociales, el valor de su sangre, el fuego de su corazón, la energía de su carácter y su ánimo invencible, reverdecían en estos poetas, que inspirados en tan altos motivos, acudían á los grandes torneos poéticos que formaban en la gran feria de Ocâzh, á veces con el objeto religioso que alguna vez recordaban con sus peregrinaciones, el más vivo reconocimiento de aquella tradición bendita, mediante la cual aparecíales la *Caba* en el tisú de las leyendas árabes, ideada por Dios, según los teólogos musulmanes, y cuyo tipo, confeccionado en el cielo antes de la creación de Adán, fué después objeto de la veneración de los ángeles, á quienes encargó Jehová su misión angelical cerca y en derredor del celeste edificio, como santuario donde habían de celebrarse en la tierra los santos torneos llamados *Taweaf*. Entonces tenían lugar las fiestas que se llamaban *Lides de la Gloria*, y el que había sabido conmover mejor las almas, y entonar los ecos más dulces y gratos á la Divinidad, á las tribus y toda la concurrencia, veía luego su obra, escrita sobre telas preciosas, con letras de oro, conservarse á la posteridad como el ritual más sagrado de sus venerandas instituciones político-religiosas. Punto de contacto también con las costumbres de otros pueblos, donde vióse disputar igualmente el premio de la mejor poesía, como en los juegos florales, en las cortes de amor, en los palenques de la gaya ciencia, y merced á su espléndido fulgor, merecer la dignidad de ser el rótulo sagrado en los muros incontamines de la *Caba*, como estrellas refulgentes suspendidas en un vacío inmenso.

IV.

ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA MOALLAKA.

Es la Caba, pequeño templo erigido en la Meca, objeto de la santa peregrinación (Haddj), llamada Medjid-el-haram, Mosquea sagrada y también Bayt-Allah, mansión del supremo Dios; según los historiadores musulmanes, construída por Adán, reforzada por Seth y reconstituída después del Diluvio, aparece como el más antiguo monumento levantado en honra á Dios; sitio distinguido sobremanera, y lugar respetadísimo para formar la mayor gloria de toda inscripción humana. Allí era donde, sin otras esculturas ni altares, sobre los muros del venerado templo, hallábanse colgadas ó suspendidas esas composiciones, admiración de las generaciones árabes; los áureos poemas escritos y allí depositados, estaban al abrigo de la destrucción, amparados por el respeto religioso que inspiró á los musulmanes el templo santo del Profeta, donde, desde un principio, manifestando á las generaciones su contexto están como suspendidos; tomando quizás por esta situación el nombre de Moallakas.—No obstante esta denominación, que se ha aplicado á varias poesías árabes, se ha extendido por otro concepto y á diferente sentido, y el erudito y sabio Hammad los nombró *Sourmont*-collares; pero siempre prevaleció el de Moallakas, por más que pudiera ser un sinónimo del primer título, también una expresión empleada en sentido figurado, como podíamos decir de composiciones llenas de elevación religiosa y patriótica. La fantasía oriental se apoderó de este nombre, Moallaka, tal vez también para organizar así toda una historia de las grandezas del pueblo árabe entonces, llevando su carácter religioso y consagrando la belleza poética por la santidad del lugar donde debían hallarse suspendidas estas obras de arte, y de cuyo concurso, por su naturaleza y por su destino, sobre todo, conocidos en la posteridad, en los Moallakas, determi-

narnos el género que entre ellos podemos admirar; su poesía, tal y como es sin el rigorismo estético de la italiana, existe desanimada en ese mundo de ficciones místicas que tanto florecieron en las de la antigüedad; antes más bien, espejo fiel de las ideas y de los sentimientos de los árabes, forma la expresión espontánea de pasiones ardorosas, de impetuosos deseos, desahogos de amor, arranques de venganza, parábolas, enigmas, sentencias, todo en un lenguaje figurado y lleno de imágenes, no pocas veces desarregladas, pero llenas de fuego y de vida; formas á que, según afirma Mr. Hartwig Derembourg, acudieron también los orientalistas, para explicar la palabra Moallakas, y al conocimiento más detallado del asunto.

LOS MOALLACAS.

I.

PROSODIA DE LOS ÁRABES.

Los principios de la versificación árabe reposan á la vez sobre la cuantía prosódica de las sílabas y sobre la rima; así su arte de la versificación llevaba el nombre de *Ilm el aroud* con una rima *gafia*, de diferente suerte, según el número y la naturaleza de las letras que la constituyen ostentando con esplendor la varia armonía de la poesía árabe. Entre los diversos géneros de poesías cuyo estudio relegamos á otro punto, y concretándonos al examen prosódico de uno solo, notamos que hay poemas árabes enteramente monorinos; y que entre los antiguos *Çacidas*, todos los versos sin excepción debían terminarse por la misma rima. Mas en su poesía moderna se hallan frecuentemente versos con diferentes combinaciones de rimas, y á veces abundan los apotegmas, guardando cierto paralelismo. En los largos poemas didácticos é históricos, se emplea con frecuencia el dístico, y la rima cambia á cada dístico, á lo cual se llama versos *mousdaouidj*, reunidos; ó

mesnèvi, pareados; de aquí la tendencia á reunir, no ya los versos, sino también las composiciones en forma á propósito á recoger en un joyero todos los brillantes que esmaltan la vigorosa imaginación de los árabes. Mas esta idea, basada en la esfera de apreciación, no oculta otra cuestión principal y que debe ocupar con grande atención nuestro estudio.

II.

¿EN QUÉ LENGUAJE FUERON ESCRITOS LOS MOALLAKAS?

Ante todo aparece un lenguaje primitivo, que juzgan diversos autores es el habla primordial del género humano; no pocos escritores han contrariado esa idea, sosteniendo esta gloria á otros idiomas, sin que aún se haya decidido cuestión tan importante; puede creerse que lo fué el idioma cuyos orígenes apenas se nos manifiestan sino confundidos en la antigüedad, y de cuyo primer momento no hay ciertamente sino algunas indecisas tradiciones entre los árabes, antes de Mahoma, que á algunos parece fué regulado posteriormente y más que por ningún otro ascendiente por Jarebe-ben-Kahtan, nombrado Aboul Yemen, y que en su estilo se nos presenta uno en repetidos monumentos y del que poco después surgirían dos dialectos principales, el Himiarita al Sur de la península arábiga y al Noroeste el Koreischita, aquél más próximo al etiope, éste sagrado en el Korán y popularizado después hasta envolver en sus términos toda la civilización musulmana.

Ha sido idioma de los más extendidos por todo el mundo, enlazando todos los intereses sociales; expresó sus ecos desde el más sencillo tono de las criaturas hasta el llamamiento supremo de su Dios y de su profeta, en el código religioso de aquel pueblo, y la misma palabra para ellas dicha por Dios, y con la que Jehová había de colmarles de placeres el día de la última fiesta; contaba en su complicada gramática un alfabeto mayor del que usamos los modernos, equivalencias, analogías y consonancias con varios idiomas vivos, con

una concisión de términos admirable y una riqueza de expresión cual nos presenta la variedad de formas en sus verbos, dotándola de un sentimiento más fecundo y construcción generalmente analítica y concisa para todos sus ritmos. Y aunque el alfabeto Himiarita por la denominación que los árabes le dieron llamándole *El Mousnad* (sostenido) parezca reflejar algo de lo que nos significa la palabra Moallakas, no se determina generalmente, y en todo caso, concurriendo en un mismo tiempo, instante de transición, el mismo precisamente en que todos los elementos se aglutinaban á dar un solo eco al Islamismo, la distinción apenas podía entonces apreciarse, apenas ponderan los escritores árabes esta diferencia entre sus dialectos y alfabetos respectivos, por lo que apenas también era caso de la mayor disquisición.

Mas, difícil sobremanera determinar con toda precisión el lenguaje que dió forma á la poética expresión de los árabes en sus más antiguos monumentos literarios, nos vemos precisados á discernir con claridad posible los orígenes, no ya de los dialectos, sino también de los diversos métodos de escritura usados entre los árabes, medios quenecesariamente debieron observarse para conservar esos primitivos poemas consagrados á la posteridad desde el momento en que eran proferidos ante su popular concurso.

Nos encontramos, pues, con dos dialectos conocidos, pero también tenemos dos escrituras cuyas inscripciones son bien gráficas en lo que se ha podido estudiar, y en los que diversos viajeros ilustres han dejado consignadas observaciones importantes. Curiosos arabistas, viajeros europeos que han visitado algunos litorales del Jemen hace pocos años, Wellsted, Cruttenden y Arnaud, han descubierto y copiado en *Sana*, Hisn-el-ghoral, Khariva, y sobre todo en Mareb, numerosas inscripciones grabadas sobre restos de construcciones antiguas en caracteres muy diferentes de los más antiguos caracteres árabes conocidos. Por un concurso de circunstancias especiales, se ha descubierto á la vez en una obra árabe, manuscrito de la Biblioteca de Berlín, alfabetos calificados de Himyarikos ó Mousnad. Las inscripciones que hemos citado antes son bien conocidas ya y pueden consultarse en distintas fuentes; aunque la mejor y más autorizada se halla en el *Journal de la Societé asiatique de París* (1): allí se consigna que algunos fueron escritos en la forma *boustrophedon*, pero la marcha ordinaria y regular del mousnad, es de derecha á izquierda; además, todas las letras están aisladas y separadas las palabras entre sí, por una barra vertical, sirviendo de signo disyuntivo: no muchos más autorizados datos pueden darse respecto al mousnad, cuya lectura, por otra parte, y en cuanto á la inteligencia de las referidas inscripciones, está poco desarrollado todavía el estudio, dejando mucho que desear los ensayos de los filólogos, no obstante de los esfuerzos empleados á este propósito además de otros sabios, por Gesenius, Roediger y F. Fresnel.

Cítanse á este propósito las frecuentes relaciones de los árabes con los judíos y cristianos de Siria, cuyos signos inspiraron á los árabes su sistema escriturario, principalmente en Moramir, que dividió su alfabeto en ocho palabras poco importantes que sirvieron de nombre á sus ocho hijos; pero esta escritura, generalmente ignorada del resto del pueblo, juzgóse que era imitada del mousnad, aunque hay toda probabilidad en la influencia directa de los dos dialectos antes citados, y de cuyos signos parece se sirvieron para expresar su lenguaje; así cítase además entre los coraychistas á un contemporáneo de Abdelmottalib y de su hijo Vasaca, hijo de Naufal; mas en tiempo de los diez y siete califas Omyadas, es donde se vió más extendido, pasando á Hira, residencia de los Príncipes de la raza de Lakhu. Uno de los personajes eminentes de la tribu de Coraych, Harb, hijo de Omeya, hijo de Abdchams, habiendo ido á Hira, aprendió esta escritura, y de vuelta á Mekka, enseñóla á varios coraychistas; versión muy defendida por Ibn-el-Kelbi y Hugtham, hijo de Adí, sabios antiguos muy estimados. Harb, hijo según hemos dicho de Omeya, nacido hacia el año 528, llevó de Hira á Mekka la escritura árabe *Djazm*, y es todo lo más que puede hallarse de diferencia, puesto que la que

(1) Cuaderno de los meses septiembre y octubre de 1845.

hay entre las fechas, es á los 560 años, época bien á propósito para determinar el lenguaje en que fueron escritos esos poemas, tan precisado por la fecha del nacimiento de sus autores, como por la de la introducción de la escritura entre los árabes, unos veinte años escasamente antes que la célebre guerra de Fidjar, que dió nacimiento á la gran feria de Ocahz y á las lides de la Gloria, por más de que esa gloria haya de reivindicarse en honor de las otras tribus, pues es por demás sabido que la tribu de Coraych pasaba por ser la menos favorecida de las musas y del genio poético, y que hasta Mahoma no había producido poeta alguno de primer orden.

III.

ESTUDIOS REALIZADOS EN ESTE ASUNTO.

Pocos trabajos se han realizado en el sentido de clasificar la lengua y escritura arábiga, como también respecto al estilo de los primeros monumentos literarios; mas estos estudios, poderosos en todo tiempo, por la suma de datos y fecundos conocimientos que en obras especiales de suyo exigen, no sólo han constituído siempre su mayor problema y valor, sino que también venían á hacer muchas veces de un estudio filosófico, histórico y literario, una disquisición filológica que oscurecía generalmente los demás conceptos, en nada inferiores á éste, que parece nutrirse del estudio, solamente de la forma, de importancia en verdad, en la cuestión de orígenes, mas no tan fecundo de sentido moral, religioso, civil y social, que se revela á todo atractivo en los demás géneros de estudios llevados á efecto en las naciones europeas, en los siglos posteriores.

Respondiendo sin duda á esta apreciación también, hemos visto que uno de los más sabios arabistas modernos, Silvestre de Sacy, á fines del siglo pasado hizo un estudio, en el que abundan sobre manera infinidad de rasgos filológicos, cuestiones gramaticales, aplicación é interpretación de multitud de reglas lógicas, hasta el punto de confesar el mismo ilustre

escritor que la lectura de un trabajo hecho con tal esmero, apenas podría interesar sino á corto número de lectores, por supuesto, tan arabistas como él, y por cuyo motivo al publicar un ensayo acerca de los Moallakas, extractó la Memoria que, llena de erudición, había leído en 1785, en las sesiones de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes.

Del propio modo podíamos reconocer no pocos estudios que, si á igual altura, pudieron rendir un resultado principal acerca de los orígenes, desarrollo é influencia posterior del idioma árabe, ni los problemas filológicos, formulados por los modernos, y que tanto entusiasmaron los desvelos de Grimm, ni los que dirigieron las investigaciones de Müller al través de una ley filológica, llegaran á ese grado que exigen las leyes del desenvolvimiento del espíritu, que apenas es contenido en el áureo grillo de la palabra; vuela en labios de la humanidad á decirnos con toda libertad, amplitud y sin coerción alguna filológica, cuánto es capaz de sentir el corazón del hombre, y cómo las facultades anímicas han burilado en la civilización de los pueblos los conceptos más puros de la verdad y de la gloria, según la presintieron sus genios más esclarecidos. Á este fin encaminaron también sus talentos multitud de ilustrados orientalistas; pero son pocos los estudios que podemos contemplar en algunos idiomas vivos, y no ya algunos textos de los poemas aludidos, ni en tratados generales de la literatura oriental; ni los recuerdos que algún rarísimo viajero á aquellas mansiones ha dado de cuantos monumentos ha podido admirar de la civilización y cultura de los árabes; ni tampoco los trozos de texto más ó menos compendiarios, introducidos en las diversas obras de *Las clases de los poetas; libros de la poesía y de los poetas;* en el *Grande y pequeño Hamasa;* en la copilación *La pureza de la cultura de los digranes arábigos;* en la *Colección de las colecciones;* y en multitud de Antologías generales de los árabes, formadas por ellos mismos; estudios más completos han exigido á la profunda observación de generosos orientalistas y profundos filólogos, esfuerzos que nos han dado una fuente de conocimientos más de los expresados en todo ese cúmulo de manuscritos árabes, conservados con no poca satisfacción, muchos de

ellos, en nuestros ricos y valiosos archivos y bibliotecas arábigas, por cuya especialidad, alguna merece muy acertadamente este título; y un celebrado sabio orientalista, Casiri, publicó su bibliografía, honrándola con toda justicia con el título de *Biblioteca arábigo-hispana-escurialensis* (1): otros esbozos se han hecho después de estudios parecidos, en los que hemos adquirido también noticia detallada del número de estudios realizados, examinando especialmente los Moallakas, presentándolos en diversas combinaciones en el mismo y latino idioma.

IV.

NÚMERO DE MOALLAKAS.

Enuméranse varias composiciones poéticas suspendidas en los muros de la Caaba, y los viajeros (2) más detenidos en describirnos ese monumento de la antigüedad, nos lo expresan con todo ese colorido que en vano trataría de rivalizarles la afamada paleta de Fortuny, y esos virtuosos observadores y los orientalistas más profundos, aunque reconocen varias creaciones dignas del mérito de los Moallakas, han fijado su número en siete principales, no obstante de que algunos autores repugnan la autenticidad de estas obras poéticas, hasta el punto de encontrarnos con aserciones muy sostenidas en contradictorio sentido; la generalidad de las colecciones arábigas continúan reproduciendo ese número á nuestro juicio exacto, pues no es tan baladí la frecuentada feria de Ocahz ni menos valioso el testimonio formado por el concurso de

(1) En dos tomos en folio, 1770.—Madrid.

(2) Burckhardt. Burton: *Pelerinage à Medine et à la Mecque, 1855.—Les routes et les Royaumes de Abon'l-Kasem-Mohammede Ibn Haukal*, en el siglo X.—Véase los *Viajes del moro Ibn Batuta*, publicadas á continuación del libro de Kosengarte: *De Muhammede Ebn Batuta, Arabe Tingitano ejusque itineribus comentatio*, Academia Iena, 1818.—*Marrazi*, el *Koram refutado*.

todos los *collares de perlas* (1), que constituyen la serie de sus venerandas tradiciones: mucho más, si sostenidos en las advertencias de Pococke, Reiske, Hengrtemberg, á pesar de la refutación tan absoluta y tan decisiva de Mr. Nolldeke, descubrimos rasgos históricos por los que aparte de todo otro fundamento, basado en las autoridades de célebres orientalistas, los hechos mismos que en ellos se celebran nos dicen exacta recordación de acaecimientos ocurridos; en tal concepto la duda se aclara, toma cuerpo la antigua tradición, la autenticidad toma formas y no cabe ya presumir invenciones y fábulas que diversos autores juzgan hallar en esas composiciones tan clasificables por el fondo mismo de sus versos.

Sentado el principio de autoridad que en las mismas composiciones reside, aun prescindiendo de la que ha podido darles un certamen cuyo jurado era la multitud, cuya censura estaba encarnada en las costumbres y sentimientos innatos del pueblo árabe, no siendo ya cuestión la verdad que acerca del origen y de la existencia de los Moallakas puede suscitarse, tampoco puede ofrecerla el número de los mismos, porque reconocidos como tales no hay más que contarlos; pero nos hallamos con que algunos historiadores citan sólo uno, otros tres, seis, siete y algunos nueve y más; ¿cómo sucede esta divergencia? quizás por el demasiado mérito de las composiciones poéticas, tal vez el corto tiempo destinado al examen de las mismas ha podido originar esa derivación numérica. La elección de los siete Moallakas es en realidad como la obra de un pueblo llamado á juzgar con la estética más fina las obras de arte; hé aquí con esta tesis otras de las fuentes que han podido producir esa pequeña confusión; es más, un hombre de gusto muy versado en la antigua poesía árabe, un conocedor profundo de la ciencia oriental, Mansieur Hammad Rawiya, poderoso en los tesoros de su me-

(1) Pues no de otro modo titulaban sus crónicas: *Las Perlas de los únicos collares en las biografías útiles de los grandes hombres*; llamóla Ahmad B. Ali-Al Macrisi: *El Cesto de Dátiles*: *Las flores de los jardines y los perfumes de las yerbas olorosas en los letrados y los loores de los tradicioneros de los bien guiados*: *Jardín hermoso*, etc., etc., etc.

moria y de una erudición rarísima, distinguió entre multitud de creaciones poéticas de los árabes, siete poemas, que declaró los más admirados, maravillosos y perfectos. ¿Bastaba esta declaración? A nosotros nos es insuficiente; aunque respetamos sobremanera su reconocida autoridad, no podemos asentirá que el mérito solamente de la obra determine nunca el número de ellas; además de la excelencia reconocida y aclamada por los jueces escogidos del más colegiado tribunal de los árabes, era preciso que el destino de la obra viniera en apoyo de nuestro aserto; esa especie de consagración revestíale, no de la categoría de poema que en sí la tenía, sino del nombre con que la posteridad sigue distinguiéndolos, y en este concepto, la opinión, las tradiciones y el eco universal, que desde la Meka fluctúa como el aroma de las flores, nos dicen en el heroico esfuerzo del viajero, en la recóndita observación del orientalista más profundo, en los estudios críticos, aunque escasos, de las producciones de los árabes, en la voz eterna de sus jueces inmortales, los historiadores, los poemas que vieron elevados á esa altura suprema, rodeados de la pompa nupcial con la divinidad, coreados por el eco incesante de las generaciones de los árabes, ante cuyos ojos se hallan esculpidos en letras de oro todos los gustos, tendencias, ideas, costumbres y dogmas sociales de ese heroico pueblo; así resultó, y no podía por menos, distinguiéndose de entre los Moallakas también otras composiciones cortas y legendarias (1) que se han ido uniendo á las diversas colecciones de Moallakas, y que á pesar del notable vuelo de su poesía, si pudieron unirse á la colección, jamás se confundieron con Moallaka alguno, quedando éstos, por lo mismo, con esencial y perenne distinción en el curso de todas las letras humanas.

(1) Entre éstas pueden verse algunos versos de Nabiga y de Acha, y algunos trozos más de diversos autores que entre los mismos se hallan colocados, quizás á capricho de los coleccionistas.

V.

DENOMINACIÓN, CLASIFICACIÓN Y ORDEN CRONOLÓGICO DE LOS REFERIDOS POEMAS, SEGÚN AUTORES ÁRABES Y EXTRANJEROS, Y CUÁL SEA PREFERIBLE.

Fijado brevemente en la manera que nos ha sido posible el número de los Moallakas, corresponde precisar su orden cronológico, menos controvertido por los más notables orientalistas que se han ocupado de este hermoso asunto. Preséntalos por su orden el sabio A. S. Sacy, fijándose para su método en los Moallakas mismos, sin ninguna otra atención, prescinde del artista que lo produce, nada personal respecto del autor, escasísimas noticias acerca del origen del poeta y ni tampoco de la biografía, detalles todos tan preferidos y atendibles á todos los árabes, que no sólo continuaba de generación en generación cuantos datos podía conservar de la familia, sino que en sus escritos, como en los de nuestra Sagrada Biblia, hallamos cuantos rasgos pueden precisar el parentesco, no ya de un árabe notable, sino aun de los menos distinguidos.

Con tal procedimiento dió una breve noticia de los Moallakas por el orden siguiente:

1.° El de Amrou-ben-Kelthoum.
2.° El de Hareth-ben-Hilliza.
3.° El de Tarafa-ben-Alabd.
4.° El de Antara-ben-Scheddad.
5.° El de Zohair-ben-Abousolma.
6.° El de Lébid-ben-Rébia.
7.° El de Amriolkais-ben-Hodjr.

Los dos primeros esencialmente históricos; ningún rasgo hay en el tercero que se refiera á los acontecimientos públicos; voluptuoso, lleno de fuego y pasión por los goces de la vida, las armas y el combate, es un espejo del poeta, composición meramente subjetiva; es histórico el cuarto y el quin-

to igualmente, mas lleno de sentencias y reflexiones filosóficas; moralistas el sexto y el séptimo.

Por el contrario, un historiador de los más reputados entre nosotros (1) los intercala en diverso orden por el texto de su historia; apenas se cuida de la coordinación literaria del referido pueblo, y brotan los poemas como flores esparcidas en el campo sin concierto alguno, sin presentarlos tampoco tan completos como era deseable, pues hay poeta del que no presenta nada de su Moallaka, describiendo entretanto algún detalle personal del autor, como sucede con Labid.

El erudito Caussin de Perceval los clasifica en distinto orden, diferenciando en algunos el nombre.

1.° El de Imroulcays.
2.° El de Tarasa.
3.° El de Harith.
4.° El de Amr.
5.° El de Antara.
6.° El de Zohayr,

y no hace más que citar por referencia el de Lébid-ben-Rébia.

Si atendemos á los ejemplares de los mismos escritores árabes, hallámoslos diseminados entre multitud de colecciones llenas de diferentes poesías; la mejor clasificación sería la establecida según el orden en que aparecieron ó fueron consagradas en el solemne *certamen de la gloria*; para lo cual bien podría acompañar las fechas de nacimiento de los mismos poetas, sus datos biográficos, pues á la ausencia de estos detalles juzgamos la desproporción que resulta acerca de la prioridad de uno á otro, notándose 100 años de diferencia en alguno, como el de Lébid, la fecha del año 141 de la Egira á la del año 41 meramente, que parece la más probable.

De aquí la diferente apreciación aun en los nombres de los poetas, según ha podido notarse, debido tal vez á las distintas fuentes en que pudieron tomar sus conocimientos los escritores citados, y que rectificaremos en la parte que juzgamos oportuno en vista de los manuscritos árabes y de las

(1) Cousín de Perceval.—*Essai sur l'histoire des Arabes*, t. II.

colecciones que hemos podido tener á la vista, no prefiriendo un orden rigurosamente técnico, pues aunque la materia se presta á esa ordenación, la circunstancia de haberse dedicado algunos genios á conmemorar un mismo acontecimiento, por lo mismo parecen pareados, así elegiremos esa base en la exposición, ayudados á la vez de las fechas de nacimiento y óbito de los poetas, señales clarísimas de su respectiva prioridad, aumentada por la de los acontecimientos mismos en ellos descriptos.

ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

EL PRÍNCIPE ERRANTE.

I.

IMROULCAYS: FECHA DE SU NACIMIENTO.

Al repasar el año de nacimiento de cada uno de los poetas autores de los Moallakas, hallamos que fijan los historiadores en el año 500 de nuestra Era (1) la venida de Imroulcays, á quien Sacy, cambiando algunas letras del nombre y llamándole Amriolkais-ben-Hodjr, lo presenta como contemporáneo de Mahoma: establecido ya algún tanto, y con buenas pruebas, que Mahoma nació el 29 de agosto del año 570 de J. C., y no el 571, según afirma el erudito Sacy (2); discordancia de fecha que no deja de ser notable en en una disquisición histórica tan erudita como la del eminente orientalista, gran conocedor de las fuentes históricas de los árabes, y que otro escritor no menos ilustrado trató de evidenciar hasta la perfección, haciendo, no contemporáneo, sino con setenta años de anticipación el nacimiento del poeta al del pretendido ungido del Señor. Cousín, en las tablas que

(1) Cousín de Perceval.—*Essai sur l'histoire des Arabes*, t. I, tabla VI.
(2) Mem. de l'Acad., vol. XLVIII, pág. 530.

presenta como apéndices al tomo I de su obra, lo sitúa en el encasillado correspondiente al año 500 de la Era Cristiana (1); depuradas estas tablas cronológicas á la vista de documentos justificativos para la verdad histórica, nótase desde luego la discriminación que brota forzosamente, no ya por lo expuesto, sino también por las mismas palabras de Mr. Sacy; dice este escritor en su trabajo que es Imroulcays el más moderno, cuando según los cálculos más comprobados y en lo que es posible resulta en Cousín que nació primero, y por tanto es el poeta más antiguo; mas dejando aparte y sentado como más cierto que nació este poeta en el referido año 500 de la Era Vulgar, ¿acertó más Mr. Sacy cambiando ó modificando el nombre?

II.

SU GENEALOGÍA Y NATURALEZA, NOMBRE Y EDUCACIÓN.

Imroulcays, hijo de Hodjr, el más distinguido Príncipe de los poetas árabes anteriores al Islamismo y autor de uno de los Moallakas, no es menos célebre por sus infortunios que por su talento poético; según opinión de *El-Wazir*, hijo de Cacim-el-Maghrebí (2), su verdadero y propio nombre era Hondodj, é Imroulcays á lo más un sobrenombre que significa el hombre de la adversidad: no faltan autores que juzguen este nombre compuesto; el mismo Cousín piensa que el verdadero nombre era el de *Cays*, y que fué llamado así como designación más breve; así se le halla citado también por los escritores griegos de la época, y Procopio y Nonnosio le nombran con esa sola palabra *Cays*: se le ha reconocido así, y en él al Príncipe Cays, que figura sin otra calificación en un pasaje del moallaka de Harith, hijo de Hillizé, poeta de la misma época; mas no lo creo por contracción; ese nombre ha

(1) También lo afirma así Cousín de Perceval, en el t. II, pág., 303.

(2) Autor de una obra intitulada *Al-inas*, citada en el Boghyat-el-Talab, Ms. ár. de la Bibl. Roy. de París, núm. 726, f. 192 v.°

sobrevivido á todas las influencias y se ha conservado, no obstante de los errores, y si era conocido como tal en su tiempo, si además había ejemplos de otros individuos de este nombre, las dudas acerca del suyo se desvanecen y queda sobre todos preferido el de Imroulcays, por el que se le ha designado generalmente en tiempo de Mahoma y en las edades subsiguientes. Además, otros dos poeta, hubo del mismo nombre, amigos del nuestro y compañeros de una parte de sus viajes, y hasta en un verso de Imroulcays, el poeta, se halla este nombre, Imroulcays... hijo de Temlik (1).

Era su madre Fatima, hermana segunda de Calayb y de Mohalhil; nacido el año 500, según se ha dicho, en el Nadjd, entre los Benon-Acad, mientras que su padre habitaba en esta tribu, situada por Harit bajo su dirección, desde su juventud se entregó con ardor ó la poesía. La brusquedad de Hodjr se excitó contra él, dice el autor del *Aghani*, al ver que su hijo se dedicaba únicamente á una ocupación que las personas de sangre real consideraban como muy inferior á su rango. No le faltó ocasión á mayor molestia á propósito de una relación de El-Wazir, hijo de Cacim; compuso Imroulcays unos versos impertinentes, en los que no estaba muy respetado su padre, que enfurecido (2) lo arrojó de su presencia: el joven Príncipe, abandonado á sí mismo, se dedicó á recorrer las tribus árabes, acompañado de gente inexperta que le seguía, y que era un grupo de individuos de diversas familias de Tay, Kelb, Bacr-Wâil. Cuando halló una cisterna en el campo, un prado y un sitio frondoso, detúvose, y cada día mataba un camello para alimentar su séquito. Iba á cazar, y á su vuelta comía y bebía con sus camaradas, mientras que sus músicos le hacían más agradable el momento con la orquesta y canto. Mas cuando el agua de la cisterna se hubo agotado, dejó aquel sitio y marchó á otros más nuevos.

Estaba en Dammoum, en el Yemen, cuando supo la

(1) Boghyat-el-Talab., f. 204 v.° y 205.

(2) Boghyat-el-Talab. f. 193 v.°

muerte de su padre, el cual, antes de dar el último suspiro, hizo testamento, confiando en uno de los de Benou-Idjl, llamado Amir el tuerto, que se hallaba presente en su agonía le dijo: «Vé á buscar á mi hijo Nafî; si llora afligido, déjale y vé sucesivamente á casa de los otros, hasta encontrar á Imroulcays. Dá mis armas, caballos, mi vajilla y mi testamento á aquel que ninguna señal manifieste de dolor.» En el testamento, en el cual transmitía al más enérgico de sus hijos todos sus bienes y derechos á la monarquía de Kinda y de Maàdd, Hodjr daba á conocer el nombre de su asesino, que pertenecía á la familia de Cahil, rama de Benou-Acad. Amir el tuerto marchó sin dilación cerca de Nafî, el cual, al oir la triste nueva, cubrióse la cabeza de polvo; el mensajero de Hodjr pasó á otro y otro, á todos los hermanos de Nafî, que manifestaron un dolor parecido. Por fin llega al más joven, Imroulcays, á quien halla bebiendo vino y jugando á los dados con un amigo. «Tu padre Hodjr ha sido asesinado,» es la primera palabra que oye. Imroulcays no respondió; detúvose su compañero, que tenía los dados. «Y bien juega entretanto,» dijo friamente Imroulcays. Terminada la partida, añadió: «No soy hombre capaz de perjudicar tu juego.» Y el mensajero le entregó el acta de las últimas voluntades de Hodjr.

Entonces Imroulcays se informó de todas las circunstancias del asesino de su padre; después de oídas, dijo: «Cuando yo era niño, mi padre me apartó de sí; hombre, me impuso el deber de vengar su sangre;» y exclamando por la sobriedad y la embriaguez, dijo: «Entretanto el vino, luego los negocios;» palabras que pasaron como proverbio, y entregóse á la embriaguez. Mas luego que hubo perdido el letargo, juró no tomar ningún alimento, beber vino, ni hacer uso de perfumes, ni cohabitar, lavarse la cabeza, hasta que hubiese tomado venganza del asesinato de Hodjr, matando cien individuos de los Benou-Acad, y cortando los cabellos de la cara á igual número de entre los mismos.

III.

GUERRAS CON LOS BENOU-ACAD Y OTRAS TRIBUS. SU ESPÍRITU Y SU DESGRACIA.

Advertidos de sus intenciones y de sus preparativos, los Benou-Acad se alarmaron y enviáronle una diputación, compuesta de los principales personajes de la tribu. Imroulcays les erigió tiendas, y dió órdenes para que les trataran con honores, pero durante tres días no se les presentó. Preguntaron los enviados qué hacía, y se les contestó que estaba ocupado en sacar de los almacenes de su padre las armas y equipajes de guerra. «¡Gran Dios! exclamaron. Decidle que á evitar toda hostilidad entre él y nosotros hemos venido.» Por último, Imroulcays se les presentó, vestido del turbante negro que se ponían cuando iban á realizar alguna venganza. Cabîssa, hijo de Noaym, aliado de los Benou-Acad, y uno de los diputados, trató de ablandarle, dirigiéndole un discurso elocuente y lleno de sentimiento, en el cual expresaba, á nombre de la tribu toda de Acad, el más profundo disgusto por la muerte de Hojdr, y terminó ofreciendo á Imroulcays entregarle el más ilustre jefe de la familia que desease sacrificar á su resentimiento, ó de abandonarle todos los camellos que poseía la tribu, como indemnización por la muerte de Hodjr. Enternecióse Imroulcays, pero rechazó ambas proposiciones. «Los árabes, dijo, saben que Hodjr no tenía igual con quien se pudiera compensar su muerte, y me deshonraría si aceptase los camellos por precio de su sangre,» despidiendo á los diputados.

Sin perder tiempo reunió sus huestes con numerosas tropas de los de Bacr y de Taglib, marchando contra los Benou-Acad; circunstancia que hace reparar en la unión de ambas tribus, lo cual manifiesta que esta guerra era anterior á la rotura que siguió en tiempo y en el reinado de Harith, excitada por la rivalidad de sus Príncipes respectivos, Chourahbil y Salama; mas los Benou-Acad, refugiados entre los Be-

nou-Kinana, pudieron evitar el primer golpe, porque desde algún tiempo antes residía allí un árabe llamado Ilba, asesino de Hodjr, ó á lo menos instigador principal contra la vida de este Príncipe, el cual, lleno de experiencia, díjoles: «Hijos de Acad, los espías de Imroulcays se han mezclado entre vosotros y han ido á referirle detalles sobre vuestra situación y la posibilidad de vuestra retirada. Dejemos esta ciudad á favor de la noche y con el descuido de los Benou-Kinana.» Siguieron el consejo, y poco después de abandonada la población, Imroulcays entró, asesinando á cuantos se le vinieron á las manos de los Kinana, gritando á sus tropas: «Venguemos al Rey, venguemos al héroe.» Hasta que una anciana, saliendo de su tienda, pudo contenerlos exclamando: «Príncipe, nosotros no somos el objeto de tus venganzas; somos hijos de Kinana. Los que buscas partieron ayer tarde.» Buscólos, y á mediodía llegó á verlos; sin miramiento alguno á sus tropas y cabalgaduras, empezóse la batalla, que sólo pudo suspender la oscuridad de la noche, huyendo los Benóu-Acad hacia la costa de Irak, para ponerse al amparo del Rey de Hira (525 años antes de J. C.).

Disgustó sobremanera á los suyos tanta mortandad y pertinacia; instábales á mayor persecución, pero respondiéndole que demasiados habían muerto de los Kinanas y otros, le abandonaron en su desventurada empresa, siguiéndola él solo y al azar; llegó al territorio de los de Ard-Chonoua, en los límites de Hidjz y del Yemen, pidiéndoles socorro, que le negaron por su amistad con los Benou-Acad; siguió al Yemen, y rindiéndose al Príncipe Himiarita, llamado Marthad-el-Khayr (el buen Marthad), hijo de Dhou-Djadan, dirigióle su demanda. Dueños á la sazón los Abysin del Yemen, desconócese si Marthad estaba sostenido, á pesar de ellos, en alguna parte de este territorio, ó si él había reconocido la autoridad del Rey Abysin y tenía á su nombre el gobierno; mas sea lo que quiera respecto á este particular, prometió á Imroulcays 500 hombres, con el cual estaba unido por un lazo de parentesco; pero su pronta muerte le apartó de su promesa, que luego realizó otro llamado Cormol, hijo de Hamin y de una negrita, que le reemplazó en su puesto.

Tan enlazados á las continuas intrigas de las tribus pueden calcularse estos hechos, durante la grande espera que á Imroulcays hizo sufrir Cormol, que los abuelos de aquél, *Chourahbil* y *Salama*, combatieron uno contra otro en *Coulab*, y que los Benou-Baer se entregaron á Moundhir, hijo de Maenémà. Origen de otras guerras celebradas después por algunos moallakas.

En las grandes dilaciones con que Cormol entretenía á Imroulcays, padecía éste hasta hallarse resuelto á abandonarle é irse en busca de otro protector, y en su desesperación hizo un poemita en verso que decía:

«¿En qué tiempo estamos, en el que llamamos Marthad-el-Khayr nuestro señor? ¿Este tiempo en que somos esclavos de las voluntades de Cormol?»

Temeroso Cormol, dicen los historiadores, de la sátira de Imroulcays, le proporcionó su pequeña hueste, mas otros pensionarios que el famoso poeta sostenía de sus propios fondos, gente sin moralidad alguna, y unida su tropa marchó contra los Benou-Acad y su protector Moundhir. No había andado mucho, en Tebala halló un ídolo muy venerado de los árabes, y presto á consultar la suerte de sus armas, jugó la suerte una y otra y tercera vez, y de las tres flechas consagradas con que respondía el ídolo, sacó todas las veces designación tan contraria á sus propósitos; cogió las otras dos, también llamadas el orden y la empresa, y hechas todas pedazos las arrojó al ídolo en señal de desaire; lamentando su suerte continuó su ruta, y llegó al cantón donde estaban los Benou-Acab. Pero enterado el Rey de Hira, Moundhir III, de la jornada de Imroulcays, envió contra él tropas de los Bahara, de Iyad, de Tonoukh, apoyadas por un refuerzo de caballería persa que le dió Kesra-Anouchirwan y también por la tribu de Bare-Wäil, ó á lo menos por los Benou-Jachcor, rama considerable de esta tribu.

No tardó en encenderse la batalla entre los dos ejércitos hacia el año 527: resistió mal el primer golpe la gente de Imroulcays, los árabes del Yemen y los mercenarios le abandonaron, y aun él mismo, acompañado solamente de algunos individuos de la familia Akil el Morab, emprendió la fuga y

se fué á ocultar en casa de Haritz, hijo de Cheab, jefe joven de los Benou-Yarbonibn-Hanzhalá, rama de la tribu de Temim, cuyo País era vecino del Irak. Entonces dióse lugar á los acontecimientos en que los Bacritas tomaron tanta parte sobre Moundhir y á la que se refiere el poeta Harif, hijo de Hillizé, cuando habla del servicio prestado al Rey de Hira por su tribu luchando contra los árabes moadicos conducidos por un Príncipe de Kinda que llamó sencillamente Cays. Punto culminante de esta larga digresión histórica, pero que por sí misma va estableciendo el terreno y los términos propios en que llegaron á desarrollarse los acontecimientos de que algunos de los Moallakas se hicieron eco. Apenas Imroulcays y sus compañeros se instalaron en casa de Harith, hijo de Chehab, Moundhir envióle una centuria de soldados amenazándole con la guerra si no le entregaba los miembros de la familia Akil-el-Morar, que había acogido; débil Harith, le entregó sus huéspedes, pero Imroulcays se escapó con un primo suyo, Yazid, hijo de Harith, hijo de Moawiá, llevóse su hija Hind y sus armas y cuantos bienes le quedaban. Lo que poseía de más precioso y estimado para él, eran cinco cotas de malla, de las que cada una tenía su marca ó nombre particular, llamadas *El Jadhfadha*, la larga; *Essâfiha*, la brillante; *El Mouhsina*, la protectora; *El Khirrik*, la sin igual, y *Oumm-eddhoyoul*, la armadura de faldilla: todas pertenecían desde mucho tiempo á los Príncipes hijos de Akil-el-Morar, que se las transmitían por herencia de padres á hijos. Gran pérdida luego que venía á sostener más los incentivos de aquellas continuadas lides, en las que no había tradición respetada.

IV.

SUS NEGOCIACIONES CON EL EMPERADOR JUSTINIANO. LEYENDA DEL PRÍNCIPE ERRANTE.—SU CARÁCTER, SU MUERTE, ELOGIO PRONUNCIADO POR MAHOMA, SU RENOMBRE É INFLUENCIA EN LAS LETRAS ÁRABES.

El mismo Imroulcays, no teniendo ya norte fijo ni asilo donde cobijarse, acudió á la generosidad de su primo Amr,

hijo de Moundhir su perseguidor. La madre de Amr era Hind, hija de Harith, tía paterna de Imroulcays, y mandaba por su padre Amr en la villa de Bacca, situada entre Anbary Hit. Sobre brioso alazán Imroulcays, del que hizo numerosas descripciones en sus poesías, fuese cerca de Amr, donde recordándole los lazos de sangre, le dijo algunos versos en su honor, y valiéronle la protección de Amr; mas conociendo Moundhir que se hallaba allí oculto Imroulcays, envió sus emisarios para prenderle, pero advertido á tiempo por su protector escapó del peligro: ¡mísera suerte de la que va milagrosamente salvándose, errando de tribu en tribu, y al cabo de cuya carrera no podría librarse!

Llevado así á la ventura, rechazado por unos (1) y recibido por otros (2), hizo sátiras contra sus adversarios, celebrando á la vez con alabanzas las generosidades de sus protectores; era de éstos Sad, hermano también, porque la madre de Sad había sido mujer de Hodjr, quien la había repudiado ignorando que se hallaba embarazada, y perseguido allí por Moundhir, fué Imroulcays hasta el Nadjd, donde acogido por Moalla, uno de los hijos de Taym, en cuyas tiendas entraron tras de Imroulcays los soldados de Moundhir, ausente Moalla, en busca del desgraciado Príncipe, y á cuyas pesquisas sólo pudo escapar merced á los buenos oficios y celo del hijo de Moalla, quien lo salvó, ocultándole entre las mujeres; recibió Imroulcays esta acción con profunda gratitud, que expresó á los Moallas en un poemita que terminó:

«La calma ha sido llevada al corazón de Imroulcays, hijo de Hodjr, por los hijos de Taym, las *antorchas de las tinieblas*.»

Y Moalla y sus hermanos fueron desde entonces designados con el glorioso nombre de *Mecabihezzhalâm*.

Pareció calmarse realmente la extremada agitación de la vida de Imroulcays, permaneciendo por varios años entre los Benou-Tay; casó con Oumm-Djondab; ganó en consideración

(1) Hasú, hijo de Macàud.
(2) Sad, hijo de Dhabâd.

y se hacía respetable por su talento; así vióse visitado cierto día por el poeta Alcama, y los esparcimientos poéticos hacíanle agradable la vida; recitáronse mutuamente sus composiciones, pugnando por la superioridad y mérito, que en último caso había de juzgar la mujer de Imroulcays, que se hallaba presente; ella les fijó como tesis una composición de igual rima en la que resplandeciesen las cualidades del caballo; y este animal, que tan generosamente seguía á su jinete en todo momento, recibe en aquel instante el esfuerzo del numen musulmán.

«Amigo, condúceme á casa de Oumm-Djondab, para complacerla, mostrándola el ardiente deseo que consume mi corazón. «Y terminaba describiendo al caballo: «La pierna que le oprime inflama su ardor, la fusta precipita su carrera; excitado aun más por la voz, se lanza como un pájaro alargando su cola hacia delante.» Así terminó Imroulcays sus versos, á que respondió Alcama con un poema en cuyo primer verso decía:

«Me llenas de excesivos rigores, y por lo mismo es simulada toda tu cólera.»

Y en elogio del caballo dijo:

«Inclinando la cabeza sobre la brida que le retiene, vuela con la viveza del antílope, y el sudor le inunda los flancos en su rápida carrera.»

Lid poética de no pocas transcendencias para ambos; decidida la contienda por la mujer de Imroulcays, y no satisfecho éste de las razones alegadas por la que él había nombrado árbitro, repudióla, complaciéndose en adoptarla por esposa su vencedor Alcama. Valioso por más de un concepto Imroulcays, siguióle después la desgracia en toda su familia: extinguida con la muerte de sus abuelos, pereció toda su influencia, la caída de la casa de los Akil-el-Morar estaba consumada. No viendo recurso para sostener sus derechos ante los árabes, á fin de tomar la dirección de las tribus maaddicas y luchar contra su poderoso enemigo Moundhir, por un rasgo que le da más color, recordando el antiguo tratado que celebró su antecesor Harith, hijo de Asûr-el-Maesour y Atanasio, acudió á los romanos solicitando por un mensaje el apoyo y

alianza del Emperador Justiniano. Entonces es cuando nos recuerdan los cronistas de la época Procopio y Nonnosio que por el año 531 Justiniano envió una embajada al Soberano de Abisinia, que le era aliado, y al Virrey que bajo la autoridad del Soberano gobernaba el Yemen; los enviados debían inclinar al Virrey al Príncipe árabe *Cays*, y ayudarle para recobrar el gobierno de los *Maaddenianos*, suministrarle tropas, para que pudiera ir á combatir (1) los árabes del Irak y entretener con estas operaciones las incursiones del Moundhir en Syria: *Cays*, para garantizar su fidelidad al Imperio, envió á Constantinopla en rehenes á su hijo menor Moawía; además *Cays* por su nacimiento tenía derecho á la jefatura de las dos ilustres tribus de los *Kindinianos* y á la de los *Maaddenianos* (2); pero abandonado por todos, llevaba una vida errante y en el desierto: desmembrado hasta por los historiadores de parte de su nombre, figura Imroulcays, con la mitad última de su apellido, sin que esto pueda argüir aquí confusión alguna de personajes, porque así persas como árabes, coinciden en muchos puntos indicando á este personaje.

Activa fué la orden de Justiniano, pero ineficaz la promesa del Virrey, por cuyo motivo Imroulcays siguió de tribu en tribu variando de asilo. Con varia suerte se ve perseguido en la poca hacienda que poseía, arrojado por sus propios parientes, y expuesto al secuestro en la persona de su hijo Hind, lo cual trajo entre Amir y Harith no pocos disturbios y serias hostilidades. Conociendo el peligro que no podía vencer, Amr de la tribu de Fezara, á cuyo lado se refugió, expúsole sus grandes deseos, pero que habitando en la llanura érales imposible sostenerle contra la rapacidad de los lobos que devoraban la posteridad de Cays-Aylân, por lo cual aconsejóle fuese á un sitio seguro, de cuyo jefe, poderoso y aliado de la corte romana, nada podía temer y le sería además un celoso protector. Conducido á Samuel, á quien á su vez salu-

---

(1) Procopio, *De bello Pérsico*, lib. I, cap. 20.

(2) Nonnosio, ap. Pohot, cód. III, pág. 6.

dó con un poema compuesto en su alabanza, recibióle con grandes consideraciones y también á su familia, destinando á su hija una hermosa tienda cubierta de pieles, y á los varones de su séquito una de las salas de audiencia.

IV.

Pasado algún tiempo pidió á su protector cartas de recomendación para ser presentado al Emperador romano, y en 535, dejando su hija á Samuel en depósito, sus corazas y cuanto poseía, todo al cuidado de su primo Yazid, hijo de Harith, hijo de Moawia-el-Djaun, y llegado á la corte del Emperador, fué recibido favorablemente y tratado con la etiqueta y cortesía debida á su rango: dice Nonnosio que el Emperador le confió el gobierno de Palestina, y los historiadores árabes, que parece ignoran este acontecimiento, se entretienen en discurrir por las últimas desventuras de este Príncipe. Describen con vario estilo sus amores con la hermosa hija de *Caycar* (el Emperador), y por fin su salida al frente de una armada para reconquistar sus antiguas posesiones de familia.

Prescindimos aquí de los rasgos mitológicos que hallamos entre los árabes á propósito de este ilustre personaje en sus amores con la hija del Emperador, la detestable relación de estos amores, por Açad, y la túnica envenenada remitida con las fascinadoras palabras del Emperador, asunto más propio de la mitología griega, imitación de la fábula de Hércules, con la túnica del centauro Nessus; la imaginación de los árabes, sobrexcitada en pro de su ilustre héroe, ha ideado circunstancias extraordinarias en un acontecimiento debido á lo más á una enfermedad cruel y desconocida en Imroulcays, que le ganó el nombre de Dhou-l-Corouh, el *hombre de las úlceras*, aparte del que por el género de su vida se le dió también llamándole El-Malik-Eddhillil, el *Príncipe Errante*.

Desgraciadamente la herencia de su padre nada podía aliviarle la vida de su inmensa pesadumbre; los odios de tribu, las pretensiones de familia se unían á sus rasgos personales, único de valor en su persona; su constancia heroica no pudo salvarle, y en ese género de vida, visitando el País de Ancyra (Angora), vió la tumba de una Princesa que había sido inhumada al pie de la montaña Acib, con cuyo motivo exclamó:

«Oh vecina mía, el tiempo en que he de ir á visitarte está próximo; voy á fijar aquí mi mansión, que jamás abandonaré mientras el monte Acib subsista.»

«Oh hermana mía, somos dos extranjeros en estos lugares, y los extranjeros son parientes recíprocamente.»

Sitio designado por él, y al que no muy tarde, el año 540, descendió, dejando en los romanos un recuerdo noble, á cuya memoria erigieron una estatua, á la que rodeó un aura popular imperecedera.

Ponderó su renombre Mahoma, elogiando al célebre poeta á la vez que le anunció pena eterna, como si no le hubieran sido suficientes tantos desastres recibidos en el curso de la vida. «Imroulcays es ilustre en este mundo, pero desdeñado en el otro. El día de la resurrección llevará el estandarte de la muchedumbre de poetas y con ellos será precipitado en el fuego del infierno.» Creyeron hallar algunos en estas palabras del profeta, la señal evidente de un profundo sentimiento por las sátiras que había compuesto Imroulcays contra él; pero esta apreciación decae completamente si se tienen presentes otras palabras de Mahoma, que hablando de él dice: «Si yo hubiese vivido en su tiempo, le habría sido útil» (haciéndole conocer la verdadera religión); mas nada adelantó muriendo pagano; tuvo, pues, en esas palabras la sanción de los poetas paganos como corifeo y padre de la poesía árabe.

Su influencia en las letras árabes no podía ser ya desconocida; sus contemporáneos le admiraron; merced á sus improvisaciones obtuvo la repetida protección que de uno y otro magnate se granjeó, no sólo de atenciones personales, sino la fuerza toda que era necesaria para interesarlos hasta los peligros más graves que podían guerrear á tribus enteras; de aquí la importancia de Imroulcays, fama tanto más

reconocida en el interior de Arabia y en el extranjero, cuanto venerada también por los labios más autorizados del islamismo; al declararle Mahoma, ilustre en este mundo, corifeo de los poetas árabes, y á quien hubiera querido ser útil y vivir en su tiempo para convertirle á la nueva religión, dicho se está que tenía el gran puesto entre los genios árabes, era digno de consideración, y su historia y su poesía habían de nutrir la imaginación de ese pueblo, ávido de ilusiones con los matices más pintorescos. ¿Qué extraño es que se le considere por todos como padre de la poesía árabe?

Al considerarle en tal concepto, no podemos menos de reconocerle á suprema altura y sus obras modelos para los poetas posteriores; tal influjo puede decirse ejerció en los árabes, tal admiración ha causado en la posteridad. No otra cosa puede manifestarse al examinar la retórica árabe; Imroulcays está considerado allí como el primero entre los árabes que han establecido las verdaderas reglas de la rima; él es también el que ha ideado esa forma de *cacida*, que ha venido á ser un modelo frecuentemente imitado, y en el cual el poeta, figurando interpelar á dos amigos que le acompañan en el viaje, les invita á detenerse para llorar con él en los lugares donde habitaba su amada, y en el esparcimiento más ardoroso de su amor, pasando así por diversas encendidas descripciones. Son varias las obras de Imroulcays, ya hemos conocido algunas; pero la principal y más extensa, aunque no consta más que de 79 versos, es su Moallaka; cuya composición obtuvo la honra de ser colocada en los muros del templo de la Mekka, como una obra maestra de la poesía árabe.

MOALLAKA DE IMROULCAYS.

Permanezcamos aquí para llorar el recuerdo de mi muy amada, y de esta habitación querida sita en otro tiempo en el lugar donde terminan estas colinas de arena, entre Dakhoul, Haumal.

Taudhih y Micrat; el soplo cruzado de los vientos del Norte y del Mediodía, sostienen aún vivos sus ecos.

Compañeros míos, sensibles á mis penas, detienen sus cabalgaduras. «No te dejes amortiguar, me dicen, por este mortal dolor, y acude á tu energía.»

¡Ah! El único remedio á mis males es verter abundantes lágrimas, ó más bien, ¿de qué me servirán mis lágrimas aun en esta soledad que no presenta á mis ojos más que ruinas borrosas, casi extinguidas?

Así es como he perdido Oumm-el-Hwayrith y su compañía Oumm-Errebab, que amaba en Macel.

Cuando ellas aparecían, el aire se embalsamaba en su derredor como si el céfiro hubiese llevado al odorato el perfume del clavel.

Separado de ellas me he entregado á los pesares; mis llantos inundaron mi seno y bañaron mi tahalí.

Mas ¡qué! ¿no he pasado también días venturosos á su lado, cerca de las bellas? Sobre todo este día en Darat-Djoldjold.

¿Dónde he degollado mi camella para ofrecer un banquete á las jóvenes doncellas? ¡Qué idea entusiasta tuvieron entonces de distribuir entre sí la carga de mi montura!

Distribuyéronse los trozos de carne á la que iba adherida cierta sustancia (grasa) parecida á las franjas de un blanco tisú de seda.

Todavía está presente en mi memoria aquel momento, cuando entré en la litera de Oneyza, de mi querida Oneyza. «Que Dios te castigue, dijo ella, tú me obligarás á ir á pie.»

Nuestro peso hizo inclinar el Palanquín: «Imroulcays, déjame, tú destrozas mi camello, bájate.»

Va, le respondí, deja á tu camello la brida flotante y no me prives la ventura de acariciar tus atractivos.

He festeado á más de una belleza como tú; la mujer en cinta me ha recibido la noche en su mansión: la que alentaba un tierno hijo, cuyo cuello estaba guarnecido de amuletos, ha olvidado por mí á su niño.

Si él clamaba quejumbrosos ayes, volviéndose ella de medio lado me abandonaba la mitad de sus encantos.

Un día sobre la colina de arena, mi dueño me reprochó

con severidad, y se comprometió por un juramento á no escucharme jamás.

¡Oh, Fatima, no me destruyas con tanto rigor! Si tu resolución de romper conmigo es inalterable, á lo menos no me reproches tan cruelmente.

Abusas del imperio que te da sobre mí la pasión que me devora y la sumisión que siempre he tenido á tus voluntades.

Si alguna cosa en mí te ha desplacido, desliga dulcemente mi corazón del tuyo, y devuélvele su libertad.

¿No has derramado tú lágrimas otras veces más que para lanzar de tus ojos, los rayos más firmes contra este corazón que ha venido á ser tu víctima?

Una niña virginal estaba encerrada en su mansión, en la que su imaginación misma no intentaba franquear el vestíbulo: y he podido gustar á placer la ventura de verla.

Para llegar hasta ella, he pasado por entre sus guardianes, que ardían del deseo de inmolarme en secreto.

Luego que las pléyades aparecían en el cielo, brillantes con una cintura matizada de preciosas pedrerías.

Introdújeme cerca de ella, despojada de sus vestidos de día, cubierta solamente con una túnica ligera, ella me esperaba tras la antepuerta de su tienda.

¡En el nombre de Dios! me dijo oponiéndome una débil reserva. ¿No sabrás dominar tus sentimientos? La razón, ¿no pondrá jamás un freno á tu loco ardor?

Bien pronto la impulsé conmigo. Marchamos; dejó ella su bordada túnica tisuar sobre el polvo para borrar la huella de nuestros pasos.

Cuando estuvimos fuera del campo de la tribu y rodeaba un vallado una cadena de colinas, tuvimos un asilo seguro.

Entonces atraje dulcemente hacia mí la cabeza de mi amada, que suspendióse amorosamente sobre mi seno. Ella tenía el talle finísimo, la pierna perfectamente acabada.

Su esbelto y blanco cuerpo libre de toda deformidad; su garganta tiene el pulimento de un espejo.

Era como la perla virgen, cuyo nacar tiene una blancura ligeramente matizada de crema, y que ha sido alimentada en el fondo de los mares por una agua venturosa.

Si ella se vuelve, descubre el perfil de una mejilla embriagadora; si mira de frente, sus ojos tienen la misma expresión que los del antílope de Wdjra, velando subre su joven cervatillo.

Su cuello, como el de la gacela blanca (rim), se erguie con elegancia; pero el cuello del rim no está armado de atributos que le decoren.

Sus largos cabellos, de un negro espléndido, caen con gracia sobre sus espaldas, y por su espesura parecen ramaje de datilero, cargado de apretados racimos.

Forman bucles que se relevan naturalmente con su instintivo movimiento; los lazos que reunen algunas trenzas desaparecen enmedio de los tisús trenzados ó flotantes.

Su talle es fino y redondeado como una correa torcida; su pierna tiene el color agradable del ediamo aromático, nacido á la sombra de la palmera, cuyo pie está bien regado, y cuyas ramas se encorvan dobladas por el peso de los frutos.

Por la mañana, parcelas de musgo son extendidas sobre su lecho. Ella se sumerge mucho tiempo después del alba; no necesita tomar el vestido ligero, ni el ceñidor del trabajo.

Su mano es dulce, y sus delicados dedos son parecidos á las ninfas que mariposean sobre las arenas de Zhibi, ó á los mondadientes hechos de madera del bosque Ishil.

El brillo de su frente disipa las tinieblas de la noche, como la antorcha encendida por el piadoso solitario en su humilde y retirada mansión.

Hé aquí la belleza, sobre la cual el sabio arroja miradas de deseo y amor; belleza de porte gracioso y elevado, en la que la edad venturosa es el paso de la infancia á la adolescencia.

El tiempo calma el delirio de los amantes vulgares; mas nada ¡oh dueño mío! puede hacer olvidar á mi corazón lo que en él se enardece por tí.

¡Cuántas veces he rechazado los prudentes avisos y los justos reproches de los censores rigurosos que critican mi ardor!

Frecuentemente, para experimentar mi constancia, una noche tan espantosa como las ondas del irritado mar, me

envuelve en sus sombras, y ha vertido sobre mí mil inquietudes.

Cuando prolongaba su duración, entre sus primeros instantes, ya apartados y en términos que parecía secular sin fin.

Yo la he dicho: «¡Oh noche, tan lenta en tu marcha, da lugar á la aurora, aunque no pueda hacerme más feliz!»

¡Qué noche! Las estrellas inmóviles parecían adheridas á las rocas por invencibles lazos.

Y frecuentemente, humilde y paciente, llevé sobre mis espaldas á otros de mis compañeros (1).

He traspasado valles estériles; desiertos, donde el lobo erraba aullando, como un jugador ruinoso cargado de familia.

Respondía á sus gritos lúgubres, y le he dicho: «Tu suerte, como la mía, es de ser pobre, puesto que no más que yo sabes tú atesorar riquezas.»

Ambos abandonábamos á otros lo que obteníamos por la fortuna; el que nos imita concluye por caer en la miseria.

Desde el principio del día, cuando el pájaro está todavía en su nido, parto sobre un caballo de alta talla, de pies ligeros, cuya viveza asegura el resultado de mi caza.

Dócil al freno, sabe igualmente atacar y evitar, perseguir y huir. Su fuerza y su impetuosidad son las de ingente roquiza mole, que un torrente precipita desde lo alto de una montaña.

Su color es bajo; la silla apenas puede fijarse sobre su dorso, parecido á la pulida piedra, sobre la cual la onda glisa con rapidez.

Es delgado, pero lleno de fuego. Cuando se entrega á su ardor, tiene entonces en su carrera un sonido semejante al ruido del agua que borbotea en una caldera.

Después de una larga carrera, vuela todavía con más ligereza, mientras que los mejores corceles, estenuados de fatiga, dejan caer pesadamente sus pies, y levantan el polvo hasta en un terreno firme y sólido.

---

(1) Muchos comentaristas piensan que este verso y los tres siguientes han sido interpolados en el Moallaka de Imroulcays, y que en realidad son de Teabbata-Chawau.

Voltea al joven jinete, cuyo peso es carga muy ligera para él, y hace flotar á gusto de los vientos los vestidos del caballero que le monta con bríos, y sabe manejarlo con más energía.

Sus movimientos son tan prontos como la rotación de un juguete, sobre el cual la mano del niño ha rodado un hilo de muchos cabos entrelazados igualmente.

Tiene el flanco corto de la gacela, el jarrete seco y nervioso del avestruz, su trote es el hálito acelerado del lobo, su galope la carrera de un zorro vigoroso.

Su cuerpo largo, espesa su cola, cuando se le mira por detrás, llena todo el intervalo de sus piernas; apenas llegan á la tierra, y las mueve sin apartarlas á los lados.

Cuando ha partido, su dorso es duro y compacto como el pulido mármol, sobre el cual se deslíe la coloquíntida, ó que sirve á la recién casada para desmenuzar sus perfumes.

La sangre de los animales ágiles que ha ganado en velocidad, secada sobre su cuello, parece á la tintura extraída del *hennè*, que traspira la blancura de una barba cuidadosamente peinada.

Percibo un tropel de vacas salvajes; marchan como los cachorros y doncellas, vestidos con mantos trinantes que tornan al derredor de la imagen de su divinidad.

Ante mi proximidad emprenden la fuga; se creería ver á los onis blancos, bordados de negro, con que está esmaltado el collar de un niño de familia noble.

Mi corredor ha visto en seguida las que están á la cabeza de la banda; los demás que ha dejado atrás, no han tenido todavía tiempo de dispersarlas.

Junta sucesivamente al toro y vaca sin interrumpir el curso de su carrera y sin bañarse de sudor.

Durante el resto de la jornada, los cocineros se ocupan de preparar la caza; hacen rotar una parte sobre los carbones, cuecen la otra en las marmitas, y se esfuerzan por ofrecérnosla.

Llega la tarde y los ojos no han podido todavía abrazarse, sino vistas todas las perfecciones de mi corredor. Si la mirada se eleva hacia su cabeza, la belleza de sus piernas le invita á bajarse para admirarlas.

Por la noche, ensillado y con las bridas, está siempre delante de mí, sin ir al pasto.

Amigo, ¿ves el esplendor de estos rayos que parecen fluir de manos ágiles, y que brillan sobre estas nubes amontonadas que nos coronan?

Arrojan una luz más viva que las lámparas del cenobita, cuya mano ha prodigado sobre las toscas torcidas mechas, el aceite exprimido del sésamo.

Me detengo para observarlas, mis compañeros permanecen conmigo, entre Dhâridj y Odhayb. ¡A qué inmensa distancia está el cuadro que fijaba mi atención!

La borrasca, tal como podía juzgarla mi vista, extendíase á derecha sobre el monte Catán, á la izquierda sobre el monte Setar y Yadhabal.

Ha extendido sobre Contayfa torrentes que han arrancado los árboles más grandes.

Ha enviado sobre el monte Kenan un turbión que ha obligado á los cabritillos á desertar de sus guaridas.

En Tayma, la tempestad no ha dejado en pie ni una palmera ni una casa, las ciudadelas construídas con enormes blocs de piedra solamente han resistido á sus esfuerzos.

El monte Thabir, en medio de nubes que dehacíanse en lluvias, parecía á un anciano venerable, revestido en un manto rayado.

A la mañana, la cima de Mondjaymir, parcelada por las aguas y cubierta de ruinas, parece como el pelotón de un huso.

La borrasca, descargando sus torrentes en los llanos de Chabit, ha hecho renacer allí la verdura y abrirse las flores; tal el mercader de Yamán cuando ha hecho alto, abre sus fardos y deslía mil variados tapices.

Los pájaros del valle gorjean de gozo, como si estuvieran embriagados desde la aurora de un vino picante y delicioso, y los leones, que las corrientes han arrastrado y arrojado en la noche, rugen tendidos á lo largo, como las débiles y viles plantas desarraigadas y esparcidas por el suelo.

IV.

BRAVO COMO EL LEON.

I.

AMR, TRADICIÓN ACERCA DE SU ASCENDENCIA.—SU PODER EN LA JUVENTUD.—SU NATURALEZA, CARÁCTER Y PROFESIÓN.—BANQUETE DEL REY, NOBLE LID QUE SOSTUVO LAYLA EN LA CORTE.—MUERTE DEL REY.

Un acontecimiento extraordinario en la historia de los árabes y que había de influir sobremanera en la suerte de la humanidad, ocurre, y viene á arborear los primeros momentos de un célebre poeta; el mismo año noveno de concluido el reinado de Amr, según Caussim, y no el octavo como quería Mr. Sacy (1), tuvo lugar el nacimiento de Mahomet en la Mekka (2), y no faltó quien precisando las fechas á su mayor exactitud, señale marcando hasta los días (3), y en el corto espacio de esas citas, á los ocho años y seis meses de terminado el reinado de Amr, según hemos dicho, hablan los historiadores árabes (4) de varios acontecimientos, luciendo un nuevo astro en aquel espacio lleno de corazón y entusiasmo.

Amr, hijo de Cotlhoum, poeta y guerrero, descendía de Taghlib por Djocham; su madre llamábase Layla, hija de Mohalhil, hermano de Colayb, y la madre de Layla era Hind, hija de Badj, éste hijo de Otba, hijo de Sad, hijo de

---

(1) Mem. de l'Academ.—Dto. XL.—Pág. 568.

(2) Hist. ante Isl. de Freischer, pág. 127.

(3) Hamsa, Hist. praéc. ar. reg. de Ramusseu, P. 14,37; edit de Gottwaldt, pág. 110.

(4) Véase la obra Caussín de Percebal ya citada.

Zohayr y este hijo de Djocham. Conocida ya esta ascendencia, éralo también una costumbre bárbara en aquel pueblo, como era la de enterrar vivas á las niñas en el momento de nacer, ya para evitarse el trabajo de sostenerlas, bien para de este modo precaver la honra de familia y evitar cuantos actos de violencia, raptos y demás parecidos pudieran afligirla algún día; costumbre condenada mucho después en el Korán, y que antes estuvo á punto de privar á los árabes de tan celebrado numen.

Cuando Hind dió al día su hija Layla, aconsejóla su marido que la diese muerte, pero en vez de ejecutar orden tan cruel, puso á su hija en manos de un esclavo, recomendando la ocultara, cuando durante la noche, Mohalhil, oyó una voz que decía:

«¡Cuántos hombres generosos, qué de nobles jefes, qué de ilustres héroes, están en el seno de la hija de Mohalhil!»

Sorprendido por estas palabras, que juzgó eran un oráculo, exclamó:—Hind, ¿dónde está mi hija?—La he matado.—No, por el Dios de Rabia, esto no es posible. Dime la verdad. Entonces su mujer le manifestó que su hija vivía.—Así debe ser, aliméntala y críala con esmero.

Layla fué esposada por Colthoum, famoso guerrero y en uno de sus embarazos vió en un sueño un sér celeste que le dijo:

«¡Venturosa Layla! tendrás un hijo bravo como el león. El será la fuerza y el honor de Djocham. Cree en esta promesa, porque es verdadera.»

Layla, en efecto, tuvo un varón á quien llamó Amr. Crecido, se hizo notable bien joven por su espíritu y su valor, y desde los quince años, huérfano de padre, vino á ser jefe de la tribu ó á lo menos de la rama de Djocham.

Cítanse de tan celebrado árabe acontecimientos que justifican esa preponderancia durante el curso de su vida; de carácter enérgico y sostenido, fué notable por su entereza y dignidad ante el orgullo del Rey Amr. Habiendo dicho éste en medio de su corte á los magnates: «¿Hay algún árabe cuya madre repugnaría servir á la mía?» De todas partes le contestaron, sí; llámase Amr, hijo de Colthoum, guerrero de la

tribu de Taghlib. «Su madre Layla, repusieron, es hija de Mohalhil y nieta de Colayb, el más ilustre de los árabes, viuda de Colthoum, el más valiente caballero de la Arabia; ella dió día á un hijo que es jefe de una gran tribu, con cuyos títulos es muy altiva para servir á cualquiera por alto que sea.» Herido el Rey en su amor propio, envióle en seguida un mensaje para animarle á que viniera á la corte y le visitara, recomendándole que le acompañara su madre Layla, á quien deseaba conocer la suya. Además, nada había de particular en esta invitación, porque entre Hind, mujer del Rey, y Layla, existía una relación de familia, muy estrecha, de la que un célebre poeta, Imroulcays, descendiente de Harith, era el nexo; porque Hind, hija de Harith, era tía paterna de Imroulcays, y Layla, hija de Mohalhil, era nieta de Fatima, madre de Imroulcays.

Recibida la invitación, dejó Amr la Mesopotamia, donde los taghlibitas se habían establecido; con su madre Layla y un pomposo cortejo de guerreros y mujeres de Taghlib se presentó al Rey, acampado en soberbia tienda que hizo levantar fuera de Hiva sobre el Eufrates y rodeado de los principales personajes de su corte, fué recibido con grandes honores. Aposentada Hind en otra tienda brillante pero más pequeña, próxima á la del Rey, su hijo, acogió á Layla con honores parecidos. Sirvió á la vez la mesa en las dos tiendas y al mismo tiempo; cuando los hombres hubieron terminado su banquete, mandó el Rey en alta voz que presentaran los dulces, señal convenida entre él y su madre, que estaba atenta á la indicación, de conformidad á la cual mandó Hind retirarse á todas las damas de su tienda, quedando, por lo tanto, sola con Layla. Entonces, designando con la mano un plato que se hallaba á alguna distancia, la dijo: «Traedme ese plato.» Layla replicó: «Eso toca hacer á quien lo necesita, y servíse por sí misma.» Insistiendo Hind, reiteró su demanda de una manera más imperativa. «¡Vergüenza! ¡Humillación!» gritó Layla. «¡Á mí, Taghlib!» y esta exclamación fué orígen de cruelísima guerra.

Amr, hijo de Layla, oyó el grito de su madre; encendido en cólera, tomó la gumia real, suspendida en los muros de la

ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

tienda, única arma que allí había, y precipitándose sobre el Rey Amr, hijo de Hind, le cortó la cabeza tendiéndole muerto á sus pies. En el momento los taghlibitas arrojáronse sobre la tienda, tomaron cuanto les agradó, los caballos del Rey, joyas de la Reina madre, y con el botín partieron para Mesopotamia. No aparece de la historia que este regicidio tuviera castigo alguno, antes quedó el asesinato impune, merced á la debilidad de los sucesores de Amr III.

Durante el reinado de Amr, hijo de Hind, se vieron nuevas diferencias ocurridas entre las tribus de Bacr y de Taghlib, que al advenimiento de este Príncipe (año 562 de Jesucristo) muchas familias taghlibitas habían rechazado secundarle en la expedición que proyectaba para vengar la muerte de su padre Moundhir, y que los bacritas, al contrario, se habían alentado para asociarse á esta empresa. Amr había satisfecho su resentimiento contra los taghlibitas enviando el jefe temimita Allák á tomarles algunos territorios. La tribu de Taghlib había entrado al propio tiempo ante Amr, en las mismas relaciones de sumisión y de buena inteligencia que habían tenido con Moundhir III.

II.

GUERRAS DE LOS TAGHLIBITAS Y BACRITAS.—LID POÉTICA DE ESTA CONTIENDA Y MOALLAKA QUE MEMORÓ ESTA GUERRA CIVIL.—SUS CONSECUENCIAS.

Después del tratado que terminó la guerra de Baccous, los rehenes de una y otra parte, destinados en garantía, residían cerca del Rey de Hira y eran renovados todos los años: constituíanlos jóvenes capaces de llevar las armas, á quienes empleaba el Rey en su servicio.

Mas, habiendo encargado Amr á los rehenes taghlibitas de una misión en las montañas de los Benou-Tay, estos jóvenes pasaron á un lugar nombrado Tarasa, perteneciente á las subtribus bacritas de Chayban y de Taym-allat. Sea que

estas familias hubiesen impedido á la pequeña tropa de taghlibitas esparcirse por sus aguas, ó que les hubiesen aconsejado un mal camino por malas rutas, ó que por sí misma se hubiera extraviado, pereció de sed en el desierto. A esta nueva, toda la tribu de taghlibitas se alarmó llena de indignación, acusando á los bacritas de la muerte de sus hijos, los taghlibitas reclamaron el precio de su sangre: no quisieron acceder en nada los bacritas, pero los taghlibitas citáronles ante el Rey Amr, hijo de Hind, quien á su vez sometió la contienda á la elocuencia de la justicia y de la poesía.

Entonces fué cuando Amr, hijo de Colthoun, elegido por los taghlibitas, llegó á defender su causa y Amr respondióles á su invitación: «¿A quién pensáis que confiarán los bacritas su defensa?» «Sin duda, respondiéronle, á algún yachoreta de la familia de Thálaba.» «Eso es; veo que habremos de entendernos con un hombre de color y de dura oreja, nacido en Yachor.» No se hicieron dudar los bacritas; eligieron por su parte y presentaron ante el tribunal del Rey, un orador llamado Nomán, hijo de Haram, descendiente de Thálaba, hijo de Ghoum é hijo éste de Yachor: llegó al mismo tiempo Amr con los suyos, y dirigiéndose á Nomán le dijo: «Y bien, oreja sorda, ¿eres tú el defensor que han escogido? ¿Y ellos pretenden sostener una lucha de honor contra nosotros?»—«Contra vosotros y contra todos los que cubre la cúpula del cielo, respondió fieramente Nomán: y nadie sabrá juzgar demasiada de nuestra parte esta pretensión.»—«Por Dios, añadió Amr, si te doy un bofetón, sería curioso ver qué harían por tí los hijos de Thálaba;» «no te dejarán ir muy lejos, ¡y desgraciado del hijo de tu padre!» replicó Nomán con expresión y actitud obscena.

El Rey, que se inclinaba en favor de los taghlibitas, se acomodó contra Nomán. Volvióse á una joven esclava y le dijo: «Dirige á este hombre una injuria con una lengua muegerir como la suya. Príncipe, repuso Nomán, envía este presente á aquel miembro de tu familia que tiene más derecho á tu cariño, á tu hija, por ejemplo. ¿Es que tú querrías fuese yo tu padre, replicó el Rey? No, dijo Nomán; pero te aceptaría por madre.» Esta contestación insultante llevó al más

alto grado la cólera de Amr, hijo de Hiud, y estuvo á punto de ordenar la ejecución del orador de los Benou Bacr. Como á su vez estaba ofendido de la respuesta del orador de Taghlib, Arm, hijo de Colthom, Harith, poeta á la sazón bacrita, de la rama Yachor, adelantándose en lugar de Noman, improvisó una poesía notabilísima que dicen fué su moallaka; no pudo contener la exclamación de Taghlib, y decidióse el Rey á no conceder compensación alguna por la muerte de los rehenes contra los bacr, entregándoles éstos los suyos, pero no sin que antes los mandara cortado el cabello de la frente, cuyos restos envió á Harith en señal de que á él debían su libertad.

Se ha dicho que con motivo de esas diferencias entre las dos tribus citadas á propósito de la indemnización de los rehenes muertos, de los taghlibitas, Amr, hijo de Colthom, improvisó en la defensa que hizo de los suyos delante del Rey de Hira, su célebre composición poética, que mereció el nombre de Moallaka (1): un escritor árabe afirma esta aserción; pero según opinión de Ibn-el-Kelbi y Abom-Amr-Chaybam (2), no la compuso sino á consecuencia de una aventura distinta de la presente.

Había ciertamente extrañado al Rey, por la fiereza de su lenguaje, merced al cual todavía guardábale algún resentimiento: excitado este Príncipe por algunos discursos de sus cortesanos, formó el propósito de humillarle, y con el pretexto de honrarle, le invitó viniera á la corte, y llegados, ocurrieron los incidentes que hemos referido poco antes, y desde cuyo momento los taghlibitas se mantuvieron independientes de los Príncipes lakhmitas hasta haber sostenido continua discordia con ellos: acontecimiento que se halla muy aludido en el Moallaka de Amr, compuesto con posterioridad á la muerte del Rey; en él se hacen muchas referencias á la humillación que el Rey de Hira había querido hacer sufrir al poeta y á la tribu de Taghlib, en la per-

(1) Ásmaï.
(2) Aghani II, 359 v.°

sona de la madre del jefe: la opinión de Jbn-el-Kelbi y de Abou-Amr-Chaybam, es incontestablemente más verídica que la de Armai sobre la época de composición de esta *cazida*. Amr la recitó en la Gran Feria de Ocah, próximo de la Mekka, durante las fiestas de la peregrinación y obtuvo la admiración general. Los Benou Taghlib hicieron de ella una estima tan grande, que todos los individuos de la tribu la aprendían hasta por sentimiento propio, y la recitaban mucho tiempo después del poeta, cuya predilección por la obra de uno de sus hermanos, los atrajo algunos epigramas. Un poeta bacrita decía:

«Los hijos de Taghlib no se ocupan más que de versos de Amr, hijo de Colthoum, y olvidan hacer nobles aceiones.»

En su Moallaka, que es un elogio enfático de la tribu de Taghlib en general y de la familia de Djocham en particular, Amr dijo:

«Somos la camella indomable que cuando se la une al camello para dirigirla, rompe la cuerda ó hiere el cuello de su compañero.»

Este verso pareció luego funesto. Declarado enemigo de los Príncipes lakhmitas, la tribu de Taghlib guerreaba con todas las otras tribus que les estaban sometidas. La paz concluída entre ella y los bacritas se había roto; Amr, hijo de Colthoum, en una escaramuza, había traspasado el país de los Benon Tenim y llegado hasta el Bahraym, atacado un campo de los Benon-Cays-ibn-Thalaba, rama de los Bacr-Wàiil, volvió con un botín considerable y gran número de prisioneros, entre los cuales estaba Ahmad, hijo de Djandal, de la familia de Sad, hijo de Malik, hijo de Dhobaya. Como pasara también sobre los confines del Yemen, un partido de los Benon-Souhaym, rama de la grande familia bacrita de los Hanifa, teniendo noticia de la sumisión y marcha de Amr, salió de la villa de Hadjor para robarle su botín.

Encendidos los ánimos, salen á su encuentro, empéñase la batalla, y Yazid, más joven y vigoroso que Amr, logró derribar de un golpe de lanza á su enemigo, diciéndole: «Tú has dicho:

«Nosotros somos la camella indomable... Deseo ver si di-

jiste verdad, y unirte al camello y haceros correr juntos. ¿Por qué, exclamó Amr, ejerceréis ante mí tan odiosa barbaridad;» acercáronsele los Benou-Souhaym, que á su vez impidieron realizara tal amenaza su jefe, y conducido Amr á la regia mansión, fué tratado allí con honores y regalos, á cuyo acto respondió Amr:

¡Que Dios vierta sus bondades sobre el ilustre Yazid! ¡Que le colme de gozo y prosperidad!

Yazid, el virtuoso, ha hecho prisionero al hijo de Colthoum, combatiéndole lealmente.

Trató Mumdhir IV de vengar la muerte de su hermano el Rey Amr, pero el hijo de Colthoum con los suyos fuéronse hacia Siria precaviéndose de los ataques enemigos, donde estuvieron algún tiempo; no faltóle discordia ni guerra con los de Mesopotamia, obteniendo alguna victoria y ventajas sobre Noman Abous-Cabous, hijo y sucesor de Mundhir IV. Y otro hijo que perdió también Noman cuando iba contra los Taghlibitas, exacerbó el ánimo, que á su vez llegó á encolerizar con sátiras el mismo Amr.

III.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE AMR, SU SABIDURÍA Y SU POSTERIDAD.

Por fin, en la época de la Egira, este célebre árabe, que tanto y á muchos dió que entender con su doble arma, el acero y la poesía, llegado según algunos á los ciento cincuenta años, lo más probable á sola una centuria, y lo más seguro hacia la época de la Egira, sintió acercarse el término de su vida, y reuniendo en su derredor á sus hijos les habló: «He vivido más tiempo que ninguno de mis antepasados; voy á unirme á ellos; recibid los consejos de mi experiencia. Siempre que con justicia ó sin razón he criticado á los demás, he sido objeto de críticas parecidas, justas ó mal fundadas. El que ataca y ofende es atacado y ofendido; evitar ofender á nadie es el partido más sabio. Sed bondadosos y obrad con generosidad con vuestros vecinos y amigos; este es el medio de adquirir estimación. Impedid que se maltrate á un extranjero: un hombre así, vale por mil. Vale más rechazar una demanda que ofrecer y no cumplir. Cuando se os hable, escuchad atentamente; cuando habléis, sed breves; los largos discursos rara vez están exentos de tonterías. El guerrero más bravo es aquel que no consiente le llegue la carga del enemigo, y la más bella muerte es perecer combatiendo. No haced caso del hombre que en la cólera olvida toda consideración, ni del que, si le dirigís un reproche amigable no os da satisfacción. Hay gentes nulas, de las que no hay que esperar nada ni temer; no os toméis el trabajo de conciliarlos. En fin, no caséis con mujeres de vuestra tribu; esta especie de matrimonios dan frecuentemente nacimiento á disensiones de familias.» Grandiosa corona que labraba sobre sus sienes este anciano llenando el corazón de su posteridad con la savia más pura de las costumbres, la inocencia más grande del alma y la bendición de numerosas generaciones.

Dejó Amr dos recuerdos que le perpetuaron durante mucho tiempo, su posteridad y su personalidad; bajo el primer concepto un gran número de hijos que continuaron su descendencia, entre los que se cita á Abbad, que mató Bichr, hijo de Amr, hijo de Odas; entre sus descendientes el poeta El-Attabí, muy favorecido de honores y atenciones por el califa El-Mamoun, autor de muchas epístolas, y Malik, hijo de Tarik, gobernador de Mesopotamia, que restauró y embelleció la pequeña ciudad de Rahba, situada sobre el Eufrates, entre Racca y Aua; y por el segundo sostiene vivo su nombre y mientras subsista la humanidad el célebre Moallaka.

MOALLAKA DE AMR.

Vamos, despiértate, toma tu copa y viértenos á torrentes desde la aurora los deliciosos vinos que da el territorio de Andar.

Escáncianos este precioso licor que parece colorado con el azafrán del Yemen, cuando está mezclado con un agua tibia que endulza su frescura.

Gustado por el hombre, preocupado de penosos cuidados, le distrae de sus penas y hace su humor dulce y afable.

Ved al avaro insaciable de riquezas venir de un golpe á ser pródigo de sus bienes; cuando ha vaciado la copa alrededor y la ha bebido, se conmueven sus sienes.

¿Qué haces, Oumm-Amr? Tú alejas de mí la copa, mientras que la debías girar á la derecha.

Sabe, entretanto, Oumm-Amr, que en este trío de bebedores, tu amigo, á quien privas de su turno, no cede en nada á sus compañeros.

¡Cuántas veces Balbek, Damas y Câcerin han sido el teatro de mis placeres!

Gocemos del presente, porque bien pronto la muerte nos llegará. La hora en que ella nos debe tocar está señalada, y somos víctimas irrevocablemente destinadas á sus golpes.

Detén un instante tu montura, bella viajera! Antes de abandonarnos, instruyámonos de lo que hemos experimentado.

En esta jornada terrible donde las gumias y las lanzas se chocaban fieramente; donde los votos de tu familia fueron coronados por la victoria.

Detén y dime si, olvidando fácilmente los continuos instantes que hemos pasado juntos, has destruído después los lazos que nos unían y faltado á mi fiel amor.

Piensa en que cada día que nos seguirá, el fin de este mismo tiempo encierra un porvenir oscurecido por un velo impenetrable.

Mi pasión por Layla, ¿debe atraerme los reproches de su padre y de sus hermanos, cuya injusticia he conocido?

¡Cuando mi amiga se encuentra sola y no teme nada á los celos!

Descubre dos brazos llenos y firmes como los miembros de una joven camella, cuyo color es de un blanco puro, y cuyo seno jamás ha concebido.

Ella deja entrever una garganta de suaves contornos, que parece formada de molduras de marfil artísticamente redondeadas, y sobre la cual nadie ha puesto una mano temeraria.

Su talle es flexible; su estatura alta y noble; sus caderas cargadas del peso que las rodea, se apenan al levantarse.

Tienen un desarrollo tal, que los muslos parecen para ellas estrechos. Su elegante talle me ha hecho perder la razón.

Sus piernas, parecidas á dos columnas de mármol, están adornadas con anillos entrelazados, que hacen entender cuando anda un sonido agradable.

Separado de esta belleza experimento los más penetrantes disgustos, que la camella privada de su tierno hijuelo, que llama con sus lastimeros gritos.

Ó más que la madre infortunada, cuya cabeza comienza á blanquear, á la cual no ha dejado el destino de sus nueve hijos más que el triste despojo encerrado en la tumba.

Toda la violencia de mi amor se ha reanimado, mi corazón está lleno de deseos, luego que al anochecer he visto partir los camellos de mi amada.

El país de Yemama aparece de lejos con sus altas montañas, cuyas blanquecinas cúspides semejan á las gumias que los guerreros hacen brillar desenvainadas.

Hijo de Hind, no jactéis de provocar nuestra cólera; mira que ya te hemos enseñado lo que somos.

Sabe que llevamos á los combates banderas blancas y que las retiramos rojas, empapadas en sangre.

¡Cuántas lides, largas y famosas, hemos sostenido contra Reyes como tú, antes que humillarnos á su vista!

Más de un jefe ilustre, que defendía valientemente su clientela y había obtenido las insignias reales, ha caído bajo nuestros ataques.

En seguida (poniendo pie en tierra para arrebatarle sus armas) hemos dejado flotar las riendas sobre el cuello de nuestros corceles, que, apoyándose en una punta de las patas y sobre las otras tres, permanecían inmóviles en esta actitud, cerca del cuerpo de nuestro enemigo aterrado.

Hemos erigido nuestras tiendas desde Dhou-Tolouh hasta Chamat, y arrojado del país á todos aquellos cuyo odio nos amenazaba.

Hemos ido á sorprender á nuestros rivales en sus casas; los perros de sus campos han ladrado á la proximidad de los guerreros desconocidos.

En seguida nuestros dañosos vecinos fueron inutilizados para perjudicarnos.

Cuando retornamos nuestros esfuerzos contra una tribu, la despedazamos como deshace la piedra el trigo.

El campo de batalla en el oriente del Najd viene á ser como el tapiz sobre el cual cae el grano reducido en polvo, y la innumerable familia de Codhaa no es más que un puñado de grano arrojado entre las muelas.

Hemos recibido con gozo á los guerreros, como huéspedes deseados; nos hemos esforzado por trataros como merecéis para no incurrir en vuestros reproches.

Sí, prontos á festejaros desde la aurora, os hemos distribuído estos golpes, también terribles, que pulverizan todo cuanto hieren.

Hicimos participar de cuanto poseemos á los que nos contribuyen, y nos abstenemos de tocar lo que ellos poseen. Nos dejan la carga de sus negocios difíciles, la aceptamos y sabemos llevarla.

Si el enemigo retrocede, le detenemos con la lanza; si nos combate de cerca, jugamos con la espada.

Manejamos con una destreza igual el ramo ennegrecido y flexible de Khatt, ó la hoja chispeante.

Y en seguida las cabezas de los bravos siembran la tierra, y parecen, por la grosura, á globos arrojados sobre un suelo pedregoso.

Nuestras gumias hienden los cráneos, cortan los cuellos de nuestros adversarios.

Hijo de Hind, tu odio, concentrado mucho tiempo, por fin se contiene y descubre al gran día la enfermedad secreta que cubría tu corazón.

El honor es una herencia que nos han transmitido nuestros antepasados; los hijos de Maadd no lo ignoran. Combatimos para conservar nuestra gloria y hacerla brillar con todo esplendor.

Luego que nuestras gentes alarmadas se preparan á huir, y echan los basamentos de sus tiendas en el bagaje que las contienen, el valor de nuestra familia las asegura y las protege.

Inmolamos víctimas, no de aquellas cuya ofrenda desagrada al cielo. Nuestros enemigos, obligados por todas partes, no saben á cuál hacer frente.

Así como nosotros, quieren morir del mortífero hierro, como si sus gumias y las nuestras no fuesen más que dos juguetes inofensivos en manos de niños.

Nuestros vestidos y los suyos parecen teñidos de púrpura.

Mientras que los demás guerreros de vuestra tribu, atemorizados por un peligro inminente, no intentan avanzar.

Formamos una tropa cerrada, semejando á una colina movible, erizada de dardos; sostenemos nuestro honor, y nos lanzamos los primeros.

No se cuentan entre nosotros más que jóvenes que se glorían morir con las armas en las manos, y lo ansiamos durante mucho tiempo aguerridos en los peligros.

Si se trata de combatir por la defensa de nuestros hijos, desafiamos al mundo entero.

Tememos por su seguridad, los grupos de nuestros caballeros, circulando en su derredor, les sostienen sitio á su abrigo;

Nada hemos de temer por ellos, y nos armamos para hacer lejanas expediciones.

El numeroso escuadrón de los hijos de Djocham-ibn-Bacr marcha desmenuzando bajo sus pisadas á los débiles y fuertes.

Nunca las naciones ¡no, jamás! sabrán que nos ha faltado el valor, y que nos hallamos sometidos á humillaciones.

Que nadie tenga la audacia de ultrajarnos; por un solo ultraje devolvemos mil.

Hijo de Hind, ¿cómo has pretendido que viniésemos á servir en sus tiendas á los Príncipes de vuestra familia?

¿Cómo has podido, hijo de Hind, ceder á las instigaciones de nuestros enemigos y tratarnos con tal desprecio?

¡Ah! tú nos amenazas, quieres rebatir nuestra fiereza; detente: ¿hemos sido nunca los servidores de tu madre?

Nuestro valor es una lanza que otros muchos antes que tú han tratado en vano de hacerla plegarse.

Una lanza de dura madera; es rebelde al esfuerzo del instrumento que la impulsa á doblegarse.

Y cuando el imprudente obrero la prueba redoblándola, resuena y le hiere de una en otra vibración.

¿Has oído decir que se ha reprochado alguna acción indigna á la familia de Djocham-ibn-Bacr?

Hemos recogido la herencia de honor que nos ha legado Alcama, hijo de Sayt, que ha conquistado para nosotros las fortalezas de la gloria.

Mohalhil y Zohayr, más grande todavía que Mohalhil, ¡qué tesoros habían reunido!

Attab, Colthoum, todos estos héroes nos han transmitido su noble sucesión.

Dhon-l-Boura también nos ha legado la suya; Dhon-l-Boura, de quien sin duda alguna se han referido los altos hechos; este generoso guerrero, cuyo valor nos ayuda á proteger á los débiles y era para nosotros mismos una poderosa protección.

Del seno de nuestra familia, ante él, había salido Colayb, que ha hecho célebre su nombre; ¿cuál es el género de ilustración que no poseemos?

Somos la camella indomable, que cuando se la une á un camello para dirigirla, rompe la cuerda, ó hiere el cuello de su compañero.

Ninguno combate por el honor tan valerosamente como nosotros; ninguno llena con tanta fidelidad los compromisos contraídos.

El día en que fueron encendidas las señales sobre las montañas de Khazaza, nosotros fuimos los que suministraron á las tribus conjuradas el socorro más conveniente.

Y nosotros los que por no estar ocupados más que del cuidado de la victoria, hemos encerrado nuestras huestes en Dhou-Orata, dejando nuestras preciosas camellas de leche, reducidas á rumiar secas plantas.

En el momento de la batalla, estamos en él á la derecha; nuestros hermanos, en la izquierda.

Ellos se lanzan con intrepidez contra el enemigo que está á su frente; nosotros hemos atacado con una intrepidez igual al enemigo que nos hacía cara.

Hemos triunfado; nuestros aliados han vuelto con el botín y las mujeres cautivas; nosotros, con los Príncipes vencidos y cargados de cadenas.

Guardaos, hijos de Bacr, guardaos de provocarnos. ¿No sabéis quién somos?

¿No os acordáis de cuando nuestros guerreros y los vuestros se atacaban, heríanse y removían sobre la arena?

Tenemos todavía los cascos impenetrables, los escudos de cuero del Yemen; estas gumias, cuya hoja derecha es frecuentemente encorbada por la fuerza de los golpes que con ella damos.

Tenemos estas largas y brillantes cotas de mallas, formando pliegues sobre la cintura.

Si alguna vez nuestros bravos soldados se las quitan, se les ve su piel negra por el contacto del hierro.

Sus pliegues semejan á las ondulaciones de las aguas, cuya superficie está agitada por los vientos que brisean en su rápido curso.

En la guerra, montamos caballos de pelo fino y corto, cuyas cualidades conocemos, nacidos y alimentados en nuestras tiendas y que más de una vez, en el peligro de nuestros días, hemos arrancado al enemigo que nos los había robado.

Ellos se precipitan en la batalla paramentados de hierro; salen bañados de sangre y polvo, fatigados como los nudos de sus riendas, que ha manejado las manos del jinete.

Los antepasados, cuya rectitud era su carácter, nos han transmitido la posesión de esta noble raza de corceles; nosotros la transmitiremos á nuestros hijos después de nuestra muerte.

Mientras que combatimos, nuestras blancas y bellas mujeres permanecen detrás de nosotros; su presencia nos excita á preservarlas de la esclavitud y de la ignominia.

Ellas han hecho jurar á sus esposos que todas las veces que ellos encontraran guerreros decorados con las insignias del valor, les arrebatarían los caballos, armas y los harían prisioneros, que conducirían encadenados de dos en dos.

Siempre nos presentamos solos y á la descubierta, mientras que las demás tribus contra nosotros, por aliados; ¡tan grande es el temor que les inspiramos!

Por la tarde, cuando nuestras mujeres salen de su mansión, marchan con lentitud y balanceando graciosamente su cuerpo, como hace el bebedor enardecido por los vapores del vino.

Ellas dan á nuestros corceles su alimento, y nos dicen: «Vosotros no sois nuestros esposos, si no sabéis defendernos.»

Dignas hijas de Djocham-ibn-Bacr; ellas reunen á la belleza, la virtud y un origen ilustre.

No hay protección más segura para las mujeres que la de las gumias, cuyos golpes hacen caer el brazo de nuestros enemigos, como las toñas ligeras que hacen saltar al aire los niños en sus juegos.

Apaciguamos el hambre del pobre en los años estériles; repartimos nuestras larguezas en los que nos la imploran.

Luego que las hojas salen de sus vainas, protegemos nuestra tribu;

Si, en los momentos en que el hierro brilla, extendemos nuestra protección sobre todos, como si todos fueran nuestros hijos.

Nuestras gumias hacen rodar las cabezas sobre la arena, como ruedan sobre terreno compacto las bolas lanzadas por vigorosos jóvenes.

Cuando las tribus de que Maadd es padre, reunen sus tiendas en uno de sus valles, y se disputan la gloria, ellas reconocen nuestra superioridad: ellas saben,

Que nos adelantamos en ofrecer al extranjero el descanso y alimento de hospitalidad; que exterminamos al enemigo que intenta medirse con nosotros;

Que garantimos de todo ataque cuanto queremos asegurar, y que fijamos á nuestro gusto nuestra morada en cualquier sitio.

Ellas saben que tomamos la defensa de los que se nos someten y que no cesamos de oprimir á los que se nos resisten;

Que rechazamos los presentes que nos disgustan y que solamente acogemos los que nos son agradables;

Que si queremos apagar nuestra sed bebemos el agua límpida, y los otros beben cerca de nosotros el agua turbia y la cenagosa.

Preguntad á los hijos de Tamah y á los de Domi cómo nos han encontrado.

Cuando un Rey oprime y envilece á los demás hombres, sabemos rechazar lejos de nosotros el yugo de la ignominia.

Cubrimos con numerosos guerreros la tierra demasiado estrecha para nosotros; cubrimos las aguas con nuestros navíos.

El mundo nos pertenece con todos los que le habitan. Nuestra fuerza, cuando queremos desarrollarla, no conoce obstáculo.

Apenas el niño nacido entre nosotros ha llegado á la edad en que se le aparta del seno de su madre, cuando ya los mortales más valerosos se prosternan ante él.

V.

EL CONDOR.

I.

HARITH.—SU GENEALOGÍA, SU RELACIÓN EN LA TRIBU DE BACR, SU PARTICIPACIÓN EN LAS GUERRAS DE BACR Y TAGHLIB, SU DISCURSO POÉTICO EN DEFENSA DE LOS DERECHOS DE SU TRIBU.—SU CARÁCTER, ELOCUENCIA, SU IMPROVISACIÓN Y GLORIA.

Harith, hijo de Hillizé, es otro de los célebres poetas y del que menos se han ocupado los historiadores, sin duda porque le faltó el alto rango de familia que tuvo Imroulcays, ó el carácter intrépido y arriesgado de Amr, sus valiosos recursos, su riqueza y orgullo; pero era nacido del pueblo árabe, y como tal, tomó parte en las lides que hemos descrito entre Bacritas y Taglhibitas; hijo de los primeros, descendiente de la rama de Yachor, *Harith*, hijo de Hillizé, este hijo de Ma-

crouh, hijo de Gazid, hijo de Abdallah, hijo de Malik, de Abad, de Sad, de Djochan, Acim, Dhobyan, Kinana, Yachor, forman la serie de su genealogía, entre los escritores árabes, citándose con prodigioso detalle los antecesores, todos de apellido bien conocido ya del famoso pueblo.

Harith, que sin duda era ya crecido en el momento de hallarse disputando su tribu á los de Taglhib la indemnización solicitada, encarnó todo el espíritu de los suyos, y con una energía que respondió á su elevado pensamiento, adelantóse, y tomando la palabra en vez de Noman que se había hecho reprochable al Rey, improvisó, según se dice, el poema que inmortalizó su nombre, y que está colocado entre los Moallakas. Notable Harith por la nobleza de sus actos, al defender los derechos de su tribu, lo era también por su ardoroso carácter; apoyado sobre el extremo de su arco, del que una punta hirióle su mano, siguiendo su discurso sin apercibirse, por lo encendido que se hallaba en la defensa. Como á la vez estuviese invadido de lepra, se le había colocado detrás de un tapiz que le separaba de los del Rey; pero escuchándole el Rey Amr, hijo de Hind, entusiasmóse por su elocuencia hasta el punto de que hizo se le quitara de aquel alejamiento, le mandó se le aproximase muchas veces, y concluyó por hacerle que se sentara á su lado.

Mereció después de pronunciadas todas las defensas de las tribus la mayor consideración del Rey, que negó, merced á su influjo, la indemnización pedida por los de Taglhib, y á los Bacritas los devolvió tonsurados, cuyos cabellos fueron el trofeo de una libertad ganada con los méritos del renombrado y honorable Harith. Mandóle el Rey que no recitara su poema sin purificarse por alguna ablucción, rasgo bien característico de este monarca por el estro poético de Harith, dando así una solemnidad religiosa á la producción de este famoso poeta.

II

DUDAS ACERCA DEL MÉRITO DE SU DEFENSA POÉTICA Y FUNDAMENTOS DE SU MOALLAKA.

Por otra parte, el mérito de este poeta, si ha sido discutido, no ha llegado á disminuirse su importancia, y en atención al corto tiempo que empleó para expresarle, rehace de todo punto su valor.

El sabio Abou-Amr-Chaybain extrañábase de que Harith hubiese podido improvisar una obra tan bella, y decía: «Si hubiese empleado á este fin un año más en componer su poema, no sería demasiado (1). En él rechaza Harith vivamente las inculpaciones dirigidas por los Benou-Taglhib contra su tribu, de que él entusiasma los esfuerzos y su gloria; rebaja, por el contrario á sus adversarios, y cita muchas ocasiones en que los Taghlibitas han dejado impunes afrentas que habían recibido. Recuerda que han rechazado seguir á Amr, hijo de Hind, para vengar á Moumdhir III; cita los combates de los Benou-Bacr y sus defensas, que han sostenido la causa de los reyes de Hira, y sobre todo de Amr; por todo lo cual, sin duda, obtuvo para su tribu el favor de la regia sanción, el restablecimiento de la justicia y un lauro para su familia y pueblo, imperecedero como su Moallaka.

MOALLAKA DE HARITH.

Esma se ha apartado. ¡Ah! Esma no es de aquellas cuya prolongada presencia puede ser inoportuna.

Ella me abandona después de los dulces momentos que hemos pasado juntos en el país de Chemmâ.

Kalsa, la más próxima de las estaciones de su tribu, Mohiyyat, Safâh, las puntas de Fétah, Adhib, Wafa;

Los prados de Cata, los valles que están al pie del monte

(1) Aghain II, 360.

Chorayk, los dos picos Ayla, todos estos lugares testigos de mis dulces amores,

No ofrecen á mis miradas aquella que veía siempre nuevamente. Hoy en mi delirio vierto lágrimas de dolor: ¿podrán mis lágrimas devolverme cuanto he perdido?

Hind ha encendido un fuego que ha deslumbrado mis ojos, desde el alto sitio en que se hallaba elevada.

La percibí á lo lejos sobre la cima de Khazâza. ¡Ah! Ya no puedo gozar de su dulce calor.

Hind la había alumbrado entre Akik y Chakhsani con un bosque oloroso, cuya llama brillaba como los rayos del astro del día.

Para mí, cuando es preciso abandonar la mansión del reposo y franquear rápidamente los espacios, empleo para vencer las dificultades de mis empresas,

El socorro de una camella, igual en viveza al buitre habitante de los desiertos, cuyo cuello es largo y encorvado, que huye hacia sus pequeñuelos,

Cuando al romper el alba oye un ruido, en el que teme oir la sorpresa de los cazadores:

En la carrera de mi camella, el precipitar de sus pies batiendo, levanta detrás un nubaje de polvo fino semejante á un torbellino de humo.

Se ven sus plantas de cuero caer una después de otra sobre el suelo de que las ha arrancado (1).

Con ella afronto los más vivos ardores del sol, mientras que otros, abatidos por las penas de su espíritu, permanecen inmóviles, como el animal privado de la vista, unido á la tumba de su señor para perecer allí de languidez.

Una falsa noticia nos ha conmovido y afligido:

Nuestros hermanos los Arakim (de los Taglhibitas) nos calumnian y forman contra nosotros injustas pretensiones.

Confunden al que está exento de crimen con el culpable; el inocente no halla en su inocencia un abrigo contra sus ataques.

(1) Los Arabes guarnecen con dobles y triples soletas de cuero los pies de sus camellos para preservarlos de las heridas de los callos.

Quieren que todos los que cazan el onagre en el desierto sean nuestros parientes, y que llevemos la responsabilidad de sus acciones.

Han concertado por la tarde su hostil proyecto, y desde la aurora un ruido afrentoso se ha hecho oir en su campo:

El aire ha resonado el sonido confuso de las voces que se respondían, y de los relinchos de los corceles, á los cuales se mezclaban los gritos de los camellos.

Ó tú que nos pintas á los ojos de Amr, bajo los odiosos colores, ¿crees que tus imposturas pueden sostenerse mucho tiempo?

No te imaginas que tus instigaciones pérfidas nos son funestas. Otros enemigos también antes que tú han procurado perjudicarnos.

Mas á pesar de su odiosa envidia, hemos pasado sin cesar de tener el alto rango al que nos elevan los esfuerzos de nuestros guerreros y nuestra gloria, que jamás sufrió ninguna infamia.

Nuestra gloria cuyo esplendor ha cegado ya más de una vez los ojos de nuestros rivales y encendido en el corazón el disgusto y la rabia,

La suerte, lanzándonos rayos, parece atacar un monte altísimo y negro, cuya cima abre las nubes;

Un monte cuya masa sólida resiste á los esfuerzos del tiempo, y que no pueden alterar ni incentar los golpes más terribles del destino.

Cualquiera que sea el agravio que queráis escoger contra nosotros, hablad altamente, y que todos los hombres sean nuestros jueces.

Si en nuestros campos de batalla, entre Milha y Sakib se remueve el polvo de los muertos, reviviréis los odios de los vivos.

Si escudriñáis las cuentas que existen entre nosotros, los hombres harán un severo examen, y entonces se verá quiénes son los culpables y los inocentes.

Pero si guardáis prudentemente silencio, imitaremos á aquellos que tienen una paja en el aceite y cierran sus párpados.

En fin, si rechazáis el sostenimiento de la paz que se os propone, ¿qué temeremos? ¿á qué guerreros se os ha dicho que cedemos en valor?

¿No sabéis lo que hemos realizado en estos tiempos de tumulto, en el que las tribus se atacaban y recíprocamente se despojaban, donde por todas partes resonaban (1) los gritos belicosos?

Hemos hecho recorrer á nuestros camellos todo el espacio comprendido desde las palmeras del Bahraym hasta el El-Hiçâ;

En seguida hemos fundado sobre los hijos de Temín, y sus hijas fueron nuestras esclavas, luego que el período sagrado puso fin á los combates.

Entonces el bravo no intentaba habitar hasta en la llanura; el cobarde no hallaba su salvación en la fuga;

Los lugares de más difícil acceso, la cima de las más altas montañas, eran un asilo inútil para los que allí buscaban retiro para escapar de nosotros.

El Príncipe que me escucha reina sobre el mundo; ningún mortal le iguala.

Es de la antigua y noble raza, digno de llevar caballeros á los combates; los enemigos de los guerreros que él manda hallan siempre la victoria rebelde á sus deseos.

Es un Rey lleno de justicia, es el más generoso de los humanos; ningún elogio puede llegar á la altura de sus grandes cualidades.

¿Se pondrá en paralelo con nuestros servicios en la expedición de Syria (2), esta insolente respuesta: «Somos nosotros los postores del hijo de Hind?»

La sangre de los Taglhibitas, sobre la cual ha caído el castigo, ha corrido sin obtener venganza, y sus cuerpos han sido enterrados en el polvo del olvido.

---

(1) Se hace alusión á la época de desorden y anarquía general de que ya se ha hecho mérito.

(2) El texto alude á la expedición de Moundhir; se trata de la incursión hecha en Syria por Amr, hijo de Hind, para vengar á su padre. Además, el nombre de Moundhir, tomado como título común á los Reyes de Hira, está empleado aquí á causa de la medida del verso para designar á Amr.

Si nosotros nos hemos distinguido en esta expedición, en la que Amr conducía el palanquín de Maycoun á Alya, después á Auca, límite del país de su cautiverio;

A su derredor se habían reunido los bravos de todas partes, cuya pobreza excitaba más su valor y semejábanse á las águilas.

Ha marchado á su cabeza, suministrándoles dátiles y agua (1). Siempre se cumplen los decretos de Dios, y los perversos sufren el castigo que les está reservado.

En vuestro loco orgullo, pedís con todos los votos de vuestro corazón esta armada; votos insensatos que bien pronto la han dirigido contra vosotros.

Ella no os ha atacado por sorpresa, pero al gran día y cuando la ilusión eleve á vuestros ojos los guerreros sobre el sol,

O tú que nos calumnias cerca de Amr, ¿pondrás término á tus funestas imputaciones?

Nosotros tenemos tres títulos que nadie sabría negarnos.

Uno lo hemos adquirido al Oriente de Chakika, apenas aparecieron los estandartes de numerosas tribus salidas de Maadd,

Presentándose al rededor de Cays valiosas por la presencia del héroe del Yemen, tiene el aspecto imponente.

Y los Awatik, orda temible que sólo pueden contenerla largas y ardorosas glevas,

La hemos obligado á recular, haciéndoles heridas parecidas á aberturas, por las que se escapa el agua contenida en los odres;

La hemos perseguido hasta las alturas de Thahalhasis, y rechazado ante nosotros, rociando sus piernas con su sangre.

El hierro de nuestras lanzas que se doblaba en sus cuerpos, era como el sello que se agita para rellenar el fondo de un pozo obstruído por las piedras.

Dios sólo conoce cuántos de ellos cayeron bajo nuestros ataques y han perecido sin venganza.

---

(1) Los dátiles y agua eran las únicas provisiones que los Príncipes árabes daban á los soldados alistados á sus banderas.

Hemos combatido también al Hodjr, hijo de Omumcatam, que vino con su tropa cubierta de bruñidas armaduras, trabajo primoroso de Persia;

Era en las batallas un león de pelo flavo, uñas terribles; era un primaveral bienhechor cuando un año estéril amenazaba la existencia del pobre.

Los numerosos guerreros conducidos por El-Djaun, por este El-Djaun, jefe de los Benou-l-Aus, formaban una masa parecida á una montaña.

En medio de los torbellinos de polvo, nuestro coraje ha sido siempre el mismo, sea que el enemigo llorase ante nosotros, sea que el fuego de la guerra estuviese en toda su violencia.

Hemos roto las cadenas de Imroulcays; la hemos salvado de su larga y dura cautividad.

Para vengar la muerte de Moundhir hemos inmolado á su hijo, un Rey de Ghassan, á pesar del valor de sus soldados, que tajamos en varias piezas,

Y llevamos á Hira nueve Príncipes ilustres, cuyos despojos eran preciosos.

En fin, hemos dado nacimiento á Amr; nos pertenece por su abuela Oumm Iyas. Todavía nos es reciente la época en que nos fué traído el presente nupcial.

Este parentesco tan próximo es la fuente de nuestra afección en los hijos de Moundhir; alianza sin límites, como la inmensidad de los desiertos (1).

Renunciad, pues, á vuestras orgullosas pretensiones, cesad de desconocer la justicia. Vuestra voluntaria ceguedad, si persistís en ella, os será funesta.

Acordaos de los juramentos hechos á Dhou-l-Medjaz, los tratados convenidos y las garantías dadas de una y otra parte.

---

(1) No indican los comentaristas la división de los tres títulos que hace valer al poeta para obtener la benevolencia de Amr, hijo de Hind; éstos son, según Perceval: 1.º los cervicios prestados por los Bacritas á los predecesores de Amr, sobre todo á su padre Moundhir III; 2.º los rendidos á Amr mismo en la expedición de Syria, y 3.º el parentesco de los Bacritas con Amr.

Para prevenir en lo sucesivo las iniquidades y las violencias. ¿Los caprichos insensatos pueden destruir las obligaciones escritas?

Sabed igualmente unos y otros encadenados por las obligaciones contraídas el día de nuestros recíprocos juramentos.

Que son vanas todas vuestras alegaciones: tratáis como los hombres que matan la gacela en vez de sacrificar la oveja.

¿Esque pesa sobre nosotros la falta de los hijos de Kinda, cuyos guerreros han venido á robar en vuestro territorio? ¿Es por esto por lo que intentáis exigirnos reparaciones?

¿Somos culpables del mal que os han hecho tantos otros? Nos cargáis de absurdos agravios como se carga de lurdos fardos los riñones de un camello vigoroso.

Aquellos que en la iglesia os han engañado no pertenecen á nuestra tribu; las familias de Cays, Djandal, Hadda, nos son extranjeras.

¿Nos imputaréis los delitos de los Benou-Alik? Somos inocentes: y si rompéis la paz jurada, sobre vosotros solamente caerá la indignación.

¿Somos cómplices de los Hanifa? ¿Qué tenemos de común con los Mouharib, que el hambre ha reunido contra vosotros?

¿Y los Codhaa? ¿Somos responsables de sus culpas, ó bien no nos tocarán nada?

No hemos sido nosotros los que abandonaron en el país de Nita á los hijos de Rizah á voluntad del enemigo; tampoco somos nosotros á quien llenan de sus maldiciones.

Ochenta guerreros del Temim, armados con sus lanzas, qne llevan la muerte en sus aceradas puntas,

Han dejado sobre el polvo cadáveres mutilados y han vuelto á sus casas con un inmenso botín; la oreja estaba ensordecida por la voz aclamadora de los conductores que arrojaban delante de ellos las piaras conquistadas.

Se ha marchado, en fin, contra los raptores para arrancarles su presa; no se ha podido tomarles una sola camella blanca ni negra.

Los descendientes de Taglhib han vuelto heridos los riñones, devorados por un fuego que el agua no podía extinguir.

ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO

Después de todo esto, Allak hase hundido sobre ellos con su caballería y los ha asesinado horriblemente.

Hé aquí el juicio que decidirá entre nosotros: ha sido testigo de nuestro valor en la jornada de Khiarani: él nos ha visto sostener con gloria la prueba más terrible.

VI.

EL PRÓDIGO.

I.

TARAFA.—SU GENEALOGÍA.—FACULTADES POÉTICAS.—DESVENTUROSO VATICINIO QUE LE HIZO EL POETA MOTELAMMIS —SU CRAPULOSA ADOLESCENCIA.—ODIO DE MALIK Y SU MOALLAKA.—SU VIAJE Á LA CORTE Y SUS SERVICIOS CERCA DE CABOUS.

Entre los poetas árabes de primer orden, surge un nuevo numen que llena de esplendor esa fecunda naturaleza oriental. *Tarafa*, autor de uno de los Moallakas, era hijo de Abd, éste hijo de Sofyan, hijo de Dhobaya, proveniente de Bacerwail. Disposición preferida de los árabes la facultad y estro poético, apenas se dejaba entrever en algunos de sus individuos, pues no muy crecido Tarafa, hubo de manifestarles desde su infancia facultades privilegiadas para la poesía y el germen de un talento poético que ilustró su nombre, proclamábanla como una de sus justas glorias.

En viaje desde niño, con personas de su familia, propúsose aprovechar un alto que hicieron cerca de una cisterna para cazar con el lazo algunas alondras; mas no presentándose ninguna después de haber esperado gran parte del tiempo de su jornada, vióse obligado á proseguir su marcha con sus compañeros, y no bien echó á andar, una nube de alondras se le aproxima, prorrumpiendo él en los siguientes versos:

«Entusiastas alondras que revoloteáis sobre esta inmensa llanura, libre es el espacio, aovad, cantad,

Picotead cuanto os plazca, y gozaos á vuestro gusto, porque el cazador se va.

El lazo ya no está puesto y nada habéis de temer. Pero un día llegará en que seréis sorprendidas. Esperadle.»

Igualmente se cita de Tarafa, siendo niño, una palabra que descubre la vivacidad de su espíritu y la finura de su gusto. Un poeta, que algunos dicen era Motelammis y otros Mocayyb, hijo de Als, recitaba cierto día, ante numeroso auditorio, una pieza de versos, en que describía su camello, diciendo:

«Cuando el celo viene á sorprenderme, lo disipo
montando un camello corredor, que lleva sobre
su cuello el distintivo de la nobleza de su raza;
un camello de piel roja, cuya carne está compacta;
ó bien una camella himyarita, de marcha
rápida, que hace volar los guijarros bajo sus pies,
deshechos por la aspereza del suelo.»

Jugaba en aquel momento Tarafa con otros muchachos de su edad, pero atento su oído á la voz del poeta. Notando este brusco cambio del objeto de la descripción, alentóse irónicamente: «Ved el camello transformado en camella,» palabra que llegando á ser de una acepción proverbial, se explica de todo cambio inconsiderado de propósito, que arroja la confusión en el discurso.

Contrariado el poeta, llamó á Tarafa y le dijo: «Saca la lengua;» obedecióle Tarafa; su lengua era de oscuro color: «Hé aquí una lengua—dijoel poeta—que hará desgraciado á este niño;» predicción desventurada y que llegó su realización.

Según los historiadores, aislado en su niñez, dueño luego de sus acciones en su juventud, entregóse al vino, al juego, al amor y al desarrollo completo de las pasiones. El valor que manifestaba después en los combates no podía oscurecer los desórdenes de su conducta personal, y era mal visto por sus parientes más próximos, que le rechazaban del seno de su

familia. Tenía un hermano llamado Mábad, y apacentaban alternativamente los camellos que tenían de mancomún. Cuando tocaba á Tarafa ir al campo, dejábalos sueltos vagar libremente, y entonces se dedicaba á hacer versos. Su hermano Mábad reprochabale el descuido.—¿Por qué no sigues á los camellos? ¿Crees que si nos los roban tus versos nos los devolverán?—Sí, respondió Tarafa; en lo sucesivo los vigilaré menos aún, para darte ocasión de que reconozcas, si los han preso, que mis versos pueden devolvérnoslos: no tardó mucho la ocasión, y los camellos fueron robados por un árabe de Modhar. Tarafa entonces se dirigió á un primo suyo, llamado Malik, pidiéndole recursos para rescatarlos; rechazóle Malik indignamente, y entonces fué cuando Tarafa compuso su moallaka, en la cual hacía muchas alusiones al rigor de Malik ante su ruego.

Otro de sus primos, llamado Amr, hijo de Marthad, hombre rico y poderoso, sabiendo que había compuesto tan notable poesía, entusiasmado de una de sus mejores improvisaciones en que su nombre era citado,

«Si tal era la voluntad de Dios, gozaré de todas las ventajas de que están colmados los Cays, hijo de Khalid, y Amr, hijo de Marthad;

Como ellos poseeré inmensas riquezas, y recibiré los homenajes de los niños generosos, hijos nobles de un noble padre.»

Mandó buscar á Tarafa, y le dijo: «Hijo de mi hermano, hijos sólo Dios te los puede conceder, pero riquezas puedo yo dártelas; quiero ponerte á igual altura que mis hijos.» Entonces hizo venir Amr á sus hijos y tres nietos, y mandóles que le dieran cada uno diez camellos, y los nietos llamados también á este concurso de generosidad, se gloriaban diciendo: «Nuestro abuelo nos ha tratado como á sus propios hijos.» Hecho así dueño de un centenar de camellos, justificó su suerte y previsión, no tan lleno de fundamento que se precaviera para lo sucesivo. Arruinado poco después, fué con su abuelo maternal, Djavir, hijo de Abdelmacih, oriundo de Dhobaya, poeta conocido con el nombre Motelammis, el solicitador, á la corte del Rey de Hira, Amr, hijo

de Hind y de Moundhir III, con la esperanza de obtener alguna benevolencia y acogida.

Efectivamente recibióles Amr con atención, y los empleó en acompañar á todas partes á su hermano Cabous, como él, hijo de Hind, el inmediato sucesor en la corona de Hira. Era Cabous, á su vez, un Príncipe abandonado á la bebida y á los placeres; pasaba jornadas enteras en la caza, llevando consigo poetas, que entreteníanle cuando era fatigado; ya se encerraba en la tienda, y bebía desde el alba hasta la anochecida, dejando á la puerta á Motelammis y Tarafa, sin permitirles entraran á verle. No tardaron mucho los dos poetas en disgustarse de sus funciones, y así lo manifestó Tarafa en unos versos:

«¡Plegue al cielo que antes de entrar al servicio de Amr, estuviésemos ante una piara de vacas, mugiendo alderredor de nuestra tienda!

Ciertamente, Cabous, hijo de Hind, será un Rey imbécil.»

II.

SU ESTILO SATÍRICO Y DIATRIVAS CONTRA LA FAMILIA REAL. —VUELTA Á SU PATRIA.—CARTAS DEL REY Á ABOU-CARIB, GOBERNADOR DE HEDJOR.—MUERTE DE TARAFA.

Del propio modo desarrolló su sátira contra Abd-Amr, hermano político suyo, rico y que gozaba de la gracia real; era de los admitidos en la sociedad íntima de palacio, y estaba casado con una hermana de Tarafa; éste, por vengar á su hermana, querellosa de su marido, hizo contra su cuñado el verso.

«No hay otro mérito más que el de ser rico, y de tener una talla en la que pueda admirarse la fuerza, cuando se está de pies.»

Sátira aún más punzante, y por la cual produciría el doble efecto que había de esperar de ambas expresiones. Era Abd-Amr hombre muy obeso, de enorme vientre; excitaba hilaridad; estando un día en el baño con el Rey, díjole: «era pre-

ciso que te viera Tarafa como yo, para que celebrara lo esbelto de tu talle.» Ofendido Abd-Amr, replicó: «Tarafa es un impertinente, cuya causticidad no molesta á nadie, como á vuestro mismo hermano.» «¿Qué ha dicho contra mí?» preguntóle el Rey, y el cortesano recitó el verso

«Plegue al cielo que antes de entrar al servicio de Amr...»

Amr, ofendido, sin manifestar fe á la autenticidad del referido verso, formó desde entonces el propósito de castigarle, aparte de otros motivos que además tenía contra él. Cierto día convidó á su mesa á Motelammis y Tarafa; mientras bebían, presentóse la hermana de Amr, hija de Hind, y Tarafa, que era fatuo, viendo á la Princesa, exclamó:

«Honor á la belleza, ornada de brillantes pendientes de las orejas, graciosa como joven gacela,

Quien, sin la presencia de su Rey, me daría su hermosa boca á besar.»

Ofendióse el Rey de tal atrevimiento, y eran muchos los casos análogos que, á su presencia augusta y soberana, permitíase Tarafa algunas libertades, ante un Rey tan grave, de quien además se decía no se le vió nunca reir; algunos actos de Tarafa eran además indecentes, por cuyo motivo trató ya de castigarlo, pero de una manera cruel, envolviendo en la misma suerte á Motelammis, no fuera en venganza del asesinato, que el Rey premeditaba en el nieto, á suscitar mayores y más trascendentales sátiras en labios del abuelo; para lo cual nada ideó el Rey como darles cartas, como la de Urías, menos dignas y más execrables, por las que ordenaba que se les diera muerte.

Ante su presunción, el Rey preguntóles que si querían volver á su pueblo y abandonar la corte, les daría cartas de recomendación; respondido afirmativamente, mandó se extendieran las cartas en el sentido secreto que ordenaba al Gobernador Abou-Carib, del país de Hedjor, en el cual habitaba la familia de Drobaya: en camino Motelammis y Tarafa con sus respectivas cartas, la prudencia del ánimo ó el conocimiento del corazón humano suscitó en el primero la curiosidad del contenido de ambos documentos; ninguno sabía leer; pero era ya generalmente extendido el uso de escribir, y como en el camino hallaran algunos jóvenes, les rogaron la lectura de las cartas, con lo cual descifraron el atentado: arrojó Motelammis la carta, pero no así Terafa, que tampoco desistió de llevarla á su destino; predeterminado ya por el Rey, el Gobernador mandó á su llegada se le enterrara vivo, muriendo así á los veinte años de edad el celebrado Tarafa. Salvóse Motelammis pasando á Syria, refugiándose entre los Príncipes de la familia Djafna.

III.

MOALLAKA DE TARAFA.

Los vestigios de la habitación de Khaula, sobre el terreno pedroso de Thahmad, parecen como las marcas impresas por el *taouaje* sobre la superficie de la mano.

Mis compañeros de viaje han detenido en este sitio sus camellos y me han dicho: «Recobra tu valor, no te dejes dominar por el dolor.»

En el día de partir mi amada, cuando las literas, llevando las mujeres de sus tribus, pasaban el Valle de Dad, cambiado por la mirada en un mar, parecían á grandes vajeles.

Obra de los hijos de Aoul, donde los navíos del hijo del Jaman, que los nautonieros tan pronto alejan ó ya dirigen en línea recta;

Mientras que la proa corta las aguas, como la mano del niño que juega al fiâl parte el montón de tierra.

Hay en la tribu una belleza joven, cuyo cuello está adornado de un doble rango de perlas y topacios; graciosa como la gacela, que tiene los párpados y labios negros y que se alimeta con los frutos del *arce*.

Que ha dejado su cervatillo por ir con sus compañeras á los entusiastas bosques, donde ella desbotona y come el joven *Béris* y se cubre del ramaje de los árboles.

Cuando esta hermosura sonríe, sus labios, entreabriéndose, descubren tan blancos dientes como la olorosa manzani-

lla, floreciendo sobre un terreno húmedo, que se eleva en medio de un campo dulce y puro.

El sol le ha comunicado su brillante esplendor; pero este brillo no se extiende más que á sus suaves encías, teñidas con el polvo de antimonio, que ha tenido el esmero de no tocar con los dientes.

El sol despojóse de su tocado luminoso, para adornar su cara de terso y límpido cutis.

Cuando un proyecto ilusiona mi espíritu, lo sé completar con ayuda de una camella vigorosa, que la tarde y mañana prosigue su carrera rápida, sin pedir reposo.

Ella tiene el paso seguro. Su cuerpo es como un largo cofre. Emprende su marcha sobre un camino cuyas trazas paralelas, cumplidas por el pasaje de los animales, le hacen parecido á un manto rayado.

Tiene toda la fuerza de un caballo perfecto; su carne es firme; corre como el avestruz, ligero, que se lanza por delante de un macho de plumón fino y color ceniciento.

Rivaliza con los camellos más generosos y más vivos; su pié alcanza á su mano con rapidez incesante en un camino bien batido.

Ha pasado la primavera en las dos colinas, con las compañeras á quienes la consunción de la leche hacíalas ávidas del pasto. Pastaba entre ellas la hierba de un valle, rociado por frecuentes lluvias, cuyo suelo es dulce y excelente.

Obedece á la voz que la llama. Detiene los transportes del macho ardoroso, de pelo oscuro, oponiéndole una cola, bien guarnecida de crines.

Al verla se cree que las alas de un buitre están adheridas á los costados de su regazo con aguja de sillero.

Agítase en todos sentidos, y hiere tanto lo alto de su grupa, ya mueve pechos desecados, marchitos, privados de leche, parecidos á un viejo odre de cuero.

Sus muslos bien formados y nutridos de carnes son como dos batientes de la puerta de una ciudadela vasta y elevada.

La espina dorsal es tupida y robusta, sus costados son como los arcos, su cuello compuesto de vértebras que se embuten unas en otras fuertemente.

Sus dos largos sobacos semejantes á dos retiros formados por los animales salvajes al pie de un gran árbol. Bajo sus vigorosos riñones, sus huesos se redondean en hemiciclo.

Sus codos apartándose del cuerpo, y cuando marcha, sus pies delanteros son como los brazos de un nervioso aguador que tiene un cubo en cada mano.

Su estructura tiene la solidez de la bóveda de un puente romano, en el cual, el arquitecto había jurado hacer trabajar numerosos obreros hasta que todas sus partes estuviesen unidas por un cemento indestructible.

Los pelos de su pecho son rojos, su talle es robusto, arroja velozmente su pie posterior haciendo un paso largo, y balancea su mano antes de posarla en la tierra.

Los nervios de sus brazos son bien fundidos y presentan la imagen de cuerdas muy torcidas; sus brazos se inclinan bajo su cuerpo semejante á un techo sólidamente construído.

Corre con energía, tiene la viveza del torrente. Su cabeza es fuerte; sus largas espaldas, remóntanse hacia un dorso elevado como una montaña.

Las marcas señaladas por las cinchas en sus costados, parecen como dos senderos que descienden de una roca lisa sobre un terreno duro al que parcelan.

Estas señales son ya unidas y agrupadas, ya apartadas entre sí como bandas de tisú blanquecino, con las cuales se habría compuesto un hábito estropeado.

Su cuello se herguie con vivacidad; cuando lo tiene derecho, figura el mástil de un navío que navega sobre el flujo del Tigris.

Su cráneo tiene la dureza de un yunque, la cima angulosa donde se reunen los huesos superiores, es parecida á la arista de una lima.

Sus mejillas son suaves al tocar como el papel de damasco; sus labios como el cuero moduloso del yaman, cuyos bordes esmeradamente cortados no ofrecen irregularidad alguna.

Sus ojos tienen el brillo de dos espejos, las cavidades huesosas que les contienen, parecen dos preciosas grutas de roca donde mana una agua límpida.

Sus párpados saben rechazar todo cuanto puede perjudicarlos. Tienen la misma expresión que los ojos bordados de negro del antílope, alarmado por su tierno hijuelo.

Sus orejas finas y siempre atentas, distinguen igualmente en un camino nocturno un débil ruido y luz más tenue.

Su afilada forma indica la excelencia de su raza. Tiene el oído tan sutil como el toro salvaje que vive solitario en la colina de Haumal

Su corazón, que la menor cosa agita, late con vivacidad entre sus largos costados, como una bola de piedra golpeando contra *lajas* sólidas.

Su labio superior, que se parte en dos, la extremidad medulosa de su nariz pendiente para recibir un anillo, llevan el carácter de la nobleza. Alguna vez en su marcha, baja la cabeza hasta la tierra para arborear el sol y entonces redobla su vivacidad.

El temor que le inspira una fusta compuesta de lanas muy retorcidas, le hacen á su vez detener ó precipitar sus pasos, según mi voluntad.

Cuando mi mano le manda, eleva su cabeza á la altura del pomo de la silla y echa sus piernas adelante á la manera del avestruz que huye.

Tal es la camella sobre la cual he traspasado los desiertos donde alguna vez, mi amigo exclamaba: «¡Plegue á Dios que pueda yo sacarte de aquí y salvarte y salvarme á mí mismo!»

El temor lleva en su corazón un miedo extremoso, creíase perdido, aunque no tenía emboscado enemigo alguno en las sinuosidades del camino.

Si mis compañeros dicen «¿cuál es el bravo que realizará esta empresa?» creo que ellos me designan: entonces me reanimo y nada detiene mi coraje.

Tomo mi camella con el látigo; ella vuela mientras que masas vaporosas y sutiles cubren el pedroso terreno y brillan á lo lejos.

En su gracioso fulgor, semejase á la joven esclava que, en medio de una compañía, para calmar las miradas de su dueño, se balancea, dejando flotar la extremidad de su larga túnica blanca.

No soy de aquellos que ocultan su mansión en los sitios bajos é ignorados, por temor de que se reclame su asistencia. Me muestro siempre á servir presto á los que acuden á mí.

Si tú me buscas en una grave asamblea, allí me hallarás: entre los bebedores, me tendrás allí también.

Desde la mañana, cuando te presentes, te ofreceré mi copa llena de vino: si hubieras dejado ya de saborear este licor á largos sorbos, no importa, comenzaráslo conmigo.

En toda mi tribu reunida no puede hallarse persona que pertenezca á una familia más ilustre que la mía y cuya generosidad se haya puesto más veces á prueba.

Los compañeros de mis placeres, son jóvenes nobles, cuyas blancas caras resplandecen como estrellas. Cada uno trae una cantadora vestida de túnica rayada y de un manto azafranado que viene á embellecer nuestra sociedad.

Su vestido está abierto sobre su garganta y deja sus manos amorosas andar libremente sobre sus atractivos. Su cutis es dulce, y sus formas redondeadas.

Cuando se la invita á cantar, comienza con un tono lento y tierno sin dar á su voz toda su extensión.

Refuerza luego las inflexiones y las varía con una expresión tan conmovedora, que se creería oír las quejas de las madres desoladas, lamentando la pérdida de sus hijos.

Yo me he entregado al vino y á los placeres, vendido lo que poseía, he disipado los bienes que había adquirido por mí mismo y cuantos había heredado.

Hasta que, por fin, toda mi tribu divorcióse de mí. Se me ha aislado como se aparta á un camello atacado de una enfermedad contagiosa.

Mas, si los míos me rechazan, los extranjeros me buscan; yo me veo amado del pobre sin asilo y del rico que habita suntuosa tienda.

Canor que criticas mi pasión por los placeres y los combates, ¿tienes el medio de hacerme inmortal?

Si tu sabiduría no puede apartar de mí el instante fatal, déjame entretanto prodigar todo por el placer, antes que la muerte me sorprenda.

Yo no me inquietaré, lo juro, del momento en que mis

amigos abandonaran mi lecho mortal, si yo no amase tres cosas, que son, según yo entiendo, la calma y entusiasmo de la vida.

Ambiciono prevenir la vigilancia de estas mujeres que quieren corregirme, bebiendo antes de la aurora un licor rojo que espumea cuando se le mezclá una agua limpia.

Cuando un hombre en peligro me llama, ansío volar en su socorro, montado en un corredor cuya mano ulterior está bien abierta (1), cuyo hálito es parecido al del lobo que una súbita alarma arroja de las proximidades donde viene á calmarse.

En fin, ambiciono abreviar las horas y la duración de los días lluviosos, tomando en mis brazos, bajo una elevada tienda, una belleza de formas redondeadas.

Cuyos miembros tienen una flexibilidad tal como sus Khalkhals, y sus brazaletes parecen unidos á las ramas flexibles del ricino, que la mano jamás ha ofendido.

El hombre que tiene generosas inclinaciones se embriaga á grandes sorbos durante su vida. Mañana, censor riguroso, cuando hayamos muerto ambos, veremos cuál de nosotros será consumido por una sed ardiente.

La tumba del sórdido avaro que ha rechazado todo goce, y la tumba del pródigo que se ha entregado á sus pasiones, no difieren entre sí.

Son dos pequeños montecillos de tierra recubiertos de algunas piedras llanas justapuestas entre sí.

Si el destino parece que escoge las almas nobles para apartarlas del mundo, ¿no arrastra también con preferencia al avaro, lo que este mira y tiene de más valor?

La vida es un meteoro que disminuye cada día; lo que el tiempo acorta debe terminar en seguida para ser destruído.

---

(1) Mouhannab presenta dos sentidos, entre los que dudan los comentadores; entienden el caballo de partes muy separadas sin tropiezo alguno, conformación muy estimada de los árabes hasta el punto de haberse entre ellos conservado como apotegma, de que el caballo que es *mouhannab*, no se hiere los pies en la carrera, ni tampoco se corta, según dice otro comentarista, lo cual esplica uno y otro sentido de esa palabra.

Ciertamente el hombre, mientras la muerte difiere hacia él sus pasos, es como el animal unido con una cuerda lasa que le deja libertad de pastar, pero que su señor tiene la punta en su mano.

¿Por qué mi primo Malik me invita y se aparta de mí cuando me acerco á él?

El me reprende y no comprendo por qué puede reprocharme. Así es que he sido en mi tribu objeto de injustas censuras de Cort, hijo de Abad.

Malik me niega toda esperanza á heredarle, toda petición que yo le haría sería tan inútil como si la hiciera á la tumba de un muerto.

Yo no le he ofendido por mis discursos; ¿y es una ligereza recobrar súbitamente los camellos de mi hermano Mábad?

Por mí, no olvido ¡oh Malik! los lazos de parentesco que nos unen; y lo juro, en las ocasiones difíciles, me hallarás listo á socorrerte.

Si me llamas á una empresa peligrosa, iré á ayudarte poderosamente. Si el enemigo viene á asaltarte, te defenderé con todos mis esfuerzos.

Si se ataca tu honor por propósitos injuriosos, haré beber al calumniador una agua tomada en la fuente de la muerte, y el castigo precederá á la amenaza.

No he cometido crimen alguno, y entretanto se me ultraja, se me acusa, se quejan amargamente de mí y se me rechaza como á un culpable.

Si mi primo fuera otro hombre diferente, me habría sacado del trabajo, ó al menos me habría ofrecido algún ligero alivio.

Mas su odio me oprime sin descanso, sea que alabe su generosidad, y que reclamo los resultados, bien que yo me someta á todo para apaciguarle.

¡Ah! la injusticia que se sufre de los próximos causa un dolor más cruel que la herida del hierro cortante.

Déjame, oh Malik, vivir según mis gustos, y deja de perseguirme; te guardaré un reconocimiento que me seguirá en los lugares más apartados donde lleve mi vivienda, y aun sobre la montaña Dharghad.

Si tal era la voluntad del Todopoderoso, gozaré de todas las ventajas de que están colmados Cays, hijo de Kalid, y Amr, hijo de Marthad.

Como ellos poseeré inmensas riquezas y recibiré los homenajes de hijos generosos, nobles hijos de un padre noble.

Soy diestro y activo; todo el mundo me reconoce estas cualidades. Tengo toda la vivacidad petulante que se ve en los movimientos llenos de fuego de la cabeza de la serpiente.

He jurado que mi ceñidor será siempre armado de un machete indiano de dos afilados cortes.

Gumia terrible, cuyo primer golpe asegura mi venganza, sin necesidad de redoblar, cuya hoja no es de aquellas que se emplean en los viles usos de un instrumento del leñador.

Está bien probada; jamás hiere en vano. Cuando se me dice ¡detente! puedo detener mi brazo, y decir: Mi resentimiento está satisfecho.

Cuando el enemigo se presenta, y mis compañeros vuelan á las armas, soy invencible desde que mi mano ha empuñado el pomo de mi gumia.

Los camellos, sentados el vientre sobre la tierra, reposan apaciblemente; me acerco á ellos, desnudo el sable, el temor les hace huir apenas los miro.

Una camella gruesa, de alta talla, con pendientes pechos, ha pasado delante mí. Era el bien más precioso de un anciano gruñón, cuyo cuerpo enflaquecido parecíase á un abigarrado bastón.

¡Desgraciado!—exclamó viéndome cortar la pierna de una camella;—¿no conoces la indigna acción que cometes?

En seguida, dirigiéndose á las gentes que le acompañaban: «¿Como—les dijo—reprimir el exceso de este hombre, entregado al vino, que se entretiene en atormentarnos?

Que se le deje—prosiguió,—que él gozará de su presa; pero si no recogéis los camellos que se han espantado, nos arrebatarán todavía algunos otros.»

En seguida las mujeres esclavas hicieron cocer en la ceniza el pequeñuelo que la camella llevaba en sus flancos y nos

sirvieron los trozos delicados de la molla cargada de carne.

Cuando haya perdido la vida, oh hija de Mâbad, anuncia mi muerte, pagando á mi memoria el tributo de los elogios que me es debido; destroza tus vestidos en signo de dolor.

Guárdate de confundir conmigo un hombre cuyos sentimientos no tengan la elevación de los míos, que no sepa como yo triunfar de los obstáculos y afrontar los peligros.

Un hombre insensible tiene odio á las grandes cosas, ardoroso sólo para las viles acciones, un poltrón acostumbrado á recibir golpes y ultrajes.

Si hubiese sido débil y sin corazón, debería yo sufrir igualmente de la enemistad del que tiene numerosos amigos, y del que no tiene otro apoyo que el suyo.

Mas renaciendo mi corazón, mi audacia, mi resolución y la nobleza de mi origen, son los fuertes que rechazan todos los ataques.

Nunca, no, jamás circunstancia alguna embargará mi espíritu, ni me ha hecho pasar el día en la inquietud, ni ha convertido la noche en una lentitud eterna.

¡Cuántas veces, al furor de la batalla, para defender mi vida y mi honor, he sabido cerrar mi alma al temor de los peligros, á la impresión de los gritos amenazadores de los enemigos!

Sobre un campo de batalla donde los más bravos temían hallar la muerte, y el guerrero incorporado á la multitud en la inmensa presea de los combatientes, sentía temblar los músculos de sus espaldas.

¡Cuántas veces también, sentado cerca del fuego con una compañía de jugadores, esperaba el lot que debía atribuirme una flecha, mientras presentado el palo á la llama, había tomado un tinte rojo, y en tanto me hacía de la posición, que había ganado á un hombre que nada había intentado arriesgar en el juego!

El tiempo te instruirá de lo que ignoras, nuevas te serán comunicadas por mensajeros sin que tú los suministres provisiones de camino.

Sin que tú adquieras para ellos su equipo de viaje y fijes una época á su retorno.

Si poseemos la vida á título de préstamo, procuremos hacer nuestra conveniencia con las ventajas que pueda ofrecernos.

No preguntes cuál es el carácter de un hombre, pero examina su compañía; como es su amigo, así debe ser él.

VII.

EL HIJO DE LA NEGRITA

I.

ANTARA, SUS PROGENITORES.—PERSONAJES QUE RECUERDA LA TRADICIÓN DEL MISMO NOMBRE.—COSTUMBRES Y CONSIDERACIÓN ACERCA DEL ESTADO CIVIL DE LAS PERSONAS ENTRE LOS ÁRABES.—SITUACIÓN DE ANTARA.—SU CARÁCTER.—PROFESIÓN.—SU EXPEDICIÓN CON LOS DE ABS.—CONQUISTA DE SU LIBERTAD.

Antara, vulgarmente *Antar*, poeta guerrero de la tribu de Abs, uno de los héroes de la guerra de Dâhis y autor de uno de los moallakas, era, según opinión general, hijo de Cheddâd, hijo de Amr, hijo de Corâd, etc: llamado Antar-el-Feldjâ, de *labio hundido*, por apodo. Era su madre esclava abysinia, nombrada Zebîbe, que de su primer marido había tenido antes de pertenecer á Cheddâd, hijos que eran negros como ella y hermanos uterinos de Antara.

Tres personajes célebres entre los árabes se contaron entonces de este color oscuro, designados entre los paganos con la calificación de *Ghorab*, y en plural Aghriba, es decir, cuervos, porque eran también hijos de negra y también negros ellos mismos. Era el primero por su rango y edad *Antara*; los otros dos Khofaf, hijo de Omayr, de la tribu de Soulaym y Solayk, hijo de Omayr, de la tribu de Sad, rama de Temim.

Era costumbre entre los árabes, antes del islamismo, que los hijos de un padre libre y de una madre esclava, permaneciesen también esclavos con su madre, y tampoco se libertaban por su padre si antes no se distinguían y se conquistaban cierto renombre. Esclavo, pues, en su juventud, había de reunir un carácter enérgico y una voluntad invencible á todo obstáculo: dedicado al pastoreo guardaba los camellos de su padre Cheddâd; no tardó en adquirir fuerzas y agilidad y tampoco le faltó ocasión bien próxima para desplegar toda su fuerza y bravura; admitido en la expedición que los Abs emprendieron contra otras tribus, pidió á Cheddâd que le obtuviese libertad y de reconocerle por su hijo; Cheddâd se irritó de semejante petición, rechazó duramente á Antara y lo envió á guardar los ganados.

Mas algún tiempo después, mientras que gran número de caballeros de Abs estaban en campaña, defendido su campo solamente por la familia de Corâd y algunos otros, fué invadido por un formidable grupo de enemigos; en el inminente peligro, Cheddâd obligado al recurso de su hijo, «¡á la carga, Antara!» le dijo; el esclavo respondió: «Antara no ha nacido para el combate; no es bueno más que para traer las camellas y cuidar de las crías.» ¡Á la carga, repitió Cheddâd: tú no eres esclavo, tú eres libre, tú eres mi hijo! No bien hubo escuchado estas palabras Antara, precipitóse sobre los asaltadores: hizo en la lid prodigios de valor, y por su ejemplo, animando á los otros guerreros de Abs, derrotaron al enemigo y le arrancaron el botín que habían robado.

Hombre libre ya, ilustróse Antara por su esfuerzo y su talento poético, sin poder ocultar todavía el vicio de su nacimiento, que la envidia solía reprocharle frecuentemente. Cierto día los Abs, guiados por el Príncipe Cays, hijo de Zohayr, habiendo atacado á los Benou Temím, fueron rechazados y perseguidos por sus adversarios. Antara cubrió la retirada de sus compañeros, que sin él habrían sido hechos trizas, á cuyo arriesgo y valor exclamó Cays:—«Debemos nuestra salvación al hijo de la negrita.»—Esta expresión denigrativa llegó á Antara, y la indignación que él concibió le inspiró una cácida, en la cual, haciendo su propio elogio,

lanza de una manera indirecta algunos sarcasmos contra Cays, diciendo:

«La mitad de mi persona es de la más pura sangre de la tribu de Abs; en la otra mitad tengo mi gumia para hacerla respetar.

Cuando nuestros guerreros en peligro, languidecen y se miran estupefactos, entonces sucede que yo valgo más que aquellos cuyos abuelos paternales y maternales son de noble linaje.»

II.

ROMANCE DE ANTARA.—SU RELACIÓN CON LOS USOS, COSTUMBRES, MODOS DE SER DE LOS ÁRABES, Y CON LA HISTORIA ARÁBIGA.—SU PARTICIPACIÓN EN LAS GUERRAS.—SUS GLORIOSOS HECHOS, SUS AMORES Y VENGANZAS.—SU MUERTE Y ELOGIO QUE DE ÉL HIZO EL PROFETA.

Las aventuras de Antara han dado materia á un romance moderno muy voluminoso y muy interesante del que él, es su principal héroe, tan popular hoy en Syria y en Egipto, que se ven hombres calificados de *Antarí* (plural *Anátira*) cuya profesión es de leer ó recitar algunos de sus fragmentos en los sitios públicos. Esta obra ofrece una pintura fiel de los árabes en el desierto donde las costumbres parecen no haber recibido del lapso del tiempo ninguna alteración. Su hospivenganzas, sus amores, su liberalidad, su afición al pillaje, talidad, sus su ardor bélico, su gusto natural por la poesía, todo está descrito allí con verdad. El autor Sayyid Youcef, hijo de Ismail, ha introducido en su cuadro los principales hechos y los personajes más notables de la historia árabe durante el siglo en que nació Mahoma: ha tomado la mayor parte de los materiales que puso en obra, de escritores versados en las tradiciones de la antigüedad, como Asmaï y Abam Obayda, y exornado el fondo con una multitud de detalles y episodios sacados de su propia imaginación, resultando de aquí una especie de romance histórico.

A falta de fuentes más auténticas y enseñanzas sobre la vida de Antara, se pueden aprender en este romance las nociones siguientes, que parecen dignas de confianza, porque están confirmadas por diversos pasajes de poesías del héroe Abs, notablemente sabidas de su Moallaka.

Joven, libre, apasionado de su prima Abla, hija de Malik, hermano de Cheddâd, por importantes servicios hechos á Malik y á su hijo Amr, había obtenido de ellos la promesa de darle en matrimonio á Abla; pero Malik y Amr detestaban á Antara; y para sustraerse á una alianza con el hijo de una esclava, que á su vez consideraban como un deshonor, impusiéronle como condición para cumplir su promesa, un compromiso que puso y arrastró á Antara en una empresa peligrosa, en la cual esperaban hallaría la muerte. Antara triunfó de todos los peligros y llenó la condición que se le había impuesto. No teniendo ya Malik pretexto alguno para eludir su palabra, huyó con toda su familia y fuése á establecer lejos de la tribu de Abs: no tardó en experimentar desgracias, recibió nuevos servicios de Antara y vencido por los favores del famoso guerrero, concluyó por concederle la mano de su hija Abla.

Antara se había distinguido en la guerra de Dahis; habla en sus versos de la jornada de Dhou-l-Moray-Kib, donde mató á Dhamdham, y del combate de Jorouk; llena su vida de grandes recuerdos y de un alto rango en la *guerra de cuarenta años*, entre las tribus de Abs y de Zobiyem, murió anciano ya, probablemente muchos años después de terminada la guerra de Dahis, al nacimiento del islamismo, refiriéndose de diverso modo su muerte. La opinión más generalmente admitida es que fué asesinado por un golpe de flecha, dirigido á él, por un árabe de la tribu de Nebhân, rama de Tay, llamado Wizr, hijo de Djabir, como por el de El-Acad-orrahis, el león de la pata herida.

Varios escritores, y, entre otros, Ibn-el-Kelbi, Mofaddhal, Ibn-el-Arabi y algunos más, narradores de aquellas tradiciones, son de una opinión, al manifestar que yendo Antara á hacer una incursión en el territorio de los Benou Nebhán, les arrebató algunos camellos, y dióles ocasión, cazando, á su

captura; Wizr, apostado por el mismo sitio que había de pasar, le arrojó una flecha, exclamando. «A ti se dirige la mano del hijo de Selma.» El arma hirió en los riñones á Antara, que, á pesar del golpe, tuvo fuerza todavía para llegar á su tribu, y, aunque herido de muerte, dirigió estos versos á los de Abs.

«El hijo de Selma, sabedlo, es á quien habéis de pedir cuenta de mi sangre. Mas, cómo llegaréis al hijo de Selma? Cómo podríais vengarme?

En medio de los montes de Tay, de estos montes tan elevados, que tocan á las Pléyades está seguro contra todo ataque.»

La sangre de Antara permaneció, como dijo, sin venganza, y Wizr vivió hasta la época en la que los descendientes de Tay se hicieron musulmanes. Nombrado uno de los diputados misionario, en 629 de J. C., por los Benou Tay á Mahoma, para ofrecerle su homenaje, no guardó otro recuerdo mayor en su vida, que haber muerto traidaromente al que mereció que la posteridad le llamara Aboul Jonaris, *padre de los héroes*, á causa de sus hazañas. Se pretende que la grande fama de Antara inspiró al fundador del islamismo el sentimiento de no haberlo conocido, y se citan á este propósito las siguientes palabras de Mahoma:

«El guerrero beduino, cuya reputación hame hecho desear mas que por ningún otro, conocedle, es Antara.»

III.

MOALLAKA DE ANTARA.

Han dejado nuestros poetas algún asunto por cantar. ¿Mas no he recorrido yo los lugares que habitó mi hurí? ¿Mis dudas no se han disipado?

¡Salud, mansión de Abla en el Valle de Djiwa! Residencia querida, háblame del sér que amo.

He detenido mi camella, parecida á una torre por la elevación de su estatura, para consolar á mi corazón, entregándome libremente al capricho de mis llantos.

Sí, aquí es donde Abla residía cuando ocupábamos Hanz, Samman y Motethallan.

¡Salud, restos de una habitación hace mucho tiempo abandonados, y que la marcha de Oumm-el-Haytham (Abla) ha cambiado en una afrentosa soledad!

Oh hija de Makhrim (Malik), mientras tanto resides en una tierra enemiga, ¡cuán difícil me es llegar hasta tí!

¡La casualidad de un instante dió nacimiento al amor que yo revivo siempre por ella; yo que hago la guerra á su familia; alimento una engañosa esperanza!

¡No, Abla, por los días de tu padre! La esperanza no ha nacido para mí.

El lugar que tú ocuparás siempre en mi corazón, guárdate de dudarlo, será el de un objeto respetado y adorable.

¿Cómo podría yo gozar de tu presencia, cuando tu familia se ha establecido entre los Oneyza y la mía en Ghaylam?

Abla había resuelto alejarse; se prepararon las monturas á la sombra de la noche.

Cuál fué mi sorpresa, mi dolor, cuando á la mañana noté en medio de las habitaciones, brotando los granos del khimkhim, las camellas destinadas á llevar el bagaje.

Entre las cuales contaba cuarenta y dos madres, que daban una leche abundante, y se distinguían por un color parecido á las más negras plumas del ala del cuervo.

¡Cuál fué mi dolor, en mí, á quien Abla tiene prisionero por la brillantez de su blancura, de sus dientes ligeramente almenados, por la belleza de sus labios, sobre los que el beso es tan dulce y tan suave!

Antes que la boca haya florecido estos labios ardorosos, se respira un hálito embalsamado, cuyo perfume es como el que exhala el musgo en el vaso donde está conservado.

Tal es todavía el olor de las flores, que los rosales del cielo han hecho crecer en un prado donde jamás los rebaños se aproximan, y que tampoco es parcelado por el paso de los animales.

Una pradera, á menudo rociada por nubes cargadas de

una onda pura, que hacen pequeñas cavidades en las cuales el agua reposa y son como otras tantas urnas de plata.

Donde cada tarde, regularmente, es la tierra humedecida por una lluvia bienhechora.

Donde la mosca, viviendo en paz, hace oír un murmullo de placer como el gozoso bebedor que gargantea.

Y frota al mismo tiempo sus patas entre sí, imitando el movimiento de un hombre, cuyas manos están mutiladas, y se esfuerza por retorcer entre las puntas, una rama seca en la muesca de otro pedazo de madera para inflamar el fuego.

La tarde y la mañana, Abla, están muellemente extendidas sobre cojines de suave pluma; y yo paso la noche sobre mi caballo negro, siempre embridado.

Mi lecho es la silla de mi corcel, que tiene las piernas sólidas, los flancos llenos, la parte del cuerpo que rodea las cinchas larga y profunda.

¿Quién me conducirá á la mansión de Abla? Será esta robusta camella de Chardam, condenada á no dar leche, herida de esterilidad?

Ha marchado toda la noche, y entretanto agita alegremente la cola; su andadura es fiera; ella hace temblar el suelo que bate con un solo pie igualmente firme y ágil.

Prosigue su ruta durante toda la jornada, y por la tarde hiere la tierra con el mismo vigor. Tal es la carrera del buitre macho, que no tiene orejas, y cuyas piernas están poco divididas.

Al rededor de él, se presentan sus pequeñuelos, así como jóvenes camellos del Yaman al derredor de un pastor etiope, cuya lengua no articula sino sonidos confusos.

Siguen los pequeñuelos como á una enseña, la cabeza de su padre, caminan bajo sus extendidas alas, parecidas á las de los angarilleros fúnebres, sobre los cuales fluctúan los paños mortuorios.

Al fin de un cuello delgado se eleva la pequeña cabeza del guía. Cada tarde va á visitar los huevos de su hembra, depositados en Dhonusl-Ochayra. Él es como el esclavo negro de orejas cortadas y está vestido con una pluma larga.

Mi camella se ha asustado en el estanque de Dohroudhani, y á la mañana estaba ya lejos de las aguas de su país enemigo.

Cuando se la toca con el látigo, hace sus movimientos á la izquierda, como si quisiera evitar un terrible castigo que no tarde hace resonar el aire con sus grifos.

Él parece que cada vez que se halla con fiereza contra el terrible animal que está á su lado, éste se defiende arrancándole la piel con sus dientes y sus grifos.

Cuando se acuesta para reposar cerca de Rida, se oye estallar sus miembros fatigados: creeríase que ella se extiende sobre ramas secas, que se parten con ruido bajo su peso.

Tal como el zumo de dátiles ó el de la brea, esparcido, chisporroteando sobre el fuego, se reparte por las paredes del vaso,

Así se deslíe el sudor de la cabeza de mi camella á los ojos feroces, que es también robusta, tan gallarda como el caballo vigoroso.

¡Oh Abla! Bajas tu velo para ocultar tu cara á mi vista. ¿Por qué desdeñarme? ¿No soy yo aquél que sabe triunfar de los guerreros cubiertos de armaduras?

Tú puedes alabar en mí las cualidades que no ignoras. Mi carácter es dulce y fácil, con cualquiera es justo é igual á mí.

Mas si se me quiere oprimir, entonces soy un duro opresor; yo embebo mi odio de humillaciones más amargas que los jugos de la coloquíntida.

A menudo, luego que el frescor de la tarde viene á calmar los ardores del día, bebo un vino delicioso, comprado á precio de un brillante metal, marcado con una enseña.

Llevo á mis labios una copa de cristal de un amarillo resplandeciente, artísticamente tallada, mientras que mi mano izquierda tiene un vaso de plata, cuyo cuello, está rodeado de una tela muy fina para no verter en la copa sino un límpido licor.

Cuando estoy animado por los perfumes del vino, me arruino en prodigalidades; pero mi gloria permanece completa, no me dejo arrastrar á ninguna acción que pueda destruirla.

Luego que la razón vuelve en mí á su legítimo imperio,

mi liberalidad no se disminuye. Mis sentimientos, tú los conoces, Abla, son nobles y generosos.

¡Cuántas veces he obligado á morder el polvo al esposo de una joven doncella, después de haberle abierto en la espalda una herida, parecida á una boca en la que el labio superior está hundido!

Mi mano, hiriéndole pronto y de un gole mortal, ha hecho rielar su sangre en flujos de púrpura.

Hija de Malik, interroga á los guerreros si mis hazañas te son desconocidas.

Estoy siempre sobre la silla de mi poderoso caballo, rápido en la carrera, llevando las cicatrices de mil heridas y combates.

Tanto le impulso fuera de línea para combatir con un enemigo esclarecido; bien revierto sobre la numerosa tropa de mis compañeros, los temibles arqueros.

Ellos te dirán, los que me han visto en la guerra, con cuánto ardor afronté el peligro, con cuánta generosidad me he mostrado cuando se trató de repartir el botín.

Frecuentemente atacaba á algún caballero armado de todas piezas, contra el cual, los más valerosos no trataban de medir sus armas, que no fuera hombre fugitivo ó se rindiese.

Pronto le daba un golpe terrible con una lanza recta, hecha de una rama nudosa y dura.

El hierro indomable ha traspasado su armadura y su cuerpo; el hierro no respeta al bravo.

Le dejé tendido sobre la tierra para servir de pasto á las bestias feroces, que lo han devorado, y han destrozado sus bellas manos y sus hermosos brazos.

Mi gumia se ha mellado al pasar por la cota de malla, larga y cerrada de un guerrero que sabía defender á su familia y sus amigos, que se adornaba para la guerra con señales distintas, y era valiente.

Cuya mano era pronto á las flechas del peligro, durante la fría estación; que vaciaba los toneles de los comerciantes, y hacía caer sus enseñas; que no se atraía injurias, sino por el exceso de su liberalidad.

Cuando me vió descender de mi corcel, y avanzar hacia él

para acabar de matarlo, un movimiento de labios, que no eran una sonrisa, puso sus dientes en descubierto.

Entonces le herí con mi lanza, y le descargué un golpe final con mi tajante espada, cuyo temple es excelente.

A medio día, yacen en la tierra su cabeza y sus manos, sobre los cuales habíase cargado la sangre; parecían ennegrecidas con la tintura extraída del izhlam.

Éste era un guerrero de alta estatura; sus vestidos parecían envolver un gran árbol más bien que á un hombre; no usaba por sandalias sino el cuero mejor preparado; y no había tenido hermano mellizo.

¡Oh belleza dócil como la oveja, feliz el que pueda poseerte! ¡Esta ventura me está prohibida! Plegue al cielo que allí pueda pretenderla.

He enviado cerca de Abla á una esclava, á la cual he dicho: vé, espía las nuevas, infórmate de lo que hace mi dueño.

Á su vuelta la esclava me dijo: «los enemigos no están en sus guardias; el cazador puede aprovecharse de la oveja.»

Luego que mi amada vuelve la cabeza, su cuello tiene la gracia y la flexibilidad de la joven gacela blanca.

Sé que Amr es ingrato conmigo; la ingratitud repugna de la benevolencia.

He cumplido las órdenes de mi abuelo. En estos momentos de encarnizada lucha en que rechinan los dientes, yo he combatido.

En lo más fuerte de la batalla y de los peligros que afrontan los más bravos sin proferir lamentos, exclamando gritos belicosos.

Luego que mis compañeros me dejan solo avanzar, y se han hecho de mí un fuerte contra las lanzas, yo no he desfallecido; permanecí inquebrantable; pero tenía ante mí demasiados adversarios para poder ganar terreno.

Cuando por fin ví nuestras gentes excitándose unos á otros avanzar en masa para sostenerme, entonces me precipité sobre el enemigo con ardor.

De todas partes se gritaba: «Antara,» y las lanzas, parecidas á largas cuerdas de pozo, se embutían en el cuerpo de mi corcel negro.

Él derribaba con su empuje todo lo que se le presentaba, y bien pronto vióse cubierto con una mantilla de sangre.

Herido de mil golpes, volvió á mí un ojo humedecido de lágrimas, y exhaló un débil relincho.

Si hubiera podido espresar sus sufrimientos por palabras, se habría quejado dolorosamente.

Mientras tanto los jumentos, los caballos de formas alargadas y pelo fino, se agitan con furor en la batalla y clavan sus pies en la movediza arena.

Olvido todas mis penas, recobro nueva fuerza, cuando oigo estas palabras en boca de los guerreros: «¡Valor! Antara avanza siempre!»

En algún lugar que he deseado transportarme, mis dóciles camellos me conducen allí. Para cumplir los designios que he formado, no necesito otra ayuda que de mi espíritu fecundo en recursos.

Mi único temor es cesar de vivir antes que los cambios de la guerra me hayan dado ocasión de castigar á los hijos de Dhamadham.

Que atacan mi honor, mientras que yo no los ultrajo; que lejos de mi presencia juran verter mi sangre.

Su odio, por lo demás, no debe extrañarme, puesto que he arrancado la vida á su padre, y le he hecho presa de las bestias y de los buitres.

VIII.

GRANDE ENTRE LOS MORTALES.

I.

ZOHAYR.—SUS ASCENDIENTES.—SU NOMBRE SÓLO RECUERDA Á SU TRIBU.—ESCASOS DETALLES DE SU VIDA.—SU PROFESIÓN. SU CARÁCTER.—SU RELACIÓN CON BECHAMA, SU TÍO.

Zohayr, hijo de Abou-Solma. Se consideran generalmente á los tres poetas Imroulcays, Nabigha, Dhobyani y Zohayr como los tres poetas árabes más notables del tiempo del paganismo. Zohayr era *Mozani*, esto es, de la tribu de Mozayna, colateral de la tribu Benou Temim. Los Mozayna hijos de Amr, hijo de Odd, de Tabikha, de Elyas y de Modhar, son llamados así por su abuela Mozayna, hija de Kelb, Walza, mujer de Odd y madre de Amr. Esta tribu, domiciliada en el Hidjaz, no formó parte de aquellas otras tribus de que se ha hecho mérito, y como tampoco se haya distinguido en los fastos árabes, sólo quédale alguna nombradía por Zohayr, quien tenía algunos lazos de sangre por los Mourra de Dhobyan, como porque vivió en el Nadjd entre la raza de Ghatafan, y porque sus relaciones con muchos personajes ilustres de la rama de Mourra, cuyas virtudes ha celebrado en los moallakas, son casi los únicos detalles que se conocen de su vida.

Abou-Solma, padre de Zohayr, era hijo de Rabia, descendiente de Mozayna por Harith, Mazín, Thálaba, etc., y de una mujer nacida entre los hijos de Mourra, hijo de Anf, Sad, de Dhobyan. Teniendo algún motivo de discordia con las gentes de su tribu, los Mozayna, Abou-Solma se retiró y vino con su familia á establecerse en casa de sus abuelos maternales los Mourra: fijándose entre los Benou-Abdallah-ibn-Ghatafan, vecinos y parientes de Mourra, en el sitio llamado El-Hadjz, donde su posteridad ha continuado residiendo mucho tiempo después del islamismo.

Aficionado Zohayr á la poesía, entregóse con toda animosidad al cultivo de tan bella arte, y su abuelo Bechama, hijo de Ghadir. Mourra, hermano de la madre de su padre, Abou-Solma, estimábale sobremanera, lo retenía siempre en su compañía y le agradaba sobre todo oír sus versos. Bechama era también poeta, rico y muy considerado entre los Benou Ghatafan, que nada emprendían sin consultarle, y sin hijos. Sintiéndose próximo á la muerte, hizo distribución de cuanto le pertenecía entre las gentes de su casa y los hijos de sus hermanos. Zohayr le dijo: «¿no me daréis alguna cosa? Yo te dejo, le respondió Bechama, la más bella porción de mi herencia; mi talento para la poesía; pero Zohayr replicó: el talento poético es un bien que yo poseo ya en propiedad. ¿Crees tú, díjole Bechama, que lo tienes de los Mozaynas?

No; esto no puede ser. Toda Arabia sabe que el genio poético es una herencia de mi familia, y particularmente mío, y así de mí pasa á tí;» esto no obstante, Bechama dejó un legado á su nieto Zohayr.

II.

OCASIÓN DE SU MOALLAKA Y HONORES TRIBUTADOS EN ÉL.—SU ESTRO POÉTICO.—SU PROSPERIDAD.—SALUDO DE MAHOMA. SU MUERTE.

Como de los poetas que venimos examinando, conocemos de Zohayr una creación magistral, que es su célebre moallaka, compuesto con ocasión de la paz que terminó la guerra de Dahis y de los Abs, y en honor de los mediadores que trabajaron para concluir esa negociación bienhechora entre la citadas tribus; los personajes á quienes dirige especialmente su elogio, según opinión de varios arabistas, el autor del Aghani (1) y de Zauceni, son Harith, hijo de Anf, y Harim, hijo de Sinan.

Hizo Zohayr, además de su conocido moallaka, otras muchas poesías, gran número de cacidas en alabanza de Harim, de su padre Sinan de sus hermanos y de toda su familia, que atrajéronle el aprecio de todos los que así honraba, y multitud de obsequios y consideraciones dedicáronle, dignos de una leyenda embellecida por el aura popular. Los beneficios que bajo este punto de vista recibió Zohayr de Harim, y los versos que el agradecimiento del poeta hicieron conocer la generosidad del potentado árabe, hicieron proverbial en aquellas regiones la liberalidad de Harim.

Recuérdase que Harim, llevado así del mayor deseo para Zohayr, dióle palabra de acceder á todas sus pretensiones, que había jurado no negarle ninguna, cualquiera que pudiese ser la naturaleza de su demanda, y hacerle todos los regalos

(1) Aghani II,—350.

y finezas, siempre que de él se ocupara en sus versos, y más aún de darle un esclavo ó esclava ó un caballo cada vez que Zohayr le saludara; sólo así compréndese que Zohayr estuviera confuso ante las liberalidades que recibía de Harim; para sustraerse á este exceso de generosidad, acostumbraba decir, cuando se presentaba en algún círculo en que también se hallaba Harim: «Os ofrezco á todos salud, excepto á Hari, y al que exceptúo, es el mejor de todos vosotros.»

Como en lid de gratulaciones, un hijo de Harim, recitando una cacida de Zohayr, en honor de su familia, delante de Omar, entonces califa, exclamó éste: «Ha dicho de vosotros muchas y bien bonitas cosas; pero también—repuso el hijo de Harim—le hacemos grandes y bellos presentes; lo que vosotros le dais—añadió Omar—ha sido destruído por el tiempo; lo que él os ha dado, es imperecedero.»

Hombre de tanta suerte no podía permanecer ineficaz en el seno de la sociedad más culta de los árabes; apreciado y en gran consideración tuvo también la suerte de poseer varias mujeres, de las que Oumm-Aufa fué la primera, repetidas veces nombrada y aludida en su Moallaka, en los más interesantes pasajes de su concepción literaria. Dióle muchos hijos, pero todos morían muy pequeños; otra esposa tomó, llamada Kebehé, hija de Ammar, descendiente de Addi, hijo de Souhaym, de la tribu de Hanifa; que fué madre de sus hijos Cáb y Bodjair; mas arrastrada Oumm-Aufa por los celos, dióle querellas extremosas, que le impulsaron al repudio, sintiendo los más duros sufrimientos por haberse separado de ella.

Lleno de prosperidad, al concluir la guerra de Dahis, cuando también había terminado Zohayr su Moallaka, llegaba á los ochenta años, como indica el verso cuarenta y siete de su célebre poesía; y lleno de la estimación de su pueblo, se cree que, en el año 627 de J. C., á la edad casi de cien años, encontró á Mahoma, que al verle exclamó: «Dios mío, preservadme del demonio que inspira á este hombre.» Zohayr, que gozaba de la confianza general, sorprendido de tan extraña salutación, murió poco después, sin haber pronunciado un solo verso desde la referida oración del sacerdote musulmán.

ESCUELA DE TRADUCTORES

Sus dos hijos, Cab y Bodjair, y su nieto Moudharrib hijo de Cab, fueron también poetas distinguidos; los dos primeros se convirtieron al islamismo el año 630.

III.

MOALLAKA DE ZOHAYR.

¿Son estas las huellas de la mansión de Oumm-Aufa, los mudos restos de un campamento sobre el suelo piedroso de Darraj y de Motethallem?

¿Oumm-Aufa ha habitado entre los dos Racma, esta morada, cuyos vestigios parecen como los estigmas nuevamente renacidos sobre las yemas de las ramas?

Allí vienen á su vez errantes piaras de gacelas blancas, y vacas salvajes, de grandes ojos; los pequeñuelos, saliendo de sus guaridas, se lanzan á fuera brincando hacia las madres.

Me hallo en este lugar, que no he visto hace veinte años; apenas puedo reconocerle. Al fin, mis dudas se disipan; estas piedras, ennegrecidas por el fuego, servían de sostén á los candelabros; esta *regata* circular, no degradada todavía, que parece á la forma de una fuente, rodeaba la tienda de Oumm-Aufa.

Sí, yo reconozco esta plaza, y exclamo: «¡Morada de mi preferida, pueda esta aurora anunciarte un buen día! ¡Pueda el cielo conservarte!»

Mira, amiga mía, ¿no ves las mujeres en sus literas pasar sobre esta colina que domina el estanque de Djorthom?

Están al abrigo de ricas tiendas, bajo los tapices guarnecidos de bordados rojos, color de sangre.

Vedlas, que han dejado tras de sí el valle de Souhan, y que franquean las alturas que las terminan. Tienen el aire de fiereza que da la opulencia.

Se han puesto en camino desde la aurora, y se dirigen hacia el valle de Rass, que van á tocar con tanta certidumbre con que toca la mano la boca.

Ellas permiten al hombre amable juguetear con ellas; el

ojo curioso que las examina descubre en ellas mil encantos seductores.

En todas partes donde ellas han hecho alto, pequeños flecos de lana roja, destacados de sus literas, cubren el suelo, y parecen las baias de *Jama*, todavía en su mejor estado.

Cuando hallan una fuente de agua límpida, se espacían á placer sobre sus bordes, con la misma regularidad que el viajero de vuelta á su domicilio.

Ellas han dejado á su derecha la cadena del Kennau. Si tenemos amigos en estas montañas, ¿cuántos enemigos no tendremos también?

Luego que han traspasado el valle sinuoso de Souhan, ascienden en uno de sus escarceos, llevadas sobre sillas ligeras nuevas y artísticamente trabajadas.

Juro por el templo sagrado, restaurado y asistido sucesivamente por los hijos de Djothom y por los de Coraych.

Sí (Harim y Harith), vosotros habéis desarrollado el carácter de nobles y generosos jefes, en las pequeñas como en las grandes cosas.

Dignos descendientes de Ghayzh, hijo de Mourra, habéis hecho útiles esfuerzos para reunir dos tribus del mismo origen, divididas por la efusión de la sangre.

Habéis reconciliado Abs y Dhobyan, cuyo furor era preciso destruir, y sus guerreros parecían haberse perfumado las manos con los aromas del Menchem, haciendo juramento de combatir hasta la muerte.

Vosotros habéis dicho: «Si podemos obtener una paz duradera, prodigándonos riquezas y diciéndonos palabras de amistad, nos apresuraremos á tomarla á este precio.»

Vosotros habéis resistido en concluir esta paz; vosotros, que erais extraños á las hostilidades, á los furores de las dos tribus,

Habéis sido ilustres entre los más ilustres vástagos de Moadd. ¡Pueda el cielo dirigir todas vuestras acciones! Aquél que como vosotros adquiere un tesoro de gloria, viene á ser grande entre los mortales.

Para sanar las crueles heridas del hierro, se han otorgado

centenares de camellos, á términos fijos por los hombres, cuyas manos eran inocentes y puras.

Los que pagaban así el precio de su sangre no habían derramado una gota.

Habéis entregado á las familias las víctimas de la guerra, los bienes que teníais de vuestros padres, numerosas piaras de camellos jóvenes, marcados con las señales de la nobleza.

Amiga, trasmite estos consejos á los Dhobyan y á sus aliados; diles: «¿No estáis obligados, por los juramentos más fuertes, á observar la paz?

No intentéis sustraer á los ojos de Dios nuestros secretos sentimientos: Dios conoce todo lo que está oculto.

Si alguna vez difiere su venganza, la inscribe en el libro de sus decretos y la reserva para el día en que pena á veces el crimen por un súbito castigo.

Vosotros conocéis los males de la discordia; vosotros habéis sostenido la dura experiencia, y no habéis formado vuestra idea sobre relaciones dudosas.

Si reanimáis la guerra, echaréis sobre vosotros la ignominia; la guerra, como un animal feroz, se encarnizará sobre vosotros, si la excitáis; como el fuego, ella os abrasará.

Como la muela que deshace el grano, ella os destrozará; como la camella que concibe cada año y produce cada vez dos gemelos, ella os será fecunda en desgracias.

Los hijos que nazcan mientras dure, recibirán el día bajo auspicios tan funestos, como el hombre bermejo de Thamond (1); por ellos serán alentados y destetados.

La guerra será para vosotros un campo en el que recogeréis más desventuras que medidas de granos recogen los cultivadores del Irak en sus fértiles llanuras.»

¡Por vida mía! Es grande y noble esta tribu comprometida por el atentado de Hoçaysa, hijo de Dhamdham, quien no

(1) Es decir, Codar-el-Amar: según Perceval en el tit. 1.º de su obra citada. El texto dice *El hombre rojo de Ad*. Error que ha parecido á algún comentarista árabe ha cometido el poeta; mas otros justifican á Zohayr, diciendo que los pueblos de Ad y de Thamond, eran llamados colectivamente los *dos Ad*, y que así comprende el nombre de Ad á los Thamonditas.

se penetra de los sentimientos pacíficos de sus hermanos.

Había envuelto en los pliegues de su corazón sus culpables designios; no dejó nada aparecer, tampoco precipitó la ejecución.

Él se decía á sí mismo: «Yo satisfaré mi resentimiento; en seguida haré cara al enemigo á la cabeza de mil jinetes.»

En fin, sin alarmar á nadie, él se ha arrojado sobre una víctima, en el tiempo en que la guerra reposaba como adormecida.

Él ha provocado á un león de terribles armas, de miembros vigorosos, tiene espesa la crín, largas y temibles uñas.

Un león intrépido, pronto á rechazar el insulto, y que frecuentemente ataca antes que se le ofenda.

Los guerreros habían interrumpido los combates, pero cuando la paz ha sido violada, se han lanzado de nuevo hacia los abismos de la discordia, que vomitan las armas y la sangre.

¡Así, después de tantas muertes, la tranquilidad que comenzaban á gustar las dos tribus, no era más que un fruto pérfido y envenenado!

No, vuestras lanzas (Harith y Harim) no se habían templado en la sangre del hijo de Nahik, ni del guerrero asesinado por Mothallam.

Ellos no eran cómplices de la muerte de Naufal de Wahb y del hijo de Mohazzam.

Y por tanto, vosotros habéis enviado al través de las montañas para satisfacer el precio de los muertos, camellos exentos de toda mancha.

Á esta tribu (de Abs), que sabe defender sus aliados, cuando la desgracia fondea sobre ellos en la sombra de las noches.

Tribu valiente que destruye los proyectos de sus enemigos y que luego que está comprometida por alguno de sus miembros no entrega el culpable á la venganza de los ofendidos.

Por mí, estoy fatigado del peso de la vida. Sí, ciertamente, se debe estar muy allá de la existencia cuando se cuentan ochenta años.

Yo sé lo que era ayer, conozco lo que existe hoy; pero ignoro lo que me espera mañana.

La muerte es una ciega que hiere al azar; al que han tocacado sus golpes sucumbe, el que ella olvida llega á la ancianidad.

En mil circunstancias, el hombre que no trata de conciliarse la benevolencia de los demás, es destrozado por sus dientes ó rueda bajo sus pies.

Repartir beneficios para sostener su consideración, es el medio de vivir honrado. Se llega á la pugna con los discursos injuriosos cuando no se les prepara con la nobleza de conducta.

El rico, cuya mano avara no hace partícipe á los suyos de sus riquezas, es abandonado por ellos y entregado al desprecio.

Satisfacer sus obligaciones, es ponerse al abrigo del reproche. El que lleva en su corazón la calma de la virtud no se altera ni balbucea nunca.

El cobarde que teme la muerte, no puede evitarla aun cuando se subiera por una escala hasta los cielos.

Hacer bien á gentes indignas, es atraer la censura en vez de merecer elogios, es exponerse al arrepentimiento.

El presuntuoso que se opone á la paz cuando se le presenta el regatón de la lanza, se ve obligado bien pronto á humillarse ante las puntas del hierro (1).

Cualquiera que no defienda con las armas en la mano la cerca de la cisterna que le pertenece, concluye por verla destruída. A menos de ser alguna vez opresor, se es frecuentemente oprimido.

El imprudente que se va á vivir lejos de los suyos, cree hallar un amigo en un extranjero, quien puede ser para él un enemigo peligroso. El que no se respeta, tampoco es respetado por los demás.

El hombre débil que sin cesar se doblega á los ultrajes y

(1) Alusión á una costumbre de los árabes de entonces. Luego que dos ejércitos ó huestes de caballeros se encontraban al azar, se acercaban presentándose el talón de sus lanzas en señal de intenciones pacíficas; si alguno se apartaba y no resultaba de la conferencia acuerdo, entonces se separaban y con las puntas de las lanzas á la vista arremetíanse en feroz combate.

no trata de justificarse de las humillaciones, se arrepentirá un día cruelmente de ser envilecido.

En vano se esperará ocultar su carácter; cualquiera que sea, se descubre siempre.

¿Cuántas veces viendo una persona que guarda silencio, no se siente prevenido en su favor? Luego que habla, su mérito decae, ó su nulidad se descubre.

La lengua y el corazón son las dos mitades del hombre; el resto no es más que una vana forma de sangre y de carne.

Si la vejez es loca, no puede ser sabia; en la juventud solamente la razón puede reemplazar la demencia.

Yo os hago mi primera petición, vosotros me la concedéis; os hago una segunda demanda, también me la concedéis; mas el que se hace inoportuno concluye por recibir un desaire.

IX.

EL MISERICORDIOSO.

I.

LABID, SU TRIBU Y FAMILIA.—SU ADOLESCENCIA.—SU VIAJE Á HIRA Y SU DISCURSO PRONUNCIADO AL REY EN DEFENSA DE LOS DE SU TRIBU.—SU MENSAJE Á MAHOMA EN MEDINA.—GUERRAS POÉTICAS ENTRE LAS TRIBUS DE KHÁCAFA Y GHATAFAN.

Pertenecía Labid, hijo de Rabia, á la tribu de Amir-ibn-Sássasáa; su padre, Rabia, era hijo de Malik, hijo de Djafar, su madre, Tamira, hija de Zemba, orfelina de la tribu de Abs, había sido amparada por Rabí, hijo de Zyâd. Educado en las letras y bien joven todavía, marchó á la corte de Nomán, Rey de Hira (590, 2 de febrero), donde Rabí, hijo de Zyâd, gozaba del favor de este Príncipe y era su comensal

diario, con un griego ó siriano llamado Serdjoum, hijo de Taufil y de su médico Nitaci. En esos esparcimientos, Auf, hijo de El-Awas, Abou Bérá-Amir, y algunos otros personajes de la familia de Djafar, llegaron á morar también á Hira, quienes dejando la guarda de sus camellos y bagajes á Labid, que les había acompañado en el viaje, presentáronse varias veces á Nomán, á exponerle sus asuntos y negocios, siendo perfectamente recibidos de parte del Rey. Rabí, que todo lo conocía, vió con disgusto la agradable recepción que se había hecho á aquellos señores, gente por otra parte malquistada con su tribu, y por medio de insidias consiguió enemistar al Rey y apartarlos de su gracia.

Habiéndolos rechazado un día Nomán con ásperos tratamientos, salieron llenos de disgusto contra Rabí, cuyas insidiosas sugestiones no habían dejado de comprender. Labid se apercibió de su mal humor y preguntóles la causa; al pronto no tenían deseo de manifestársela, en razón de su parentesco con los de Abs; pero al fin, cediendo á sus instancias, le refirieron cuanto les sucedió en la presencia del Rey, acusando á Rabí de cuanto mal les ocurría y de que les hubiese enajenado la voluntad del Rey. «Llevadme mañana con vosotros ante Nomán, les dijo Labid, y os prometo de confundir á Rabí de tal suerte, que Nomán le despedirá al instante.» Antes de acceder á semejante petición, quisieron conocer hasta dónde podían confiarse de él, y en qué podía serles útil y era capaz, y le propusieron por asunto que expresara una sátira; apenas manifestado este deseo, lo verificó al momento con tal acierto, que quedaron grandemente sorprendidos.

Satisfechos de esta prueba los hijos de Djafar, condujeron al día siguiente á Labid con ellos á presencia del Rey. Estaba Nomán en la mesa comiendo solo con Rabí, hijo de Zyâd. Labid, apenas obtuvo permiso para hablar, recitó una pieza en verso, en la cual, después de haber exaltado el mérito de la familia de Djafar, atacó á Rabí y le atribuyó hábitos tan reprochables, que el Rey exclamó: «Joven, tú me has arrebatado el corazón... Me es imposible concluir mi alimento, después de lo que acabo de escuchar.» Procurando

Rabí justificarse del reproche que se le había dirigido, «Es inútil, dijo Nomán; verdadero ó falso lo que se ha dicho, ha producido su efecto—palabra que luego llegó á ser proverbial; —apártate, yo no sabré verte jamás.»

Este rasgo es casi el único, dicen los historiadores árabes que se conoce de la vida de Labid; pero se pueden aducir otros no menos curiosos, descubiertos con posterioridad, á propósito del progreso del Islamismo, cuando en Mahomet, Omar y entre los musulmanes revivía un estro religioso por la nueva creencia, formáronse partidos, á cuyo calor constituyéronse ligas contra los descendientes de Hachin y Mottalib; en conmoción el pueblo árabe, hubo lides sangrientas, persecuciones, y algunos de los refugiados en Abisinia vinieron á Mekka para acrecentar las conversiones y propagación de la nueva creencia, no sin la pugna de los que allí aún sostenían las antiguas convicciones de los mekkineses; ocultos los viajeros en casa de algunos de los principales de la ciudad, temerosamente podían alentar su nueva fe, por lo que suscitada noble lid entre Othman, hijo de Mazhoum y Walid, hombre honrado, que se había proclamado su poderoso protector, ofrecióle todo apoyo, que Othman rechazaba con las protestas de su respectiva libertad, no aceptando más protección que la de Dios; mas Walid, que se hallaba solemnemente comprometido, no abandonó á su protegido, sino cuando en la Caaba y en alta voz hizo Othman pública renuncia.

Poco después Othman acercóse á un grupo de Coraychistas, entre los que estaba el famoso poeta Labid, que les recitaba algunas de sus composiciones, pronunciando los siguientes versos:

«Toda cosa es vana, excepto la Divinidad...»

«Es verdad,» dijo Othman; y continuó Labid:

«Y todas las felicidades son pasajeras...»

«¡Esto no es exacto! exclamó Othman; la felicidad del Paraíso es eterna.»

Detúvose el poeta, y quejándose de tan inoportuna inte-

rrupción, uno de los Coraychistas le dijo: «Este hombre es un necio, que á imitación de otros tontos, ha abandonado la religión de sus padres. No hagáis caso de su impertinencia.» Othman no dejó sin réplica esta repulsión, y contestándole á su vez, llegó la cuestión hasta dar á Othman su contrario un golpe que le hirió gravemente un ojo. Testigo de esta escena desagradable Walid. «Hijo de mi amigo, dijo á Othman, ve lo que te sucede por haber renunciado á mi protección. ¿La quieres de nuevo?—No, dijo Othman; y puede mi otro ojo recibir un golpe parecido por la causa de Dios.»

Refiérese también que por el año 631, encargado Labid por su abuelo Abon-Beza Monlaib-el-Acinna, de llevar un mensaje á Mahoma, con un presente de camellos, pidién dole remedio para la enfermedad que le afligía, Mahomet rechazó el obsequio, bajo pretextos religiosos contra los idólatras, pero que luego aceptó muy á su gusto; y amasando un poco de tierra y escupiendo sobre ella, entrególa á Labid, recomendándole la diluyera en el agua, é hiciera beber esta disolución á su abuelo. Dicen los historiadores que, verificada la prescripción, obró el remedio deseado; pero que no bien sanó el enfermo, murió de ancianidad. Labid, durante su permanencia en Medina, entusiasmado por los discursos de Mahomet y de las bellezas del Corán, del que había copiado el capítulo Ewahmân, el misericordioso, adquirió desde entonces una afición y gusto extraordinario por el Islamismo, que abrazó poco más tarde.

Se sabe además que vino á ser Labid uno de los primeros poetas de Arabia que tomaron con mayor calor la defensa de la moral pública; que lamentó con singular elocuencia un triste acontecimiento ocurrido en la feria de Ocahz, el asesinato de Orwat, *el viajero*, hijo de Kilab y el personaje más ilustre de la gran tribu de Hawazin, extendida en el territorio de Nadjd, limítrofe del Hidjaz, pronunciando unos versos que rápidamente circularon entre los Hawazin:

«Decid á los hijos de Kilab, si los veis, y á los Infantes de Amir, cuyo valor fué siempre superior á los peligros.»

«Decid á los hijos de Nomayr, y á los de Kilab, abuelos maternales de la víctima.»

«Decidles que Orwat Errahlıal, su hábil mandatario, está muerto en el fresco valle de Tayman.»

Este acontecimiento doloroso por la pérdida del estimado personaje, sirvióles de motivo y ocasión en la misma gran feria á otra nueva lid, de la que hacen expresa y detallada mención los escritores árabes de la época.

II.

MOUNAFERA Ó LID DE LA GLORIA.—JUICIO DE HARAM.

Abundoso de disensiones el pueblo musulmán, difícil es abrir las páginas de sus *crónicas* sin tropezar con alguna lid y guerras, que se continuaban en las tribus al través de generaciones seguidas; pero llegó un momento en que la suscitada entre la posteridad de Khacafa y la de Ghatafân languidecía paulatinamente, los resentimientos desaparecían y comenzaba á reinar la paz, cuando surgió nueva rivalidad del género que había afligido á las dos grandes familias de Abbas y Khofat, por la preeminencia en la tribu de Soulaym, en la que ambas unían á su bravura, un talento distinguido para la poesía, y se atacaron por versos, en los que cada uno exaltaba su propio mérito y criticaba á su rival; de las sátiras vinieron á las armas, y á la cabeza de sus familias respectivas, encendióse parcial combate, en el que de ambos lados hubo heridos y muertos. Esta querella, que pudo influir sobremanera en la desventura común, vino á terminar por la mediación de Auf, con los suyos, á cuya instancia se comprometieron á no batirse más; pero continuaron haciendo versos uno contra otro bando, y esta polémica impidióles establecer su armonía, pues del propio modo iba á suscitarse otra entre los referidos Khacafa y Ghatafân, mezclándose en ella las animosidades de célebres poetas y guerreros igualmente ilustres, la rivalidad de Amir y de Alcama; rivalidad que si bien no dió lugar más que á una lucha de cortesía y sin efusión de sangre, como la precedente, igualmente por la preponde-

rancia de la tribu, dió ocasión á la célebre *Mounâfera*, ó *lid de gloria* entre Amir y Alcama (620), en la que cada uno fundaba sus derechos á suceder al anciano y prudente Abou-Béra en la preferencia y superioridad que se atribuían tanto por el valor personal como por la nobleza sin mancha de sus ascendientes paternos y maternos.

Encendidos los deseos, dijo cierto día Alcama á Amir:

«La dignidad de jefe de la tribu pertenecía á El-Ahwas, mi antepasado. En consideración á mi cualidad como nieto, de El-Ahwas, tu abuelo Abbou-Béra ha sido elevado al Gobierno. Hoy que lo abandona, tócame sucederle y recibirlo como legítima herencia. Por lo demás, si tú te crees más digno, hagamos un *asalto público de gloria y de nobleza* y que un árbitro equitativo decida entre nuestras pretensiones.—Acepto, respondió Amir, y con entusiasmo, porque valgo más que tú; mi sangre es más pura que la tuya, mi valor más experimentado que el tuyo.»

De estos simulacros de la inteligencia y del genio se vieron con frecuencia entre los árabes, especie de procesos llamados *Mounàfera*; medio al que se acudía frecuentemente para terminar contestaciones de preeminencia, medio también muy peligroso, porque hacía mayor la herida del vencido, que, molestado en su amor propio, cambiaba á veces la solemnidad en enemistades, y exponía á veces al juez y su familia á profundos resentimientos.

A remediar todos los abusos y precaver cuantos daños y peligros pudieran surgir, se dispuso y convino que cada uno de los contendientes pusiera á disposición del árbitro cien camellos, que sería el premio de la victoria; tratóse en seguida de elegir el árbitro, y la consideración de que gozaban los Coraychistas, como guardias del templo de la Cava, obligaba á los beduínos á decidir sus contiendas ante la prudente decisión de aquéllos. Nombrados árbitros ó elegidos varios personajes simultáneamente, por fin Haram aceptó el delicado cargo que se le ofrecía.

Amir y Alcama se presentaron á él con la mayor brevedad, y Haram hízoles jurar que se someterían sin reclamación alguna á la decisión que luego proclamaría entre ambos, y habiéndolo aceptado así, les dijo: «Id, y volved pasado un año, en el mismo día, para oir el juicio.» Obedecieron los vigorosos pretendientes, tratando mientras se cumplía el plazo de aumentarse el número de amigos y distinguirse por actos de generosidad. Ocurrió entonces la llegada del poeta El-Acha, pidiendo sucesivamente protección á Alcama y Amir, y habiéndole éste ofrecido salvarle hasta de los golpes de la muerte natural, El-Acha tomó la causa de Amir, dedicóle versos plagados de pomposos elogios, mientras que zahería á Alcama con sátiras cuyos rasgos hacían mucho daño al rival de su amigo.

Pasado el año, acompañado cada uno de sus familias y amigos, en el lugar designado, Abbou Béra no quiso presenciar esta lid, que tanto reprochaba. Llevaban grandes preparativos para los días que pasaran en Fezara y durase el juicio, porque se esperaban grandes debates antes de obtenerse decisión. Además llevaban cada uno, poetas que debían ensalzar las proezas y excelencias respectivas de sus caudillos, y con alabanzas y elogios defender su causa; de lado de Amir estaban El-Acha y también Labid, autor de una Moallaka; por Alcama, Djarwal y otros muchos, impulsados todos por el mayor deseo.

En la misma tarde de su llegada, Amir fué llamado á la tienda de Haram secretamente, y éste le dijo: «Te juzgaba un hombre sensato, y que no habrías dejado pasar el año sin renunciar á tus pretensiones. ¿Cómo intentas disputar á Alcama su gloria? Tiene sobre tí una superioridad evidente.—¡Ah! exclamó Amir; si tú decides en favor de Alcama, soy un hombre perdido. No me hagas esta afrenta, te suplico este favor; más vale que te apoderes de cuanto tengo y córtame el tupé; mas si tú no quieres concederme la palma, á lo menos ponnos á ambos en igual línea.—Esto me parece bien, dijo Haram; yo reflexionaré.» Del propio modo hizo venir después á Alcama, á quien habló con el mismo lenguaje. Alcama le conjuró con parecidos razonamientos, pidiéndole que no le deshonrara dando públicamente la victoria á su adversario, sino antes bien declararlos á igual altura. Parecióle bien la forma en la cual se había presentado esta cuestión, y á la mañana

siguiente hízoles comparecer ante él, y en presencia de numeroso auditorio, ávido por conocer el resultado de tan grave asunto, dijo á los contendientes en alta voz: «Hijos de Djâfar (antepasado común de Amir y de Alcama), vosotros me habéis escogido para juzgaros; ahora os declaro que sois como las dos rodillas del camello, perfectamente iguales, que se posan á un mismo tiempo en la tierra cuando se doblan. Cada uno de vosotros tiene méritos que le son propios, y que no tienen su rival. Uno y otro sois jefes nobles y distinguidos. Tal es el juicio que yo pronuncio; aceptadlo como por juramento estáis obligados, é id en paz.» A continuación fueron escogidos diez camellos de cada parte para, divididos en diversos trozos, repartiéronlos entre las gentes, y mandó á toda la concurrencia retirarse. Plugo á ambos partidos la decisión adoptada por el árbitro, que respectivamente abrigaban temores por la victoria del adversario; Ábbou-Béra conservó el título nominal de jefe, y Amir y Alcama gobernaron el territorio, distribuyéndose entre sí las funciones activas del poder.

Refiérese que Haram, juez de tan prudente *Mounafera*, vivió hasta el reinado del califa Omar, que le alabó por la sabiduría con que habia adoptado este juicio, y fué proverbial también la fama de los defensores, cuyo genio burilaban con armas invencibles, imantadas en la más alta poesía popular de los árabes; de aquí el renombrado Moallaka de Labid.

III.

MOALLAKA DE LABID.

Cuántas veces el viajero ha encontrado en mi tienda un asilo contra la frialdad de la mañana,

cuando Aquilón tenía en sus manos las riendas de los vientos y dirigía su curso.

Estoy siempre dispuesto á volar en socorro de mi tribu:

Agil corcel lleva mis armas, y pasada su brida alderredor de mis riñones, me sirven de tahalí:

Asciendo en una colina para desde allí descubrir los movimientos de los enemigos;

corto espacio me separa de sus tropas, y el polvo que se levanta en mi rededor hiere sus estandartes.

Permanezco en este puesto peligroso, hasta que el sol tiñe su rastro, y como asido por la mano de la noche oscura, cuando cubre con sus tenebrosos velos, los lugares por donde el enemigo podría atacarnos con ventaja.

Entonces revuelvo mi caballo en la llanura, marcha con la cabeza erguida semejando á una palmera, cuyas ramas sostenidas sobre un alto tallo, descubren sus frutos á la avidez de la mano deseosa de cogerlos.

Le hago correr con tanta viveza como casi vuela el buitre.

Luego, cuando está en el mayor calor y vuela con una extremada ligereza, la silla se agita sobre sus riñones; un torrente de agua riela sobre su pecho;

las cinchas están penetradas del espumeante sudor de que está cubierto;

Levanta su cabeza y parece quiere sustraerse á la brida que modera su ardor;

Prosigue su carrera con la rapidez de una paloma, que devorada por la sed, precipita su vuelo hacia un espinoso riachuelo para mitigar su sed...

Luego que el extranjero viene á buscar asilo cerca de mí, se cree estar en medio del fértil valle de Tébala (1).

La madre de familia á quien la desgracia ha reducido á la mendicidad, establece su morada próxima á los cordajes que sostienen mi tienda:

cubierta de deshechos andrajos, parécese á un camello consagrado á la memoria de un muerto y atado á su sepulcro (2).

---

(1) Es el nombre de un valle situado en los confines del Hedjar y de la Arabia feliz.

(2) El poeta compara aquí esta mujer, á causa de su extrema debilidad y de su flaqueza, á un camello, según hemos dicho, como eco fiel de una costumbre entre los árabes paganos, cuyo camello estaba destinado á morir de hambre cerca de la tumba.

Cuando los vientos de invierno se combaten en la llanura, los huérfanos rodean mi mesa, cargada de abundantes alimentos y se entregan al ansia en los canales de mi abundancia.

Cuando un mismo lugar se reunen las familias congregadas, se ve siempre elevarse en medio de ellas algún ilustre vástago de nuestra sangre, cuyo valor y fuerza triunfa de todos los obstáculos,

entonces la justicia rinde á cada uno lo que le corresponde con una exacta integridad,

y á quien renuncia sus derechos por sostener los de las tribus cuya defensa toma de su parte.

Siempre se encuentran entre nosotros hombres generosos que se complacen en repartir sus beneficios y en distinguir su liberalidad,

que miran las acciones nobles como el único beneficio digno de ellos y el botín más precioso.

Cada pueblo reconoce un legislador y las leyes á las cuales debe conformarse;

para ellos, el ejemplo de sus antepasados es la única ley que regula su conducta.

Ninguna mancha empañará el brillo de su gloria, su virtud jamás experimentará ninguna contrariedad, porque las pasiones no corrompen su lozanía.»

X.

EXAMEN LITERARIO

Y JUICIO CRÍTICO DE LOS MOALLAKAS.

Sin género de duda, sábese que los árabes anteriores á Mahoma hicieron varias poesías de distinto género, que brillaron en su nación poderosos genios de grande invectiva, y que la sátira llegó entre los mismos á ser causa, no ya de grandes persecuciones, sino también de poderoso aliento para

ganar consideración, honores y categoría social, merced al temor que inspiraba á ese pueblo, lleno de amor propio, la calumnia y la befa de cualquiera de sus cualidades individuales. Mas de todos los géneros poéticos, ninguno como los Moallakas; de todos los versos antiguos, ninguno cual los poemas llamados Dorados; de todas sus grandes concepciones acerca de la vida, ninguna tampoco cual esas composiciones suspendidas, ninguna tan psicológica como la expresión genuina de esos siete poemas, ninguna tan subjetiva como los Moallakas, ninguna poesía tan popular como esos primitivos monumentos de los cacidas arábigos, ninguno tan transcendental en el modo de ser de ese pueblo como los esplendores de la imaginación que venían á rendir en lides de populosa gloria los atributos de la justicia y de la paz.

Así es como ha llegado á comprenderse la importancia social de esas creaciones del espíritu de los árabes, tan fecundo en emociones supremas y tan favorecido en su imaginoción para darnos obras donde con facilidad puede hallarse fotografiado el genio, las costumbres, el carácter de los árabes, tal como nos los describe la historia poco antes de la revolución, que á su calor formóle pueblo de conquistadores.

Encontramos igualmente rasgos generales en todos esos poemas, cual distintivo honorable; un interés patrio inspirado en la mayor bravura de los soldados, en el esfuerzo bélico de sus huestes, en el heroismo de sus nobles jefes, llenos y poseídos de la mayor fiereza á la vez que de la más dulce consideración para el huésped y el noble vencido. De ese modo extraordinario aparecen entre sus páginas acontecimientos epicos de primera línea; la historia de las sangrientas guerras que nos dibujan con vivísimo colorido algunos Moallakas, ofrece rasgos también de ferocidad y de nobleza, de generosidad y barbarie, contraste singular y entusiasta que forman un paralelo especial, ante el aspecto que se advierte en el concurso de los demás pueblos de Europa, en esos siglos, en los que los desórdenes y la anarquía hacían reinar en todos los lugares los horrores de la tiranía y de la licencia. Mas si estos detalles saltan á primera vista del conjunto, examinados cada uno por su concepto esencial y en los accidentes que

nos ofrece en relación al poeta y al pueblo para que fué inspirado y luego recitado, aclamado como honorable lección á la posteridad, sus resultados son grandiosos y llevan tras de sí un tributo de gloria al numen que los expresó y al pueblo que los alienta.

Expuesta á grandes rasgos la biografía de cada uno de los poetas, según el orden cronológico de su nacimiento, pareció más natural traducir el poema á continuación del esbozo biográfico del autor, y el análisis literario naturalmente debe seguir el mismo método, que en todo debe haber unidad y armonía, en medio de la diversidad de carácter, naturaleza de sentimientos que en ellos se ensalzan, pasiones celebradas y transcendencias sociales también de los diferentes Moallakas aquí agrupados bajo el mismo procedimiento, con las novedades adquiridas en otros documentos posteriores.

Como que nada ofrecen de común con la historia del pueblo árabe los dos poemas de Labid-ben-Rébia y el de Amriolkaïs-ben-Hodjr, como quiere llamarlos Sacy, ó de Imriolkays, según otros, colócalos juntos el citado arabista, guiándose en su estudio por el fondo del asunto más que por la razón social de las diversas concepciones poéticas que examina; pero dejando para su lugar el de Labid, mal puede afirmar el ilustrado Sacy, esto mismo del poema de Imriolkays, puesto que ni en el ejemplar que poseemos de su notabilísimo estudio dice nada, ni siquiera extracta el celebrado Moallaka del primero de los poetas árabes Así le han concedido el primer puesto la generalidad de los arabistas, por más de que según asegura Sacy, su Moallaka es el más moderno; pero á esto responden las citas de nacimiento de esos príncipes de la imaginación, especificadas en otra parte con toda claridad y firmeza.

Empieza su poema Imriolkays, como todos, recordando á su amante lejos de sí, el sitio de sus esparcimentos llenos de ambrosía y de un hechizo oriental; mil emblemas y figuras de pensamiento y de palabras llenas de pasión; mil encantos esparcidos por sus cacidas; una arrogancia sin timidez alguna; un saborear la belleza cual sólo es dado al que alienta una esperanza de goce sin fin en la mujer divina; un gusto

exquisito para el menor detalle de la mujer, á la vez que un ardoroso estro, ciego también por las lindezas que rinden los seres más perfectos de la creación. Difícil es buscar tanta comparación, tanta imagen reunida en menos espacio; especie de nuestro D. Juan Tenorio, los mismos hálitos cerca de la mujer, iguales victorias en sus pasiones, nada respetuosas, aunque sí llenas del atractivo de un encendido amor, y Oneyza, Fatima y otras muchas jóvenes doncellas, «como la perla virgen, cual nácar ligeramente matizada de crema, y que habían sido alimentadas en el fondo de los mares por una agua venturosa,» á cuyo contacto y presencia, el aire se embalsama á su derredor como si el céfiro hubiese llevado al odarato el perfume del clavel, le ofrecían goces y delicias que nos describe con una voluntad indeleble. El campo, el desierto, las montañas, la tempestad, el día y la noche, le suministran igualmente valiosos recursos; los que recibe de su corcel son ilimitados, sér preferido que soporta todas las empresas sin fatiga, hállase correspondido sobremanera en el Moallaka por la consagración que en él celebra el poeta, en medio de todo el movimiento que le inspiran la naturaleza animada é inanimada en sus escenas más patéticas y sublimes, que puede dibujarnos el cincel de la poesía árabe en el hermoso estudio que nos ofrece este poema lleno del mayor ardimiento.

Como gemelos inseparables surgen dos poemas, hermanos de origen, fuertes, enérgicos, de expresión y de levantadísimo espíritu. Los dos poemas, de Amrou-ben-Kelthoum y de Hareth-ben-Hilliza, parecen haber sido pronunciados en presencia de Amrou-ben Hinda; uno y otro, enardecidos en el calor de la tribu, proclaman la justicia, el derecho y ventajas de los suyos, rechazando al heroico adversario recíprocamente sus violencias y sus injusticias. Amrou, que era el poeta de la tribu de Taglib, ante el Príncipe de su nombre, recuerda con fiereza las acciones de heroísmo y generosidad de sus antepasados; aclama la independencia en que siempre se sostuvieron, y acusa á sus contrarios por haberse sometido al yugo de la monarquía y prestar obediencia á las leyes de un extranjero. Su estilo, lleno de una noble

fiereza, se endurece hasta el punto de llegar á una altura denigrante y brutal: bastaría con citar algunos versos para notarse la altivez de sus conceptos y de su carácter indomable; pero, á señalar trozos escogidos, habríamos de transcribirle, porque como todos ellos, abunda en situaciones amenísimas, estro brioso y varonil, imágenes vigorosas, que parecen dar la misma fuerza vital á las cosas, ponderando los deliciosos vinos del territorio de Andar y sus mágicos efectos, como los otros poetas encuentran una beldad que les inspira los más fébridos acentos; la ausencia de Layla, le causa los más penetrantes dolores, que puede sentir la camella á quien arrebatan su tierno hijuelo; el carácter de amor puede por él retratarse, es más, lo dibuja con mano maestra. «Toda la violencia de mi amor se ha reanimado, mi corazón está lleno de deseos, luego que al anochecer ví marchar los camellos de mi amada.» La naturaleza le parece brillar con el fulgor de las lucientes gumias desenvainadas; pero si en la pasión es tal como nos lo dice su *cácida*, en la justificación y en las expresiones que emplea para reivindicar á su tribu la honrosa fama que de antiguo poseía, está elevadísimo, lleno de valentía, nobleza y desprendimiento: la vida, el honor, apenas florecen allí sino para la victoria, principalísimo lauro del árabe digno. En brevísimas pinceladas da un acontecimiento completo; cada expresión es una batalla donde se han jugado la muerte tribus completas; difícil es concretarse á fijar una frase distinguida por lo enérgico de su expresión; son muchas las que podríamos señalar en ese concepto, y para ello basta leer los versos destinados á describir la guerra civil, en que se ventilaban las tribus entre sí la hegemonia de aquellos Estados; pero con un espíritu que «el honor es una herencia que nos han trasmitido nuestros antepasados; los hijos de Maadd no lo ignoran. Combatimos para conservar nuestra gloria y hacerla brillar con todo su esplendor.» Sólo así comprendería se celebren mil y mil victorias, á las que refiriéndose el Rey, dice: «Sabe que llevamos á los combates banderas blancas y que las retiramos rojas empapadas con sangre. Si el enemigo retroeede, le detenemos con la lanza; si nos combate de cerca, jugamos con la espada.» Y en seguida las cabezas de los más bravos siembran la tierra y parecen globos arrojados en un suelo pedregoso.»

Estilo vigoroso y de una fuerza suprema en aquella imaginación, donde nada faltaba más que decir su palabra el poeta que había de perpetuar la espléndida hazaña, cuya energía, por su rango y dignidad, no cedía en rectitud y firmeza á la rígida lanza, á la vez poderosa contra el orgullo del Rey y de los intransigentes palaciegos, ávido de aminorar la preponderancia de su nombre, daba rasgos bien distintivos del ánimo de ese pueblo, á la vez que su preclaro hijo apaciguaba el hambre del pobre, repartía en los años estériles sus larguezas y recibía á los guerreros como á huéspedes deseados, y al extranjero daba el descanso y el alimento de hospitalidad; en la política tenía ideas bien depuradas. «Cuando un Rey oprime y envilece á los demás hombres, sabemos rechazar lejos de nosotros el fuego de la ignominia;» y como cuando se ha llegado á la cúspide de todo engreimiento social, parecióles lógico cantar: «cubrimos con numerosos guerreros la tierra, demasiado estrecha para nosotros; cubrimos las aguas con nuestros navíos, el mundo nos pertenece con todos los que le habitan;» palabras ya de una efusión libérrima y en cuya esfera es difícil contener el vuelo de la imaginación, porque á su espontáneo impulso se halla revestida de una facultad creadora cuyas fuerzas realmente no hallan límite alguno en el arte.

Imprescindible es presentar aquí algún detalle histórico que aclare el nexo y punto de contacto del poema que hemos leído con el que vamos á examinar: bien sea, según juzgó anónimo autor, una razón climatológica, que la sequía afligiese en todo extremo á los habitantes de la tribu de Taglib, y en su virtud que fueran á buscar agua al territorio ocupado por los de Bacr, ya el mal recibimiento que éstos les hicieron arrojándoles de sí á causa de sus antiguas odiosidades, como si dijéramos, de familia, los odios hallaban eco profundísimo en las citadas tribus, y refiere notable historiador, que á su retirada perdieron los de Taglib sesenta y dos individuos muertos de sed. Los taglebitas congregáronse á tomar la ofensiva, preparándose también á su vez

los bacritas para la guerra, muy repetida entre ellos; ciertamente aparece así encarnado un espíritu bélico, contrario á su bienestar, porque contrarias habían sido también las tendencias de cada tribu, no obstante de su paternal origen.

Habían sido Bácr y Taglib autores de dos tribus, hermanos é hijos ambos de Vayel-ben-Kiset, razón sin duda por la cual llamólos hermanos de Taglib el poeta Bacrita: vivieron reunidos algún tiempo, pero bien pronto destruyeron su lazo común; nacido en la de Taglib el célebre guerrero Rebia-ben-Alhareth, cuyo valor se hizo notar en las guerras que los descendientes de Adnan tuvieron que sostener contra las tribus confederadas de Arabia feliz, fué elegido por unánime aclamación jefe de sus tropas, consiguiendo entre otras, valiosísima victoria sobre los árabes del Yemen; tuvo Rebia á Colaîb, su hijo, varón no menos esforzado y distinguido entre sus compatriotas, que dió ocasión al proverbio árabe «Más ilustre que Colaîb, descendiente de Vayel,» y mandó las tropas de todas las tribus reunidas descendientes de Adnan en la jornada de Alharaz, en la que nuevamente fueron vencidos los del Yemen. A partir de esta victoria todos los árabes que habían combatido á sus órdenes escogiéronle por Príncipe y le proclamaron Rey de las tribus, pusiéronle corona real sobre sus sienes y le juraron obediencia y vasallaje, erigiéndole en forma tan digna señor de sus destinos y futura suerte.

No tardó, ciertamente, en recibir la tribu un desengaño de su libérrima elección; el nuevo Rey tampoco tardó en abusar del poder que tenía asumido en su cetro, del reconocimiento y de la generosidad de sus compatriotas; arrastrado por los placeres y los goces infinitos de la vida oriental, entregóse á los deleites con una voluptuosidad delirante; tampoco dejó de ejercer vejación alguna contra sus súbditos, ni olvidó la opresión bárbara que podía supeditar á su pueblo en la más abyecta y odiosa tiranía. Conforme á sus miras egoístas, reservó para sus ganados los mejores pastos de los sitios mejores, más frescos y frondosos; excluía toda participación á los demás, cuando los pastores de sus piaras abrebaban sus reses, ni consentía sacar fuego alguno de su hogar: estrechez abrumadora para un pueblo que vivía libremente y con la mayor libertad, habiéndole aclamado para que reinara con equidad y los gobernase con justicia.

No muy distante de la tribu existía otra del partido contrario, regida por los hijos de la tribu de Scheiban, que pertenecían á la de Bacr. Uno de ellos, Hassas, hijo de Morra, cuya hermana Holayla, esposa de Colaîb, había adoptado bajo su protección á una mujer extraña á la tribu, llamada Bassous, que vivió próximo á la tienda de Hassas; Bassous era propietaria de una camella que llamaba Sérab, cuyos dos nombres pasaron á la posteridad con toda la trascendencia del proverbio. «Ser de peor augurio que Bassous y Sérab;» sin duda por la suerte que la camella y su señora trajeron á tan noble acogida de los de la tribu.

Confirmaríase al poco tiempo esta triste idea, puesto que pasando cierto día delante de la mansión de Bassous los camellos de Colaîb, la hembra, asida á la puerta de su dueña, saltó rompiendo la cuerda que la tenía sujeta y corrió á mezclarse con los camellos de Colaîb; este guerrero, que no quería lo ajeno, hallábase á la sazón cerca de su cisterna; viendo la hembra que no era suya, tomó su arco y clavó una flecha en el hermoso animal, que prorrumpió en fuertes gritos, pues habíala herido de muerte, derribándola en tierra; alarmada Bassous por los reclamos de su camella, transida de sentimiento excitó á la venganza á Hassas, hermano de Colaîb, que sobre brioso corcel y acompañado de uno de sus primos, llamado Amrou, le hirieron con sus lanzas, dejándole muerto en el mismo sitio. Desgracia inmensa y que había de encender un fuego devorador sobre todas las tribus, sin que al pronto pudieran medirse sus consecuencias.

Pronto el ánimo de los árabes á la lid, no bien cunde la noticia de tan bárbaro asesinato, los hijos de Scheiban, que á su vez preveían las consecuencias del atentado, se jactaban de abandonar aquel territorio maldito, y Mohalhel, hermano de Colaîb, renunciando á los placeres, á los juegos y al amor, preparóse á tomar venganza de la muerte de su hermano, reuniendo á todos sus secuaces; mas antes de ninguna hostilidad envió diputados á los hijos de Scheiban, para justificar

la necesidad en que se veía de tomar las armas contra ellos, dirigiéndoles varias proposiciones. Los diputados dirigiéronse á Morra, padre de Colaîb y de su asesino, que hallaron al frente de la familia de Scheiban, y después de reprocharle la muerte de Colaîb, le manifestaron que tan bárbara acción les obligaba á tratar sus parientes como enemigos: no obstante, venimos, le dijeron, á proponeros cuatro vías de arreglo, en las que os dejamos elegir, y aceptaremos con gusto la que de ellas aceptéis: devolved la vida á Colaïb, ó entregadnos á Hassas su asesino, para que en él venguemos, por su muerte, la de nuestro Colaîb, ó si queréis más, entregadnos en su lugar á Haman (hijo de Morra y hermano de Hassas), ó entregaos á nuestras manos y vuestra sangre ocupará el puesto reservado al culpable.—Devolver la vida á Colaîb, es imposible—dijo Morra;—Hassas ha escapado súbitamente de un golpe fatal, ignoro su residencia; Haman está rodeado de numerosos hijos, amigos y tan bravos caballeros, que jamás me consentirán entregároslo para que expíe con su sangre el crimen que otro ha cometido. En cuanto á mí, no ignoro que seré la primera víctima de la guerra, pero no he de acelerar la hora de mi muerte. Os doy la elección de estas dos proposiciones: ved estos hijos que me quedan y que están suspendidos del cuello de su padre; escoged el que os agrade y llevadlo, degolladlo como se inmola á un cordero, ó si queréis mejor, recibid mil camellas escogidas entre las más bellas, para la expiación del crimen de los hijos de Bacr.—Los diputados enfureciéronse y se retiraron exclamando: «Tú nos insultas, ofreciéndonos el último de tus hijos; tú nos das leche por la sangre derramada de Colaîb.»—Accidentada así la vida y suerte de estas tribus, ofrecen mil contrastes dignos de atención y que se hallan simbolizados á grandes rasgos en sus Moallakas respectivas.

Decididas por fin á la lucha, algunas familias, sobre todo de la tribu de Bacr, rechazaron una alianza con los hijos de Scheiban por la fealdad del asesinato de Colaîb; y el mismo Alhareth ben Alabad retrajóse con los suyos de tomar parte en el combate; por cuya causa, siguiendo igual partido otras numerosas familias, los de Scheiban viéronse reducidos á sus

propias fuerzas para contrarrestar al propio enemigo, que los derrotó al primer momento y en todos los lances, mandado por Mohalhel á la cabeza de la tribu de Taglib, ante quien tampoco intentaban comparecer. En una de sus escaramuzas, Haman, hermano de Hassas, pierde la vida. Mohalhel, pasando cerca del cadáver exclamó: «Después de Colaîb no ha muerto ningún valiente cuya pérdida me haya sido tan sensible como la tuya.»—Mas la crudeza de la guerra alentó á Mohalhel, y excitó sus armas á mayor estrago, entonces tantas familias inocentes y retiradas del crimen, inocentes aun en la querella, viéronse inundadas por miserables asesinatos, espoliaciones y atropellos inauditos, y todas las familias de sangre Bacr tuvieron que lamentar pérdidas de personas tan estimadas como la del mismo Khair, muertas por las tropas de Mohalhel, no obstante de la neutralidad que había observado en la guerra inflamada entre las dos tribus, por su padre Alhareth ben Alabad: este padre magnánimo, que admitía el sacrificio de su hijo al restablecimiento de la paz, creyendo que la venganza de Mohalhel estaría satisfecha plenamente, calmó su espíritu conturbado; mas no muy tarde inflamaría todos sus alientos al saber que el feroz enemigo exclamaba:—«La sangre del hijo de Alhareth no era más que el equivalente de uno de los cordones de las sandalias de Coraîb.»—Ardoroso Alhareth, y á la cabeza de las tropas de su tribu, emprendió la defensa, haciendo cambiar de rumbo la victoria. Entonces amortiguóse la fortuna de Mohalhel; entonces este feroz enemigo comprendió las pérdidas de tantos partidos; entonces más que nunca, obligado á la fuga y vencidas sus tropas, fueron dispersados él y los suyos como el polvo por el viento.

En un encuentro de las tropas, Alhareth, que no conocía á Mohalhel, creyéndole un miserable prisionero, díjole: «Enséname á Adí, hijo de Rébia (nombre de Mohalhel), y te daré libertad.» «¿Me lo prometes?» le dijo el prisionero; y Adí, confirmado por Alhareth, respondió á aquél: «Yo soy Adí.» Alhareth, fiel á su promesa, dejóle marchar; actos de generosidad celebrada por los poetas, y en la que había no poca complacencia por parte de las tribus.

Fieramente dedicados á la guerra, este indomable guerre-

ro había hecho voto de no abandonar las armas hasta que la tierra se lo ordenase, y los enemigos acudieron á una estratajema de feliz resultado para desligarle de su juramento. En una sima próxima á la ruta que había emprendido Alhareth, un hombre oculto, cuando pasara el célebre caudillo debía cantar estos versos: «Tú nos has exterminado, Abou Mondar; conserva algunos restos de nuestra familia; la venganza puede ser más criminal que la ofensa que excita tu cólera.» Este ardid produjo el cambio deseable en el valeroso árabe, y restablecióse la paz entre las dos tribus. En cuanto á Mohalhel, se dijo que retirado al Yemen, fué muerto en el camino en medio del desierto por dos esclavos que había tomado para que le acompañaran en sus expediciones, los que fatigados de aquella vida, quisieron evitarla quitándole la existencia. El desgraciado Mohalhel, moribundo, encargóles dijeran á su familia un verso que parecía no descubrir sentido alguno: *¡Oh vosotros á quien estas palabras os sean referidas, Mohalhel,... que Dios os sea propicio y os colme de bienes!* y los dos esclavos fueron á referir la misión de su señor á la familia juntamente con la triste noticia de su muerte en el desierto.

Como no se podía comprender fácilmente el sentido de las palabras, la hermana de Mohalhel, llena de misteriosa penetración, descubrió el atentado de los esclavos y manifestó la voluntad del finado diciéndoles: *O vosotros á quienes estas palabras sean referidas, Mohalhel ha sido muerto en un sitio del desierto: que Dios os sea propicio y os colme de bienes: no permitais que estos dos asesinos escapen al suplicio que se merecen;* y efectivamente, interrogados los esclavos, manifestaron su crimen y fueron castigados. Tales fueron los precedentes odiosos á que hemos aludido en párrafos anteriores, rivalidades no calmadas por un sentimiento de paz firme y estable, y por cuya razón no era difícil explicarse ya, porque acudiendo los Taglibitas á calmar su ardorosa sed en las cisternas de Bacr, éstos les rechazaron hasta el punto de replegarse aquéllos en sus desiertos.

Dispuestos así á nueva y sangrienta lid, comprendieron por una inspiración benéfica las crueldades de pasadas gue-

rras, y en vista de tantos desastres, propusieron de ambos lados pactos de paz, escogiendo por árbitro á Amrou-ben-Hinda, hijo de Mondar y de su madre Hinda. Ambos partidos comparecieron ante el árbitro, y su sanción restableció la paz entre las dos tribus. Entonces recuérdase por los cronistas árabes, que Amrou-ben-Kelthoun improvisó un Moallaka, en el cual memoraba las jornadas en que los hijos de Taglib habían sobresalido y fueron la gloria de su tribu; Harith-ben-Hilliza pronunció también el suyo, más moderado en sus expresiones, más reservado en los reproches que dirige á los enemigos de su tribu, más distinguido por las cualidades de los suyos, más renombrado por las virtudes y la gloria de Mondar, Rey de Hira y padre del Príncipe, delante de quien hablaban, recordó igualmente y á su vez que la tribu de Bacr había vengado la muerte del Príncipe en las tropas del Rey de Ghassan, quien había causado su pérdida: hace mención de una guerra habida entre los árabes del Yemen y todas las tribus descendientes de Adnan, en la cual sus antepasados distinguiéronse por su valor; en fin, rechaza las imputaciones injuriosas de Amrou-ben-Kelthoun, con un hálito digno: como los anteriores, recuerda á su amada Esma, de cuyo calor no puede ya gozar; como ellos, alaba su camella; pero con estilo noble, sin énfasis y lleno de sabia moderación, formando cierto contraste con el poema expresado por Amrou.

Casi más antiguo que estos dos poemas el siguiente, pues es difícil fijar su fecha de una manera precisa, aunque parece formado con alguna anterioridad al entronizamiento de Amrou-ben-Hinda, la única solución de continuiddadeducida por los escoliastas es la de ser contemporáneos á los dos moallakas de Amrou y Harith. Del propio modo Tarafa, en completa diferencia de los poemas que hemos examinado, habla de Khaula, como de otras jóvenes doncellas, cuyo cuello describe adornado de perlas y topacios, graciosas como gacelas; recuerda á su camella como su poderoso auxiliar y demuéstrase apto á servir á cuantos reclamen su auxilio, en cuya generosidad no reconoce superior; describe sus placeres, sus amigos, sus banquetes y un epicurismo extraordinario: él

bebe, *canta* y *goza* de los antiguos, jamás ha encontrado expresión más fébrida y apasionada que en el poeta que estudiamos; algo filosófico en fuerza de razonar sus pasiones, explica á su modo lo que dice constituye la *calma y entusiasmo de la vida*; la vida, las riquezas, el placer, la belleza constituyen el fondo psicológico de este moallaka, que descubre rasgos despreciables de materialismo, por lo cual debe leerse con cautela, y que á la vez tiene un concepto de la existencia como el que nos expresa diciendo: «La vida es un tesoro que disminuye cada día; mientras la muerte detiene sus pasos hacia el hombre, está como el animal asido á la tierra por una cuerda que le deja pastar con libertad, pero que un poder extraño tiene la otra punta de su mano»; fuente quizás de sus apreciaciones acerca de la existencia humana y del uso de las cosas; causa también de sus orgías, dilapidaciones y del desvío que tanto lamenta de los suyos, cuya ofensa es más terrible que la herida del hierro cortante; por último, la expresión de su pensamiento hállase representada en un verso como otros tantos de que consta su Moallaka: «Si poseemos la vida á título de préstamo, procuremos hacer nuestra conveniencia con las ventajas que pueda ofrecernos.» Así también es fácil á su sencilla lectura descubrir en ese poeta los esparcimientos que le apartan de todo interés patrio; se ve cómo responde á los reproches que se le dirigen por su dispendiosa conducta, y cómo hace el elogio de la vida voluptuosa y critica la austera sabiduría de su rígido censor; no olvida celebrar su bravura y su pasión por las armas y el torbellino de los combates; la brevedad de la vida y la igualdad á que son reducidos después de la muerte el libertino que ha gozado sin límite, freno ni contradicción de todos los placeres, y el sabio que ha preferido la austeridad de la virtud, son los medios que emplea para justificar el desbordamiento de sus pasiones. Es, pues, este poema el que más rasgos voluptuosos reune de todos los Moallakas, el más apasionado y á la vez el que más gasta toda vitalidad, sin orden ni providencia alguna que no sea el placer.

Como los poemas de Amrou y Harith, otros dos aparecen, cual si fueran pareados, y con motivo y ocasión también parecida y semejante; con otra particularidad especial respecto de uno, el de Antar, que especificaremos tan luego como expongamos á grandes rasgos el momento preciso en que esos Moallakas van á deslizar sus cácidas en la imaginación y en la historia de los árabes. Hemos dicho que como aparecieron los que retrataban la guerra de las dos tribus de Taglib y Bacr, se presentan á nuestra vista los Moallakas de Amtara-ben-Scheddad y el de Zohaïr-ben-Abousolma, los cuales ni por sus circunstancias ni tampoco por el tiempo en que aparecieron dejaron de ser casi coetáneos; además, tanto uno como otro hacen referencia á la guerra de la tribu de Abs y de Dhobyan, conocida en los escritos de los orientales con el nombre de «guerra de Dahés.»

Presentan los historiadores árabes á Caab-ben-Zohaïr-ben-Abousolma, hijo de Zohaïr, célebre por sus poesías, y particularmente por su poema muy estimado, y en el que presenta un notable elogio de Mahomet, para aplacar á este legislador que había puesto su cabeza á precio, lo cual prueba que Zohaïr fué contemporáneo de Mahomet, y por lo tanto su poema más moderno que el de Antara. Este poeta, que al mismo tiempo era uno de los guerreros más valientes de la tribu de Abs, tuvo su parte en la guerra, y en ella mató á Dhemdhem, ilustre árabe de la tribu de Dhobyan; y con tal motivo empezó su Moallaka antes que ocurriese la muerte de Dhemdhem, que también pereció en esta guerra, según parece colegirse de los mismos versos de Antara: «Temo que la muerte me lleve antes que los dos hijos de Dhemdhem sean víctimas de la guerra: ellos han ofendido mi honor, aunque no les he dado ocasión á queja alguna; han hecho voto de derramar mi sangre sin que yo les hubiese provocado; que ejecuten su injusto deseo; yo tendré siempre el consuelo de haber dejado el cadáver de su padre presa de las bestias feroces y á las salvajes águilas.» Mas si estos datos nos dan idea del estado en que se hallaban los ánimos de las citadas tribus, los detalles parecen unir aún más las analogías entre los diversos Moallakas históricos que examinamos.

Desde luego la guerra conocida por los nombres de

Dahès y de Ghobra, entre los de la tribu de Abs y los de Dhobyan, debió su origen á una aventura muy parecida á la que ocasionó las hostilidades entre los de Taglhib y Bacr. Era Dahes nombre de un caballo que pertenecía á un árabe de la tribu de Dhobyan, nombrado Kais-ben-Zohair, y Ghobra el de un jumento, cuyo dueño, Hamal-ben-Beder, era de la tribu de Abs, desafiados ambos á una carrera entre Dahés y Ghobra, bajo la pena de dar cien camellos al vencedor. Llegado el día preciso de la lid, Hamal hizo se ocultaran en los barrancos cerca de la meta unos cuantos muchachos, para en el caso de que ganase el caballo la carrera, saliéranle al encuentro, y asustándole, lo detuvieran el tiempo necesario para que le ganase el jumento: Dahès ganaba como era natural; pero sobresaltado por el alboroto de los muchachos, Hamal ganó con su jumento, por lo cual envió á Malec, hijo de su hermano Hodaiza, para reclamar de Kais el premio de la victoria; mas indignado Kais, hiriólе con su lanza y le mató: esta desgracia, que pudo haberles costado muy caro, pronto apaciguóse, porque los de Dhobyan se adelantaron en calmar á Hodaiza con los cien camellos en compensación del asesinato inferido en la persona de su hijo; mas no muy tarde el mismo Hodaiza, que había manifestado estar conforme con este acomodamiento, no obstante de haber recibido los cien camellos, tomó sus represalias y mató á un árabe de la tribu de Dhobyan. Dió lugar este atentado á las exigencias de los Dhobyanos, y negándose á entregarles una remuneración igual enteramente á la que ellos habíanle dado por la muerte de su hijo, exclamaron en duras quejas y encendióse guerra entre ambas tribus.

Tuvo como todas sus discordias civiles grandes pérdidas ante cuyo número, paralizadas las armas un momento, pidieron armisticio los de Abs, entregando en rehenes á sus contrarios ocho hijos de las familias más distinguidas y que debía custodiar Semia-ben-Amrou: este prudente árabe que había comprendido la importancia de estos presos, viéndose próximo al término de su vida, cuidóse tanto de ellos más que de su propio personal patrimonio; considerábalos como el baluarte que podía sostener en buen estado la paz pública,

y al morir tuvo especialísimo cuidado de recomendarlos á su hijo, mandándole que á la vez estuviese experto siempre contra los intentos de Hodaisa, y que bajo ningún pretexto, cualquiera que fuese, entregase los rehenes, de cuya conservación en su poder pendía la paz entre las dos tribus. No tuvo Semia la suerte de que su sabio consejo fuese cumplido; la virtud y la edad á veces no reunen la lucidez necesaria á superar los escollos de la vida, y Hodaisa, siempre en acción, logró seducir el hijo de Semia, quien entrególe, contra la última voluntad de su padre, los ocho Infantes, que el cruel y odioso Hodaisa hizo morir sucesivamente. De aquí las amargas quejas de los de Abs; de aquí sus justas recriminaciones; ni compensación, ni sitio para la vida; la batalla era el único hálito de la tribu ofendida: la guerra encendióse de nuevo en medio de las mayores crueldades, y en la que perecieron gran número de dhobyanos, y entre ellos Hamal, el pérfido Hodaisa ben-Bedry-Hazem, hijo de Dhemdhem, cuyo padre había muerto en una de las primeras acciones á manos del poeta Antara, terminándose las hostilidades por acomodamientos que eran destruídos al menor pretexto; el asesinato de otro árabe por Hossain para vengar la muerte de su padre Dhemdhem, trajo nuevas acciones, que pudo cortar la generosidad de Khardja-ben-Sénan, pagando los cien camellos, que parecía ya el precio de la vida de un hombre ilustre, el padre del muerto por Hossain; y terminada al parecer la pasada guerra, todas las tribus aquietáronse menos la de Dhobyam, que no consintiendo en la paz, hacía nuevos aprestos, hasta que aislada y reducida por sus enemigos á morir de sed, avínose á las amonestaciones de Auf y de Makal, hijo de Semia, reuniéndose al voto unánime de las tribus por la paz, momento grandioso para una imaginación poderosa de hálito noble y levantado espíritu patrio; entonces terminóse una guerra que por su duración era más terrible todavía, y á los cuarenta años fué más que suficiente para inspirar con sus acontecimientos los poemas de Antara y Zohair.

Antara, que á fuerza de ingenio y cualidades personales pudo y llegó á superar la esfera de su humilde nacimiento y

origen ínfimo, hijo de una negra de Abisinia, cuya circunstancia originóle no pocos desaires en la sociedad, su valor y su genio le granjearon una reputación que ha venido acrecentándose con los tiempos, llegando á ser legendaria. De aquí la importancia de tan ilustre árabe, y también el doble concepto que nos ofrece el estudio de sus poesías; además de sus producciones valiosas entre las más notables de los árabes, hay la que sobre él han cincelado las generaciones sucesivas, hasta darnos una leyenda del *Padre de los héroes*, á causa de sus hazañas, y que se le conoce con el título de *Romance de Antara*. El poema que más celebridad le conquistó en la posteridad es su Moallaka, cuyo estilo es muy parecido al de Amr, la misma fiereza de sentimientos, igual energía de expresiones, el mismo calor patrio, iguales tendencias sociales.

Este célebre genio, que tanto apreció el Profeta, y con quien hubiera querido permanecer largos momentos, empieza su Moallaka saludando los lugares, siempre solitarios, en los que había estado con su amada *Abla*; describe en seguida su amor violento y las bellezas de su dueña; hace luego una pintura con singular energía, retratando con fidelidad su existencia salvaje, sus aventuras, las expediciones que sobre el noble camello realiza y el combate en que mató á Dhemdhem; escrito este moallaka con bellos versos, es su estilo algo difícil de entender, lo cual le ha proporcionado numerosos comentadores.

Pero hemos dicho que aparte de su moallaka hay el romance de Antara donde se ha formado á este ilustre árabe una plaza de honor; la aventurera existencia de Antara, en la que primero se ve un hombre privado de todas las ventajas de nacimiento, figura y de familia, contribuye á rodearle de cierto misterio que luego sabría enaltecer por el poder de su espíritu, por la natural y genuina fuerza de su alma y la indomable energía de su carácter, que al fin le dieron el primer rango de los hombres de su tiempo.

Independiente de las numerosas bellezas de invención y de estilo, se halla en la citada leyenda el desenvolvimiento, por decirlo así, latente de un gran pensamiento moral. Además de las brillantes descripciones de combates, lides, incursiones de todo género, aventuras, golpes de mano, sorpresas, altos hechos de armas, han merecido á esta obra una popularidad que contrapesa en el Oriente musulman á la de las *Mil y una noches*; el carácter caballeroso que se atribuye al héroe principal contribuyó sobremanera á sostener el favor que se le dispensa, y un célebre escritor árabe ha señalado con acierto y originalidad la diferencia entre una y otra leyenda diciéndonos que las *Mil y una noches* distraen á las mujeres y niños, mientras que el *Romance de Antara* es el libro de los hombres, donde aprenden sabias lecciones de elocuencia, grandeza de alma, de generosidad y política.» Sólo así vióse á numerosas tribus orlarse con su glorioso nombre; solo así ellas alcanzaron fama y también valor en las campañas; solo así, como otros jefes árabes de su época, supo Antara manejar el verso y la espada, y á la gloria de guerrero reunió la fama de esclarecido poeta.

Por otra parte, teorías bien admitidas en su tiempo y aun después hallaron eco en su voz y fué la práctica de vida; el amor cinceló en su alma los acentos más puros que vemos después enardecer á los caballeros de la Edad Media; llenos de gentileza y donosura por sus damas, como ellos, fué Antara por Abla, noble y de elevación suprema en todas sus entonaciones; como ellos, Antara, era protector de todo lo oprimido y débil; como se le ve en el episodio de la anciana, viniendo á tomar el agua, á quien venga de las imprudencias de un esclavo infame: para juzgar á Antara no hay sino hacer un estudio comparado de sus palabras y *cácidas* con las de otros poetas; su carácter está descrito en sus palabras y yo me complazco en consignarlas. «Solamente cuando los maridos están presentes con sus mujeres, entro en casa de las de mi tribu; si el esposo está en alguna expedición, no entro jamás;» que diferencia á la expresión de los versos de un escritor moderno, «cuando el marido está ausente, es preciso comer los frutos del jardín del amor.» Por último, á fuerza de perseverancia, Antara sobrepónese á los obstáculos que le separan de Abla y consigue á su amada; lleno, pues, de interesantes episodios, este romance revístese de toda la aureola del afamado poeta árabe, como ellos sin rival alguno, sobrio

de imágenes como ellos, borbotando intensos sentimientos, es la expresión genuina de la imaginación oriental.

El otro poema que con el anterior hemos dicho era pareado y con parecido ideal, es el pronunciado por Zohaïr, al que por otra parte es preciso estudiarle bien, si se quiere notar sus analogías y sus diferencias de los otros moallakas, por su carácter y estilo particular. Dicho poema, lleno del mismo ardimiento que los demás, está lleno de semblanzas, sentencias y reflexiones filosóficas, nacidas de una sabia experiencia, tal y como habríala perfeccionado ya á los ochenta años, según se confiesa en su *cácida*: como todos, canta los nobles hálitos de su tribu, pero hállase en él mejor desarrollado el canto de la generosidad de los príncipes árabes que habían negociado la reconciliación de las tribus de Abs y de Dhobyan, afirmando la paz á sus espensas y satisfaciendo las multas respectivas de los cien camellos; hace una viva pintura de los males que entraña la guerra en su rastro mortífero; detesta la perfidia de Hossain, que al desprecio de la paz había muerto á un árabe de la tribu de Abs, y protesta que su tribu no tuvo participación alguna en la violación de los juramentos. Como sus colegas, siente igualmente el amor por una mujer llena de pasión, á quien llama Aufa, y otras que renombra su fébrida imaginación, revestidas de la fiereza que da la opulencia; es el poeta de la mujer aristócrata, á la vez que el más providencialista de una deidad, á quien ruega á veces la suerte de las acciones de los héroes de su tribu, y cuya excelencia pondera hasta decir: «Aquel que como vosotros adquiere un tesoro de gloria, llega á ser grande entre los mortales.» Poema abundoso cual ninguno en máximas filosóficas y sentencias, está cual florido sentimiento destinado á llenar el alma de sabios consejos en el espinoso camino de esta vida: fórmulas de la verdad moral, política y social, que en vano habríamos de trascribir aquí, porque entonces trasladaríamos su traducción á este sitio, en vez del que en el presente estudio la hemos dado.

Resta, por último, juzgar el poema de Lébid-ben-Rébia, independiente de todo acontecimiento y sin espíritu histórico árabe; compuesto igualmente, según todas las tradiciones de

los árabes, bajo el reinado de Amrou-ben-Hinda, en cuyo tiempo brilló por sus condiciones y facultades especiales poéticas, mas interesado en el problema religioso político suscitado por Mahoma, abrazó el Islamismo, y desde este momento parece renunció á la poesía, en la cual había saboreado tantas delicias y sobresalió á todos sus contemporáneos: dejó, dice Sacy, su residencia por la de Coufa, donde siguió hasta su muerte, que sucedió el mismo día que Moavia concluyó la paz con Assan, cuarto Califa, hijo de Alí, esto, es por el año 41 de la Egira y 662 de Jesucristo. Como ascendiendo gradualmente el mérito de estos moallakas, nótase en el de Lébid una belleza moral y de preceptos filosóficos contenidos en sus versos, que rivalizan en los triunfos de la inteligencia, mereciéndole para lo sucesivo el renombre de sabio, á tal consideración, aun en su vida, que se apiñaban muchedumbres desde lejanas tierras á oír su autorizada doctrina.

El mismo profeta ensalzó sus cualidades, y le designaba cual modelo y ejemplar digno de imitación á los musulmanes, y cual si su moallaka fuera la confirmación de esa noble carrera, fué su poema tan estimado de los árabes, que lo cantaban en sus ceremonias religiosas, dando siete vueltas á la caaba; costumbre sostenida después con el culto de los ídolos hasta el establecimiento de la nueva religión en Mekka. Especie de consagración suprema aún más levantada, que le concedida en supremo triunfo por las *lides de la gloria*.

Como en el anterior, no hemos de reseñar literalmente muchos de sus versos, apotegmas llenos de prudencia y acierto, donde á la vez que nos da el más sabio consejo, describe con toda exactitud y el mejor colorido las costumbres de los árabes que habitaban los desiertos, sin morada fija, cambiando de cantón cuando lo exigían las necesidades de las muchedumbres; como todos, se ocupa de los que más se distinguen en su compañía, compara la viveza de su camello á la del buitre ó de una cierva salvaje perseguida por los cazadores, y á su caballo con la paloma que vuela rápidamente; trazando con sencillez encantadora, pero con toda maestría, la vida de estos animales, concluye por cantar los placeres, en medio

de los que vive y pasa sus días, y para celebrar sus virtudes, su generosidad y la gloria de su familia, reconoce una sanción moral, que una ley regula la vida de los pueblos, y marca el ejemplo de los antepasados como lección imitable en los actos humanos; por último, lleno su corazón y pensamiento de las ideas más puras y delicados conceptos acerca de la caridad, cuya virtud explica á su modo, formula un ideal que trata de justificar con sus actos, y el que á él se ajusta, dice, «ninguna mancha empañará el brillo de su gloria.» «Su virtud jamás experimentará ninguna contrariedad, porque las pasiones no corrompen su lozanía.» Altísimo puesto de este poema lleno de lindezas morales; gran concepción de la vida basada en el amor al prójimo y la gloria nacional, cuyo estro recorre todo espacio sin límite alguno, como toda criatura anhelosa de sus recursos participaba de su abundancia, de su asilo, de su defensa.

XI.

POESÍA ARÁBIGA.

SU RELACIÓN CON LOS DEMÁS GÉNEROS LITERARIOS DE LOS ÁRABES, Y ESTUDIO COMPARADO CON LOS DEMÁS POÉTICOS CONTEMPORÁNEOS.

Conocida en detalle esa colección magnífica de la primitiva poesía árabe, salen á disquisición numerosos problemas que entretienen el pensamiento en un campo fecundísimo: el origen de la poesía árabe; la regla á que obedeció esa poesía inicial; su diferencia de la poesía originaria de otros pueblos; ya formada, su influencia en la demás poesía nacional; el medio con que ha ido desenvolviéndose ó se ha filtrado en la vena de la humanidad esa influencia misma; su rango ante los demás géneros literarios de un mismo pueblo y también de otros, llenan otros tantos conceptos, cuya idealización es detallada sobremanera, por más de que en el caso presente no haya de

ocupar extensión tan grande como la adoptada por la manifestación del pensamiento.

Pues ni tan confusos nos son los orígenes de ese pueblo, al que no podamos reconocer, no ya independencia medio siglo antes que viniera al mundo su famoso Profeta, sino antes bien hallamos ecos gloriosos de su ilustración y cultura en generaciones muy anteriores: antes de Jesucristo gozaban de alguna reputación entre los hebreos; en el libro de los Reyes, la sabiduría de Salomón es comparada á la de los egipcios y á la de los árabes; magnífica, grandiosa comparación consignada en las sagradas letras para encanto de las generaciones futuras; el mismo episodio de la visita de la Reina de Saba manifiesta igualmente que los árabes habían adquirido, muy de antes á Mahoma, cierto grado de instrucción y de cultura literaria. No hemos, pues, de fijarnos en la denominación primordial que nombró para siempre á los árabes, y que con una riqueza de expresión inagotable, le dictó la suprema inspiración al autor sagrado del *Liber Josué*; entre los territorios que tocaron en suerte á la tribu de Juda (1), en el que su comercio rendía valiosas cuantías á Salomón, y flotas de Hiram llevaron á Jerusalen el oro de Ofir; ricas maderas del Brasil, que el Santo Rey destinó á instrumentos del sacrificio divino y á sagrados cantos, en porción no vista, y grandes cantidades de piedras preciosas (2); en el que los productos de la contratación de las especias aumentaba el peso de oro que de renta poseía Salomón, de todos los Reyes de Arabia y de los principales de la tierra; y así por un curso de poder en la expresión bíblica, *Arabia et universi princi...* ser refugio de Alejandro (3), y por el estilo, ponderados en otros treinta acontecimientos de las Sagradas Escrituras (4), con una locución llena del antiguo recuerdo consagrado á todas las generaciones de la humanidad.

Podrán decir ligeros cronistas que este pueblo tuvo su in-

---

(1) Josué, cap. XV, v. 52.
(2) Regum, cap. X.
(3) Galat, I, v. 17.
(4) *Concordatiae Bibliorum utriusque Testomenti.—Antuerpiae, 1581.*

dependencia social unos cincuenta años antes del nacimiento de Mahoma; que á partir de esa fecha hay que considerarle bravo y como nos lo representa la expresión más elocuente de su ánimo, y que á ese período se le llamó por los mismos árabes *Djahilya* (decadencia); pero esto es taxativamente á ese período, llamado así precisamente, reconociendo otro de mayor florecimiento en el que tuvo mayor consideración social, y al que no puede olvidarse si se tienen á la vista los datos de la Biblia; aunque no se posean otros, son muy suficientes para conocerlos con vida propia, rivalizando á muchos en preponderancia política y comercial, y por mucho que se les desconozca, no se puede sostener seriamente que los árabes hayan carecido de alguna literatura antes de ese período tan memorado en las santas páginas de la Sagrada Escritura. A esa designación, pues, hay que darla un sentido bien restrictivo, al religioso más bien que al literario, pues no de otro modo puede llegarse al estado que nos descubren los *Mouzahabat*, consecuencia también de esa regla que se observa en todo pueblo, y que es como eco fidedigno de la poesía inicial de los árabes en un período de su vida.

Mas los hallamos en contacto de otros pueblos igualmente antiguos, y esto nos hace reflexionar brevemente por la gestación poética universal, notándose á primera vista que mientras unos desarrollan sus ideas religiosas, otros el arte puramente humano, mitológico en muchos, en la poética árabe, las escenas de la vida, entonadas por un ánimo ardoroso, si levantan la imaginación de sus poetas sobre el nivel de la vulgaridad, no la oscurecen con ficticias creaciones, ni tampoco hiende su aurino cincel en las entrañas del pensamiento para darnos un oscuro y misterioso teologismo; así la poesía inicial de los árabes es sencilla y sublime, porque se adapta á la realidad de la vida y al heroico carácter de los moradores de Arabia feliz; de corta dimensión su *cácida*, no llevan pretensiones infundadas, y si pasados los primeros momentos de la historia curiosísima de ese pueblo, reparamos en las composiciones magistrales de los árabes, hallaremos también rasgos que hienden el espacio, arborean sobre las pasiones humanas una ley, y reconocen en cualquiera, en los últimos

Moallakas, el supremo principio de la existencia sobrehumana. Por esa razón distinguimos la poesía de los árabes en esa primera esfera de la de los demás pueblos, porque hallamos en ella distinta inspiración, diferentes fines, hálitos más vigorosos, energía de carácter hasta el sublime, expresión fecundísima, ardor inacabable, cuantas pasiones puede abrigar el alma y encender en su estro el vívido fuego del sentimiento humano. Por eso también los hemos visto, animados con actividad, llenar su hálito de acentos generosos, amar los combates, valientes en el mayor peligro, respetar los derechos sagrados de la hospitalidad, y con el mayor entusiasmo cantar sus poetas esa vida venturosa y primitiva en la estación de los amores, en la edad de las creencias, en las ocasiones del heroísmo.

Cuando Roma había descendido en sus cantos desde el imperio inmortal á la proa de los bárbaros, y veíase al coro de los poetas cristianos enardecer el fuego de la périme civilización del mundo antiguo, y al eco de los egipcios, babilonios, asirios, fenicios, griegos y otra multitud de pueblos, todavía no bien recordados, el estro de Juvencio, Próspero y Lactancio y otros poetas latinos, desarrollar sobre el teatro de la historia de la humanidad un fulgor esclarecido por el más misterioso misticismo, surge un pueblo árabe por su raza y desconocido por su vigor, solamente retratado en el hálito conmovido por sus Moallakas. Los romanos exhalaban el último suspiro embriagado en las delicias de Catulo, Propercio y Tíbulo; los germanos vitoreaban las auras de su libertad en toda institucion social, en su individualismo y en el espíritu de sus eddas; una deliciosa caricia en Grecia, un ardiente beso en Roma, una virtud purísima en los poetas del cristianismo, un carácter natural insuperable (1) en los bárbaros y en los árabes; sus pasiones, su tribu, su amada mujer, son los ideales que iban burilando por el mundo esas producciones llenas de la más franca y espontánea voluntad.

---

(1) Aun después de muchos años, como se vió en la Reforma á los alemanes, ingleses y escandinavos que se apartaron del catolicismo.

No de otro modo puede recordarse aquella *Gran feria de Ocahz*, que como los juegos públicos de las demás naciones, venía á ser la corte de amor y gloria de los poetas árabes, en los que igualmente se señalaba y concedía gran premio á los genealogistas, á las mejores tradiciones de familia, á la astrología é interpretación de sueños.

Más tarde, cuando Mahoma llevó la nueva religión, la poesía entró en una esfera más nueva y el Korán vino á ser un modelo inimitable que nadie supo sobrepasar, cuyo triunfo completóse luego que el célebre autor del último Moallaka Lébid, su antiguo enemigo, proclamó como divino un fragmento del segundo sourate y se convirtió al Islamismo. Los califas de la casa del Profeta, así como de la de los Ommyadas, exageraron aún más ese ciego culto al libro religioso de los musulmanes, que era á sus ojos el fundamento de toda sabiduría y de toda ciencia, y en el que Mahoma desarrolló todo su aplauso á la poesía y al saber, no obstante de reunir escasas condiciones para la primera; circunstancia que puede indicarnos tal vez la mala interpretación dada á algunos sourates, de que se interpretaran mal las palabras del Profeta, y que al realizar una interpretación absurda, quemara Amrou la bibloteca de Alejandría y se arrojaran al agua de Saad, por orden de Omar, inmensas colecciones de libros persas.

Compréndese, pues, qué nuevo impulso iba á recibir la poesía, y realmente no era pequeño el estímulo. Desde luego sabios y excelentes poetas, el famoso Antara, que fué la viva expresión del espíritu árabe de su tiempo, exclamó cierto día ante la contemplación de esos famosos monumentos de la antigua literatura árabe: «¿Qué asunto no han cantado los poetas?» Como si hubiera presentido que Arabia acababa de agotar toda una fase de su existencia y tuviera necesidad de comenzar una vida nueva, declaraba así abierto el curso de la inspiración musulmana, y un carácter que había de ser en la vida árabe, cual fué preciso para que en el instante último de aquél período pasaran el abismo, veloces como el rayo, y habitar los jardines del séptimo cielo ó el paraíso donde halláran bosques eternamente verdes y llenos de frescura; pabellones de nácar, rubíes y jacintos; aguas límpidas corriendo sobre dorado ambar; diamantes y esmeraldas, ricos tapices de seda, flores, perfumes, descansos exquisitos, ninfas inmortales de ojos negros. Tal es el paraíso sensual que Mahoma en nueva poesía proponía á la masa de los fieles musulmanes, pero sobre los que resaltaba un goce supremo, los deleites espirituales. «El más favorecido de Dios será el que vea su cara tarde y mañana, felicidad que sobrepasará á todos los placeres de los sentidos, como el Océano sobrepuja á la perla del rocío.»

La poesía, que es á la vez ley religiosa, civil, y el libro *Excelente*, donde leemos que «un hijo gana el Paraíso á los pies de su madre; donde los creyentes son todos hermanos;» que alienta y excita su carácter, hasta llegar en algunos trozos más selectos de su prodigiosa poesía á proferir: «Miserable el musulmán que permanece en su hogar, en vez de asistir al combate. No evitará la muerte, porque el término de su vida está fijado.» «¿Evitará el calor ardiente de los combates? El infierno es más ardoroso que los fuegos del verano. ¿Pensará huir? El Paraíso está delante de vosotros y detrás las llamas del infierno.» Estos y otros muchos rasgos de energía, ¿no son un destello del espíritu de los Moallakas diseminado por el acento árabe en el seno de sus generaciones? Los preceptos, esperanzas, amenazas, fueron los resortes poderosos que lanzaba su genio y carácter á las empresas heroicas, é impulsó á los árabes con la gumía en la mano en todas direcciones. Si pues tuvo nueva manifestación poética en el genio de los árabes, hallábase todavía inundado en el inmenso oleaje de las pasiones humanas, cuyo flujo y reflujo aún provenía del estridor sostenido en los Moallakas para la cobardía y el egoismo, con algún rayo más de inspiración reflejado en el sentimiento religioso que venía á dorar el mágico encanto de una muerte ganada en los combates.

Así hallamos el valor cultivado á todo hálito, y la poesía, el género literario indudablemente que impulsó la vida árabe con mayor resultado en sus acontecimientos y grande originalidad en las creaciones populares, ingénita en Arabia, como la flor de sus campos, la lozanía y frescura del oasis,

los vientos del desierto. Mas nos hallamos al presentar esa segunda época de la poesía árabe, con un estro que forzosamente nos recuerda composiciones anteriores al Profeta, y es que los Moallakas están llenos del carácter de ese pueblo y llevan bien impresa la enseña de la vida activa de los pueblos del desierto: hemos visto que en ellos se canta el valor, la hospitalidad, la victoria y el amor, iguales los mismos fines sociales que parecen consagrados en la nueva poesía; los antiguos poetas eran á la vez valerosos guerreros; el sacerdote del Korán llevaba el aurino rayo de fuego en sus manos, y la media luna incendiaba todo campamento; todo árabe de noble raza debía saber manejar tan hábilmente el verso como la espada y jamás se verá poeta alguno más valiente como los autores de los antiguos Moallakas.

Ante la universalidad que abrazan esas concepciones de la vida, en el Korán, hállase retratado del propio modo todo acontecimiento notable; un combate, una amenaza, una venganza, un peligro vencido, son otros tantos asuntos sobre los que se ejercitó la inspiración, sobre todo, de los cantores del desierto; los vemos enteramente matizados con mil emblemas y máximas morales que nos dice la nueva poesía de los árabes; hasta ese punto vese cierta analogía de fondo, si no en la parte religiosa, en todos, al menos en tres de los siete Moallakas, hállanse también algunos rasgos teológicos de que está plenísimamente reflejado el Korán; hasta ese punto llegó á influir la antigua sobre la moderna poesía de los árabes; hasta ese punto hállase encarnada en el corazón de ese pueblo, y habrá de acompañarle hasta su último suspiro.

Y no podía ser de otra suerte: estimada allí aún en el día la improvisación de sus *cácidas*, el florecimiento habría de ser como las entonaciones de un ánimo pronto, espontáneo, vívido, enérgico, lleno de colorido y pasión; ahora la forma tendría sus diferentes manifestaciones; la mayor parte de esas composiciones, no pasando desde veinte á treinta versos, dedicábanse sólo á un pensamiento capital, renaciendo allí todas las pasiones como en amenísimo prado la armonía de mil y mil arbolillos y flores en delicioso conjunto; otros de

treinta á cien versos, discurren frecuentemente sobre el amor, y así en otros muchos conceptos, las múltiples acepciones de la vida psicológica y social de aquellos pueblos. Era el amor entonces, como entre los trovadores, un febrido tema de conversación, y vióse en la poesía con tendencias extraordinarias, hasta el punto de que desarrollóse con exceso y este rasgo llegó á producir enfado; así vióse al kalifa Moavia, movido también por sus naturales afecciones, descontento porque Abderraman-ben-Hassam había repetido con demasiada fecundidad alabanzas á su hija, responderle el poeta: «Si yo hubiera hallado una mujer más bella, la habría cantado aún más y con preferencia.» Estilo que se extiende á todos los tiempos, como reinó antes en los Moallakas, que regularmente empezaban por elogios y sentidas quejas á la ausencia de su amada, y en otras poesías más nuevas alabanzas á Dios, al Profeta, Príncipes y nobles todas á grande altura.

Frecuentaron igualmente la sátira, que mereció á su autor crueles venganzas, y en general el carácter de la poesía árabe vino á consistir en presentar reunido en una sola pieza el género lírico, heroico, elegiaco, erótico y satírico, retratando estas composiciones con extremada fidelidad la vida algo monótona de aquellos pueblos de costumbres á veces patriarcales: carácter que perpetúan allí la tienda, el caballo, fiel compañero en lo más álgido del combate; la hermosa gacela y el incansable camello, y la ansiada mujer divinizada hurí; que todo halla su paralelo correspondiente, como hijo de una naturaleza ardorosa y llena de entusiasmo, rasgos imperecederos de la noble poesía de los árabes. Hé aquí cómo el Hismán Hasalí, sin duda en igual sentido, caracteriza á alguno de los cantores que hemos estudiado; de Imroulkais dice: «es poeta cuando está á caballo; Tarafa, cuando saluda; Nabigha, cuando ostenta su orgullo; Zohaïr, cuando desea.» No podía profundizarse más en el estudio y caracterización de la poesía arábiga, en cuyos rasgos hallamos cada vez más brillante la refulgencia de uno en otro numen, por más que hallamos alguna diferencia, como en la tribu de Houdeif, de muchas generaciones de excelentes poetas, rivalizando

á la de los Koreischitas, de quienes además de ser pocos eran encarnizados enemigos. Sus obras reunidas están en el Diván de los Houdeilitas, como también pueden verse distintas colecciones en Abou-Teman, que ha reunido cierto número en forma de ontología, en la que hallamos elogios de célebres guerreros, elegías, sátiras, cantos de amor, descripciones, epigramas, etc. Existe otra colección nombrada *El Pequeño Hamasan*, formada en el siglo IX por Aboul Uvalidibn Obeid Bokhtarí; Schanfara, célebre por su rapidez en la carrera; Nabigha *Z*obyan, Jerasdak, *Z*oul Remma, Ascha, el panegirista de Mahomet-cab-ben-*Z*oeïr, y el satírico Djerir; sin olvidar al famoso héroe de Thabatha-Charrán, célebre por sus aventuras guerreras.

Por lo demás, la literatura histórica, aunque de origen más moderno que la la poética, es fecundísima y embellecida por mil conceptos, hasta en el mero título de sus crónicas, según hemos visto, la cual consistía al principio únicamente en tradiciones orales que se trasmitían fielmente de una á otra generación, hasta que el hombre se tomó el trabajo de redactarlas y escribirlas con todos los atractivos de sus deseables narraciones, á las que contribuyeron la naturaleza, el gusto y admiración de los oyentes. Reuníanse al finalizar el día, con los matices de la tarde al claror de la luna, las familiás de las tribus delante de las tiendas, en el desierto ó frente de las puertas de las casas en la ciudad: ante la multitud referíanse las acciones memorables de los antepasados; estos esparcimientos nocturnos (semar) estaban salpicados de versos, lo cual aumentaba la delicia de los oyentes y aureolaba los acontecimientos. Las más antiguas tradiciones discurrían acerca de los Reyes de Hira, la invasión de los etiopes en el Yeman, las guerras de las tribus y otros muchos acontecimientos de gran interés, y la genealogía jugaba también un gran rango en la literatura antigua y posterior á los árabes.

4048249 Tit. nº:314616

UCLM Esc. de Traductores (TO)